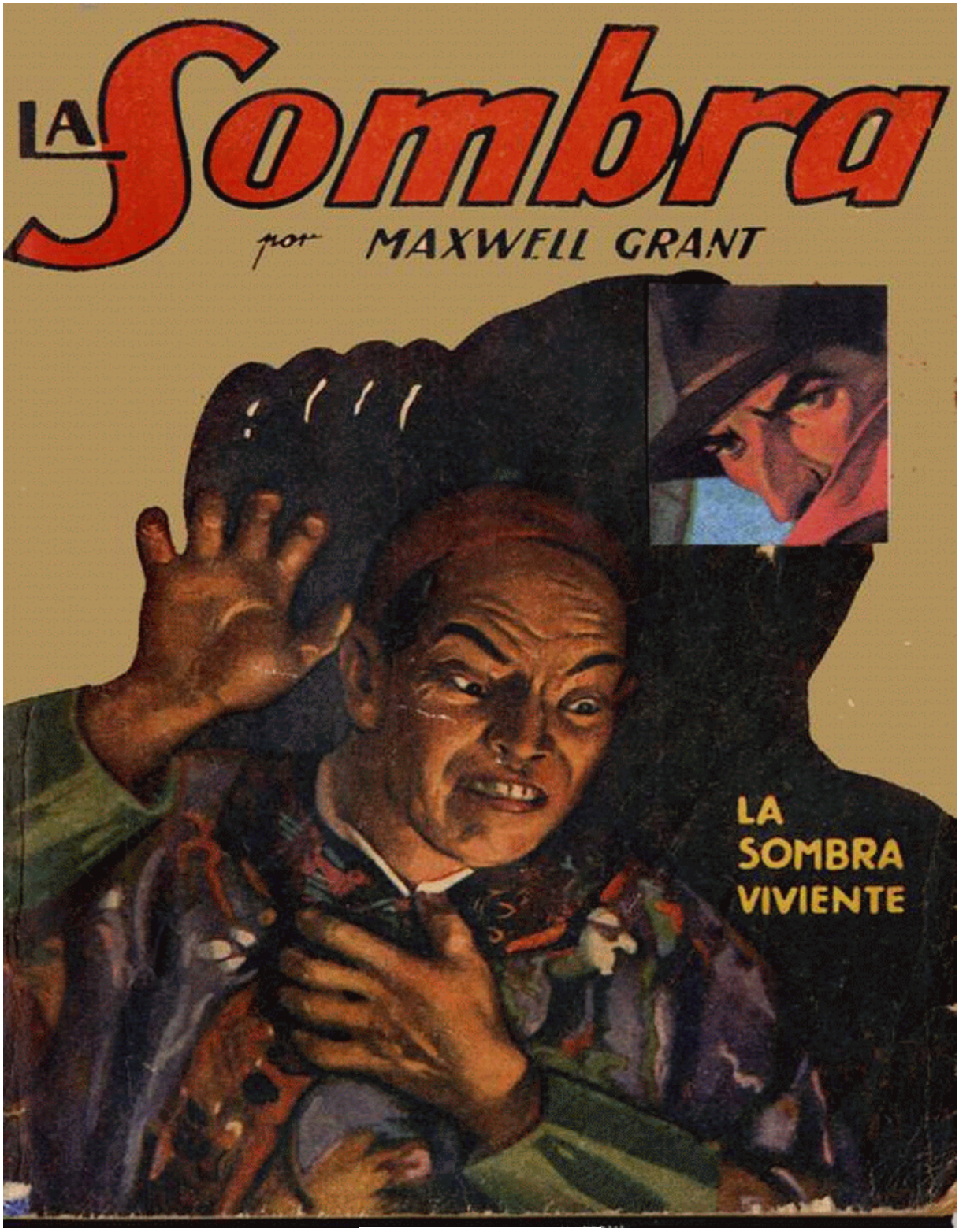
La sombra viviente
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
EN LA NIEBLA

En el centro del puente, invadido por la espesa niebla que subía del río, un hombre se hallaba apoyado en la barandilla. A pesar de que las calles de Nueva York estaban solamente a unos centenares de metros de él, el desconocido podía considerarse en un mundo suyo, pues la única luz que atravesaba la densa cortina de niebla, era la de arco voltaico de los que iluminaban el puente.

Un taxi conduciendo a algún trasnochado pasó junto al hombre, quien se apartó de la barandilla e inclinóse junto a un poste. La roja luz posterior del taxi desvanecióse prontamente entre el húmedo velo. Cuando el ruido del auto se apagó, el desconocido se puso en pie y apoyó las manos en la barandilla.

Durante unos instantes, escuchó atento, como si temiera la llegada de otro taxi; luego, tranquilizado, se inclinó sobre la baranda y miró hacia abajo, donde sólo había niebla, oscura y espesa niebla, que parecía invitarle a hundirse en ella. Sin embargo, vacilaba. Como muchos hombres en el momento de poner fin a su vida, esperaba un impulso que fuese más fuerte que el ansia de vivir. El impulso llegó por fin y el desconocido traspuso la barandilla, dispuesto a dar el salto mortal.

Pero, en aquel momento, algo cayó sobre la espalda del suicida. Unas férreas manos le sostuvieron, balanceándole sobre el invisible río. Después, como si no pesara nada, vióse trasponer de nuevo la barandilla, esta vez hacia la vida. Ya de pie sobre la firme base del puente, el frustrado suicida se volvió hacia la persona que había impedido su deseo.

Levantó, furioso un puño, pero enseguida una mano de acero hizo presa en él, torciéndoselo violentamente hacia la espalda hasta hacerle lanzar un gemido. El rostro del desconocido quedaba oculto por la sombra de las amplias alas de un sombrero negro, que junto el abrigo negro, parecía formar parte integrante de la espesa niebla, contribuyendo todo ello a darle un aspecto fantasmal. El sujeto que había intentado suicidarse estaba demasiado conmovido para hablar. Invadido por el terror, su único deseo era alejarse del extraño personaje que le había salvado la vida.

Pero a su pesar, se vio arrastrado a través de la niebla hasta un enorme automóvil que no había visto hasta aquel momento. Un segundo después se hallaba sentado en un rincón del coche, el cual se puso en marcha. El extraño desconocido estaba sentado junto a él. Sin saber porque, el pánico invadió el alma del hombre que acababa de ser arrancado por fuerza a la muerte. Una voz resonó en la oscuridad del vehículo.

Era una voz sobrenatural, helada, apenas un susurro y sin embargo, clara y penetrante. ¿ Cómo se llama? No era una pregunta sino una orden.

-Harry Vincent - replicó el pobre hombre. Estas palabras salieron de sus labios de una manera mecánica.

-¿Porqué trató de suicidarse? -Era otra orden.

-Supongo que porque estaba muy triste- contestó Vincent.

-¿Que más?

-Es una historia vulgar - replicó Vincent-. Seguramente fue una locura. Estoy solo en Nueva York. No tengo trabajo, ni amigos, ni nadie por quien vivir, toda mi familia está en el Middle West; Hace muchos años que no les he visto. Ellos creen que he triunfado en Nueva York, pero no hay nada de eso. He fracasado por completo.

- Sin embargo, va usted bien vestido - hizo notar el otro.

Vincent rió nervioso.

- Aparentemente, sí-contestó-. Este abrigo de entretiempo que llevo a pesar de estar haciendo casi calor, sólo cubre harapos. En cuanto a dinero, tengo un dólar y trece centavos justos.

El misterioso desconocido no replicó. El auto se deslizaba por una de las calles contiguas al puente. Vincent, con los nervios más calmados, trató en vano de ver el rostro de su compañero. Pero la sombra era demasiado espesa y no pudo distinguir nada.

-¿Y qué hay de la muchacha? - preguntó la voz.

El penetrante susurro sobresaltó a Vincent. Lo más importante de su breve historia, que había omitido a propósito, acababa de ser descubierto por su casi invisible interlocutor.

-¿La muchacha? - preguntó Vincent-. ¿La muchacha? ¿Se refiere a mi novia...?

- Sí.

- Se casó con otro. Este es el verdadero motivo de que me hallase esta noche en el puente. De haberla tenido a ella, aun hubiese luchado algo. Pero cuando recibí la carta en que me anunciaba... Bueno, aquello fue el fin.

Se interrumpió, pero ante el silencio del otro, siguió la confesión.

- La carta la recibí hace dos días. Desde entonces no he dormido. La noche pasada me la pasé en el puente, pero no tuve valor para saltar... Esta noche, creo que fue la niebla la que me dio valor.

-Su vida - murmuró lentamente el desconocido -, ya no le pertenece. Ahora es mía. Sin embargo, aun puede, si quiere, acabar con ella. ¿Quiere que volvamos al puente?

-No sé - musitó Vincent-. Todo ello parece un sueño; no lo entiendo. Tal vez es que he muerto y estos sean efectos del más allá. Sin embargo, es todo demasiado real, aunque ¿qué provecho puede sacar nadie de mi vida? ¿Qué hará usted con ella?

-La reharé. La convertiré en algo útil. Pero también la arriesgaré. Quizá la pierda, pues he perdido casi tantas vidas como he salvado. Mi promesa es la siguiente: Vida con placeres, emociones y... dinero. Y, sobre todo, vida con honor. Pero a cambio de todos esos beneficios, exijo obediencia. Absoluta obediencia. Puede usted aceptar mis condiciones o rechazarlas. Usted decidirá.

El auto avanzaba silenciosamente por las calles de los arrabales de Nueva York. El motor apenas hacía ruido. Harry Vincent empezó a comprender cómo el vehículo se había acercado tanto a él, en el puente, sin que lo hubiese percibido, y se puso a pensar en su fantástico compañero, el hombre que le había cogido en el aire como una pluma, el hombre que podía leer sus pensamientos, y cuyas preguntas eran órdenes.

Volvióse otra vez hacia el rincón que ocupaba el desconocido. La esperanza volvió a apoderarse de él. Al fin y al cabo deseaba vivir y triunfar. Aquella era su oportunidad. Se imaginó su cadáver flotando sobre las turbias aguas del río y comprendió que sólo podía escoger una cosa.

-Acepto - dijo.

-Recuerde entonces la condición principal: Obediencia. Eso sobre todo. No exijo inteligencia, fuerza, ni destreza, aunque tengo la esperanza de que tendrá usted un poco de cada una de esas cosas y hará cuanto pueda por serme útil.

Hubo una pausa. Las últimas palabras del invisible interlocutor siguieron sonando en los oídos de Vincent.

-Inmediatamente se trasladará usted a un hotel-continuó la voz -, donde encontrará una habitación reservada a su nombre. También encontrará dinero. Todas sus necesidades quedarán cubiertas. Todo cuanto desee lo tendrá.

La contera de un bastón golpeó dos veces el cristal que quedaba a espaldas del chófer. Al parecer se trataba de una señal, pues la velocidad del vehículo aumentó.

-Recuerde una cosa, Harry Vincent - siguió el misterioso personaje-. Necesito su promesa. Cierre los ojos durante un minuto y reflexione si está firmemente dispuesto a unirse a mí. Luego prometa obedecerme en todo.

Vincent cerró los ojos y permaneció pensativo unos instantes. Sólo había un camino: aceptar las condiciones del desconocido.

Abrió los ojos y volvió a mirar hacia el oscuro rincón.

-Prometo completa obediencia - dijo.

-Muy bien. Ahora vaya a su hotel. Mañana recibirá un mensaje. Se lo enviaré yo. Mis mensajes son indescifrables para aquellos que no deben comprenderlos. Recuerde sólo las palabras que recargue un poco así.

Al pronunció la última palabra, el extraño personaje arrastró ligeramente la ese.

De pronto, el coche torció bruscamente hacia la izquierda y se detuvo. Un automóvil de turismo que cerraba la calle, había obligado al chófer a ejecutar maniobra. Se abrió la portezuela de la derecha y Vincent vió aparecer los hombros y la cabeza de un hombre.

-¡Venga el dinero! - ordenó el recién llegado, en cuyas manos vio brillar Vincent el azulado cañón de un revólver. Era un atraco.

En aquel momento algo negro y borroso precipitóse sobre el pistolero. Oyóse un grito ahogado, sonó un disparo y el auto volvió a ponerse en marcha.

La portezuela se cerró con un violento chasquido. A través de la ventanilla posterior del auto, Vincent vio a un hombre tendido en medio de la calle. Sin duda era el pistolero que había intentado atracarles.

Poco después el auto llegaba a la iluminada Quinta Avenida. Vincent volvióse rápidamente hacia el rincón que ocupaba su salvador. ¡Por fin podría verle el rostro!

Pero el único ocupante del auto era él. Estaba completamente solo. En el paño que formaba la portezuela del coche, descubrió una oscura mancha; la tocó y al acercar la mano a la luz, vio que era sangre.

¿Quién había resultado herido, el fantástico desconocido o el atracador que había intentado robarles? Vincent no podría asegurarlo. Sólo sabía que en la breve lucha que terminó con el pistolero, el hombre que le salvara a él de la muerte, había desaparecido del coche... ¡cómo una sombra¡

CAPÍTULO II
EL PRIMER MENSAJE

Harry Vincent estaba desconcertado, mientras el enorme auto se deslizaba por la Quinta Avenida. La promesa hecha al desconocido seguía grabada en su mente. Deseaba a toda costa cumplir la palabra que había dado, pero, al mismo tiempo tampoco podía dejar de pensar en los extraños sucesos acontecidos a partir del episodio del puente.

Solo ya, libre de la idea del suicidio, se puso a reflexionar acerca del asombroso hecho de que su salvador hubiera surgido tan inesperada y oportunamente de las tinieblas, desapareciendo después de una manera fantástica.

Encendió la luz del coche y examinó con todo cuidado la mancha de sangre.

El auto era de construcción europea, un "Hispano Suiza"; esto era, por lo menos, una cosa real, Tampoco sería difícil enterarse del nombre de su propietario.

En aquel momento el vehículo abandonó la Quinta Avenida y fue a detenerse ante el Metrolite, uno de los más modernos hoteles neoyorquinos.

El portero abrió la portezuela y Vincent saltó a tierra. En lugar de entrar en el hotel abrió la portezuela delantera y se acercó al chófer, un negro de brillante cutis y blanquísimos dientes.

-¿Es aquí donde te ordenaron traerme? - le preguntó.

-Zi, cabayero - contestó el chófer con su dulzón acento-. ¿Onde etá e oto cabayero?

-Bajó cuando nos detuvimos a causa de aquel auto que nos cerró el camino.

El chófer abrió unos ojos como dos manzanas.

-¡Pero si casi no me detuve, Señó!

Vincent miró fijamente al negro. Era indudable que el hombre estaba profundamente desconcertado.

-Yo suplico al señó, que no diga nada, cabayero-rogó el chófer-. Este es e coche de señó Van Dyke. Yo no tenia permiso pa yevá a los señoes.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Yo esplico a señó. Yo estaba guardando coche, cuando señó de sombeo nego dijo que no pusiese e coche e garaje. Yegó como un mimo fantasma. Me ijo: -Mogeno, quisiega paseá en auto; yo conoce a ti y a señó Van Dyke, y aquí tiene diez dólares pa ti; quieo a vé a un amigo. Yo yevé a señó estaño a paseo por la ciudá y cuando yegamo a puente, é dise: "Paate... Uuego volvió con usté, peo ante me ijo a mí que cuando usté yegue a auto, yevase yo a os do po caye poco concuída ata que golpeaze quistal con su batón, entónse yo debo trae usted aquí. Esto é tó que yo sé, se lo igo e veas,

Vincent, comprendió que el chófer le había contado la verdad, le indicó que podía marcharse. Él permaneció unos instantes todavía en la acera viendo cómo la niebla se tragaba al negro y brillante Hispano. Luego entró en el hotel y se dirigió al despacho de recepción.

¿Cómo haría para identificarse a sí mismo? Esta era en aquel momento su preocupación.

-¿Tiene reservada una habitaci6n para Harry Vincent?-pregunt6.

Permaneció otros instantes con el alma en un hilo mientras el empleado consultaba la lista de clientes; por fin llegó la tranquilizadora respuesta:

-La mil cuatrocientos diecinueve - anunció el empleado-. ¿Es la misma habitación que usted pidió? Es curioso; cuando esta mañana llamó usted desde Filadelfia no entendimos bien el nombre que nos dio, pero cuando nos telefoneó por segunda vez, hace diez minutos, lo arreglamos todo. ¿Tiene usted la bondad de firmar aquí?

Vincent escribió su nombre en el libro que le ofrecían, consignando en él que Filadelfia era la ciudad en donde vivía. Sin duda, el desconocido telefoneó al hotel después de dejarle en el auto.

Reflexionando acerca de ello, Vincent siguió al botones hasta el ascensor.

La habitación que le destinaron estaba equipada con todas las comodidades que puede ofrecer un hotel moderno. El botones señaló una maleta que se hallaba en un rincón.

-Es suya, ¿verdad, señor?

Vincent contempló la maleta y asintió. Estaba deseando ver lo que contenía.

Buscó en los bolsillos. Toda su fortuna consistía en dos medios dólares, una pieza de níquel de cinco centavos y ocho centavos sueltos. Entregó al botones uno de los medios dólares y esperó que cerrase la puerta.

Inmediatamente abrió la maleta. Contenía dos pijamas, peine y cepillos, corbatas y algunos otros artículos. También descubrió una negra cartera de piel. Vincent la tomó y, abriéndola, encontró en su interior doscientos dólares en billetes.

Se contempló atentamente en el espejo. Allí, en un elegante hotel, rodeado de buenos muebles y con dinero en el bolsillo, la vida le parecía mejor.

Observó con detenimiento su figura en la brillante luna: Era alto, bien parecido, acababa de cumplir treinta años y, sin embargo, ya había estado a punto de suicidarse. Pero las cosas habían cambiado mucho en pocas horas.

Bebió un poco de agua fría y decidió irse a la cama. A pesar de las muchas cosas que le preocupaban, tenía sueño. Llevaba casi dos noches sin dormir y necesitaba descanso. Dejó, pues, el traje sobre una silla, se vistió un pijama y se acostó. Diez minutos más tarde dormía profundamente.

Un golpe en la puerta le despertó a la mañana siguiente. Un botones aguardaba fuera con un gran envoltorio en las manos.

-¿Desea el señor que le sirvan el desayuno en la habitación?- preguntó el muchacho-. Son las diez tocadas.

Vincent acogió la sugerencia del botones y le encargó que le subiese el desayuno. Luego abrió el paquete.

Contenía camisas, calcetines, pañuelos y otras varias prendas de ropa interior, además de vio traje nuevo. Examinó atentamente aquellos artículos asombrándole que todos fueran de su medida. El desconocido salvador había calculado exactamente en la oscuridad las proporciones corporales de Vincent.

Poco después llegó el desayuno. Vincent habíase afeitado ya con una "Gillete" que encontró en la maleta. Luego se sentó junto a la ventana y contempló pensativo los rascacielos de Manhattan. ¿Qué iba a ocurrir?

Esperaría.

Pasó media hora. De pronto, empezó a sonar el timbre del teléfono.

Contestó ansiosamente, pero sufrió una gran decepción al no reconocer la voz del desconocido de la noche anterior. Sin embargo, era la voz de un hombre.

-¿Es usted el señor Vincent? – preguntó-. Aquí es la relojería. Le agradeceré observe el reloj que le rompió aquel hombre de quien nos habló. Si no funciona bien lo pasáramos a recoger por su habitación la semana próxima.

El extraño mensaje quedó grabado en la mente de Vincent quien permaneció callado unos instantes.

-¿Me ha entendido bien? - insistió el otro.

- Sí - contestó Vincent.

Colgó el receptor y repitió lentamente las palabras que había recalcado su interlocutor.

-Observe... hombre de... habitación... próxima.

Era una orden y debía obedecerla.

Como con el desayuno habíanle traído cigarros, encendió un "Partagás" que fumó pensativo durante un rato.

¿Quién sería el ocupante de la habitación contigua, a quien debía vigilar?

Seguramente habría dos habitaciones contiguas a la suya, una a. cada lado.

Vincent salió al pasillo para comprobarlo. No, el mensaje no dejaba ninguna duda. La habitación ocupada por él estaba en un ángulo del edificio. La única puerta que había junto a la 1419 estaba a la derecha y era la número 1417.

En el pasillo no vio a nadie. Vincent acercó el oído a la cerradura de la puerta del cuarto vecino, pero no oyó nada. Sin embargo, aquello no cambiaba las instrucciones recibidas. Debía identificar al ocupante de la habitación 1417 y vigilar sus actividades. Lo mejor que podía hacer era esperar y escuchar.

Regresó a su aposento y dejó la puerta entreabierta; luego se tendió en el lecho y se puso a leer un periódico de la mañana.

CAPÍTULO III
EL HOMBRE DE LA HABITACION CONTIGUA

El tiempo pasó muy lentamente para Harry Vincent. Eran las tres de la tarde.

A mediodía había llegado el empleado de una famosa relojería con un paquetito, dentro del cual iba un precioso reloj de oro.

Vincent sonrió al abrir el paquete, porque el regalo de su extraño bienhechor era, al mismo tiempo, confirmación y recuerdo del mensaje telefónico.

A medida que pasaban los minutos empezó a pensar que su proyecto de espionaje no era quizá todo lo eficaz que su salvador deseaba.

De pronto oyó pisadas en el corredor.

La puerta de su habitación seguía entreabierta y ya había oído varias veces pasar gente por allí. Pero aquellos pasos que se aproximaban ahora tenían algo distinto. Eran rápidos, nerviosos.

Varias veces parecieron vacilar.

Vincent se dirigió a la puerta. Por la estrecha rendija podía ver parte del pasillo. Al llegar a su puesto de espionaje oyó que las pisadas vacilaban de nuevo; un segundo más tarde vio la silueta de un hombre de mediana estatura ante la puerta del 1417.

Al meter la llave en la cerradura el hombre dirigió una furtiva mirada a su espalda. Aparentemente convencido de que nadie le veía, abrió con rapidez la puerta y entró en la habitación.

Mientras el desconocido abría la puerta, Vincent observó atentamente su perfil. El rostro, regordete y algo ajado, representaba unos cincuenta años.

Cuando la puerta del cuarto contiguo se hubo cerrado, Vincent quedóse pensativo. En el aspecto exterior de su vecino no había nada anormal. Parecía un viajante de comercio envejecido en su labor de muchos años.

Lo indudable era que el hombre deseaba no ser visto. Acaso se tratase de un intruso que penetraba en la habitación mientras su legítimo ocupante se hallaba ausente; sin embargo, lo más probable era que fuese el hombre a quien Vincent debía vigilar.

Después de otra eterna hora de espera se abrió la puerta vecina y en el pasillo volvieron a sonar las mismas pisadas de antes. Rápidamente, Vincent se puso el sombrero y el abrigo y, dejando transcurrir un tiempo prudencial para que su vecino llegara al ascensor, salió tras él y con él penetró en el mismo.

El hombre atravesó con gran rapidez el vestíbulo seguido a pocos pasos por Vincent. Al llegar a la calle se dirigió hacia el único taxi que se veía frente al hotel.

Vincent logró oír la dirección que su hombre daba al chófer: "Estación de Pennsylvania". Pero pasaron casi dos minutos antes de que pudiese tomar él otro taxi y partiera en la misma dirección indicando al chófer que corriese a toda velocidad.

El conductor se dio tan buena maña que al llegar a la estación, Vincent supuso que el desconocido a quien perseguía apenas debía haber llegado.

Media hora pasó buscándole entre el gentío que llenaba el amplio vestíbulo hasta que, por fin, desalentado, regresó al hotel. Allí hizo el desagradable descubrimiento de que su hombre estaba sentado cómodamente en una de las butacas del fumadero, leyendo un periódico de la noche. Parecía no haberse movido de aquel lugar en muchas horas.

Disgustado, Vincent se dirigió al restaurante y encargó la cena.

Esta fue excelente, la mejor que Vincent había probado en muchos meses, pero no disfrutó de ella. Se daba cuenta de que había sido burlado; que el hombre, a quien había seguido, o cambió de destino, o se le escabulló entre la gente que llenaba la estación. Lo peor de todo era que el individuo podía haberle visto vigilando a los ocupantes del vestíbulo de la Estación de Pennsylvania.

Vincent llegó a tener el convencimiento de que debía de haber algún motivo muy importante para que se vigilase a su vecino, pero decidió que sería una locura seguirle inmediatamente después de su fracaso. Así, empezó a olvidarse de su deber y su pensamiento voló hacia el desconocido que la noche anterior le salvara la vida.

-Es curiosa la manera que tuvo de desaparecer aquel hombre – murmuró-. Se desvaneció como una sombra; eso es, como una sombra. Le va bien este nombre... ¡La Sombra! Lo recordaré.

Vincent terminó los postres siempre con el pensamiento fijo en el extraño personaje que le había salvado la vida. Cuando salió al vestíbulo, comprendió que había pasado demasiado tiempo en el comedor. Su hombre ya no estaba allí. Mentalmente se reconvino. Debía hacer de detective.

Hasta aquel momento había demostrado una carencia absoluta de habilidad detectivesca. Por fin se le ocurrió que, por lo menos, podría enterarse de la identidad de su vecino. Se dirigió a la oficina del hotel y empezó a hablar con el empleado.

Empezó con una pregunta muy natural.

-¿Alguna carta para el 1419?

En contestación, el empleado sacó una carta de una de las casillas numeradas y se la entregó.

Era un hecho completamente inesperado. Vincent no esperaba ninguna carta. Pero el nombre que aparecía en el sobre lo explicó todo. Iba dirigido a R.J. Scanlon y había sido devuelta desde San Francisco. Vincent llamó al empleado.

-No es para mí - dijo.

El joven guardó la carta en otra casilla y explicó, volviéndose hacia Vincent:

-Perdone, ha sido un error, le di el correo del 1417. Para usted no hay nada.

Vincent se alejó sonriendo. Aquel error habíale procurado los informes que necesitaba. Además, aquello le ahorró hacer averiguaciones respecto al hombre del 1417 y, por lo tanto, evitó atraer sobre sí la curiosidad del empleado del hotel.

Compró unas cuantas revistas y dirigióse a su cuarto. Por debajo de la puerta de comunicación entre ambas habitaciones no se veía ningún rayo de luz.

-¡Muy bien, señor Scanlon! - murmuró Vincent mientras se sentaba a leer-. Permaneceré despierto hasta que vuelva usted. Que se divierta mientras tanto.

El vecino llegó poco antes de medianoche. Vincent le oyó correr el pestillo de la puerta de comunicación.

"Me acordaré de esto – pensó-. Ese sujeto se preocupa de que la puerta esté cerrada."

A la mañana siguiente empezó otra larga y vigilante espera. Por la puerta de comunicación, Vincent percibió unos ligeros ruidos que le indicaron que Scalon seguía en su cuarto.

A las diez y media el vecino salió al pasillo. Vincent aguardó a que hubiera bajado y entonces tomó otro ascensor. Al llegar al vestíbulo se dirigió hacia el despacho de periódicos y desde allí observó por el rabillo del ojo a su hombre. Cuando le vió meterse en la puerta giratoria, salió tras él.

Scanlon entró en un rascacielos de Broadway. Viendo que el edificio solo tenía una entrada, Vincent esperó pacientemente en la calle.

Era cerca de mediodía cuando reapareció el señor Scanlon. Dirigióse a un restaurante y Vincent, tras él, se sentó en una mesa un poco distante.

Toda la tarde la pasó el joven siguiendo los pasos de su vecino. El mismo se asombraba de la facilidad con que desempeñaba el cargo de espía. A veces se retrasaba una manzana entera, pero siempre lograba alcanzar a Scanlon.

Esto no era difícil debido a las peculiares características del hombre.

Caminaba rápida y nerviosamente y, de cuando en cuando, se volvía para dirigir una furtiva mirada hacia atrás.

"Ese individuo está inquieto - pensó Vincent-. El misterioso bienhechor no es el único que interviene en este asunto. Alguien más sigue las huellas del amigo: será cosa de ver quién gana."

A última hora de la tarde, Scanlon se metió en un cine. Vincent, rendido por la fatigosa e inútil persecución, pensó hacer lo mismo, pero al fin reflexionó que el hombre podía estar

preparando una añagaza. No fue así y transcurrieron más de dos horas antes de que Scanlon reapareciera.

Siguió a éste hacia el hotel. De pronto, al llegar junto a un bar vió salir a un hombre que se detuvo en una esquina, desde la cual se dominaba la entrada del Metrolite.

Era un sujeto pequeño y rechoncho que llevaba un abrigo gris. De momento Vincent apenas se fijó en él, pero después de observarle unos minutos comenzó a sospechar que él también vigilaba Scalon.

Para asegurarse más, abandonó a Scanlon y se puso a espiar al del abrigo gris. Scanlon había entrado en el hotel. Al cabo de un cuarto de hora de espera, vigilando siempre al desconocido del abrigo Vincent vio con satisfacción que Scanlon salía de nuevo a la calle y, seguido de su otro perseguidor, se dirigía a un restaurante. Así, siguiendo a uno. Vincent seguía a los dos.

El del abrigo gris entró en el restaurante, Vincent fue a colocarse en un rincón, a unos seis metros de Scanlon, pero oculto por una percha de abrigos.

Encargó la cena y aguardó. Durante un rato no vió al hombre del abrigo gris, de pronto le vió, ya sin abrigo, atravesando el comedor.

¡Caramba! - exclamó Vincent para sí-. Se ha sentado en la misma mesa de Scanlon. Oigamos qué dicen. Las palabras de los dos hombres llegaron tenuemente hasta él.

-Bien, bien...- empezó el del abrigo gris.

Scanlon miró asombrado al hombre que acababa de sentarse ante él.

-Parece que no me recuerda - siguió éste.

-No-replicó Scanlon. Era la primera vez que Vincent le oía hablar. Su voz lo pareció dura y discordante.

-Usted es Bob Scanlon, ¿verdad?- preguntó el desconocido-. Es viajante de una fábrica de zapatos de San Francisco, ¿no?

-Sí- asintió Scanlon.

-¿Y no me recuerda?

-No.

-Soy Steve Cronin, de Boston. También vendía zapatos. Le conocí a usted en una reunión de zapateros en Chicago, hace cinco años. Desde hace cuatro estoy en Nueva York. ¡Buen tiempo aquel que pasamos en Chicago! ¿Se acuerda?

Y tendió la mano a Scanlon, quien la estrechó de mala gana.

-No le importa que cene en su misma mesa, ¿ verdad ?-preguntó el llamado Steve Cronin.

-No, claro-gruñó Scanlon-. No le recuerdo bien, pero es tan difícil recordar a todos los compañeros que uno ha encontrado en su vida.

-Yo tengo muy buena memoria-replicó Cronin-. Siempre me acuerdo de las gentes que he visto y cuándo las he visto. Es curioso, al verle entrar en el restaurante, le he reconocido enseguida.

Vincent sonrió para sí. Cronin había visto entrar a Scanlon en el restaurante, pero no desde adentro, sino desde la calle.

La conversación versó sobre el calzado. Cronin era locuaz, pero hablaba por hablar, sin definir nada. Scanlon se limitaba a gruñir y sólo de cuando en cuando contestaba a alguna pregunta.

Cuando terminó la cena, Cronin se levantó el primero.

-Tengo que acudir a una cita- dijo mirando el reloj-. Le veré más tarde, compañero.

Y sin añadir una palabra más, abandonó el restaurante. Cinco minutos más tarde, Scanlon salió también, metiéndose por una calle lateral. Vincent le seguía a poca distancia, por la acera opuesta. Notó que los movimientos de Scanlon eran más nerviosos que nunca.

Cuando el viajante de calzado se metió en una amplia avenida y avivó el paso, Vincent tuvo una idea que proclamaba su inteligencia.

"Ese pájaro se dirige al hotel- se dijo-. Da este rodeo porque quiere asegurarse de que Cronin no le sigue. por lo tanto, no desea que Cronin sepa donde se hospeda. Pero Steve ya lo sabe y es demasiado listo para seguir a Scanlon en estos momentos. Seamos, pues, listos también.

Esperó a que el viajante se adelantara una manzana. Entonces detuvo un taxi y dio la dirección del Metrolite. Subió a su habitación convencido de que antes de veinte minutos el ocupante de la habitación 1417 llegaría al hotel.

CAPÍTULO IV
UN CRIMEN AUDAZ

En la oscuridad de su habitación, Vincent se sentó en una silla junto a la entornada puerta por donde podía vigilar el iluminado corredor sin que ninguna de las personas que por él pasaran, pudiera ver que la puerta no estaba cerrada completamente.

Cinco minutos, largos como horas, habían transcurrido desde su regreso al hotel. Un leve malestar parecía predecible que algo malo iba a ocurrir.

En aquel momento sonaron en el comedor unos pasos suaves. No eran los de Scanlon; esto Vincent lo sabia por el ruido. Los pasos seguían aproximándose y, a menos que torciesen hacia la izquierda, era indudable que se dirigían a la habitación contigua.

Vincent contuvo una exclamación de asombro al ver al hombre que apareció en su campo visual. ¡Era Steve Cronin!

El hombre se detuvo para dirigir una mirada al montante de la puerta de Scanlon y Vincent pudo advertir la sonrisa que apareció en su rostro, mientras se retiraba un poco con las manos en los bolsillos del pantalón.

"Un hombre muy fuerte-pensó Vincent-. Parece un lobo y, seguramente es tan feroz como un animal de esos, pero su corazón es el de un cobarde, estoy seguro.

Satisfecho con la inspección del cuarto de Scanlon, Steve Cronin torció por el pasillo de la izquierda. Vincent respiró nuevamente y siguió aguardando.

Era necesario no traicionar su presencia allí. El regreso de Scanlon seguramente produciría algún efecto inesperado.

Pasaron los minutos largos como siglos, y por fin sonaron en el corredor las pisadas de Scanlon que poco después se detenían ante la puerta de su cuarto.

La llave giró en la cerradura y, en el mismo instante, reapareció en escena Steve Cronin. Se había acercado silenciosamente y sorprendió al viajante de zapatos al llamarle.

-¡ Scanlon ¡

Vincent no podía ver a este último porque ya había entrado en la habitación, pero en cambio pudo oír la exclamación que lanzó.

-¿Qué quiere usted?-preguntó con voz temblorosa.

-Quisiera hablarle - contestó con amabilidad Steve Cronin-. He venido a verlo.

-Creí que tenía una cita.

-Ya asistí a ella; pero el sujeto a quien tenía que ver no estaba.

-¿Cómo ha sabido que me hospedaba aquí?

-Usted me lo dijo.

-Yo no le dije nada.

Hubo una pausa. Los dos hombres estaban fuera del campo visual de Vincent. Fue Steve Cronin quien rompió el silencio.

-Somos viejos amigos, Scanlon-dijo-. He tenido una gran alegría en volverle a ver. Usted mismo me dijo que paraba aquí; seguramente lo ha olvidado. Creo que podré ayudarle a realizar alguna venta. Sólo le entretendré unos minutos.

-No necesito que me ayude nadie- replicó con firmeza Scanlon.

Vincent sonrió. Por muy lobo que fuese Steve Cronin, había encontrado a una oveja luchadora.

-¿Por qué discutir aquí, en pleno corredor?-preguntó con suavidad Steve.

-Porque no siento ninguna simpatía por usted-replicó Scanlon.

-¿No?

-No.

-¿Por qué?

-Tengo mis razones Puede marcharse. No tengo ganas de perder el tiempo con usted.

-Pues me quedaré hasta que me diga por qué no le soy simpático.

Vincent oyó un ruido indicador de que Scanlon trataba de cerrar la puerta en las narices de Steve Cronin.

-Despacio, Scanlon, despacio-ordenó suavemente Steve-. Tengo que entrar.

Se oyó un portazo y frases precipitadas, Entonces salió Vincent al pasillo y acercóse a la puerta de la habitación contigua.

El montante estaba entreabierto, pero los dos hombres hablaban en voz baja e ininteligible. Vincent aguzó el oído mientras vigilaba el corredor, dispuesto a precipitarse en su habitación a la más leve alarma.

Por fin, al cabo de un rato de inútil escucha, notó que los dos hombres debían de haberse acercado a la puerta, pues a pesar de que seguían hablando en voz baja, lograba ya oír lo que decían, Era Scanlon quien hablaba.

-Muy bien, Cronin, si es que se llama usted así, dígame de una vez qué es lo que quiere.

-Ya lo sabe usted, Scanlon. He venido a buscar el disco.

-¿Qué disco? ¿De qué está hablando?

-Del disco chino. De la moneda. Usted lo tiene.

-No le entiendo, Cronin.

-No se haga el tonto y sea razonable. Se lo compraré, pida por él lo que quiera.

La contestación de Scanlon fue un murmullo. Las voces volvieron a hacerse ininteligibles y Vincent regresó a su cuarto con la esperanza de poder oír algo por la ventana, que quedaba junto a la de Scanlon. Sin embargo, ningún sonido llegó hasta él.

Quitóse los zapatos, la chaqueta, el chaleco, el cuello y se tumbó en la cama.

Durante unos minutos reflexionó acerca de lo que debía hacer. Mientras permanecía pensativo le pareció oír un sordo ruido en la habitación contigua.

¿Qué habría sido?, ¿Una mesa derribada? ¿El chocar de un cuerpo contra el suelo?

Miró por la rendija de la puerta y, en seguida, salió al pasillo para escuchar.

Al dirigir la vista a la puerta del 1417 vio que el tirador giraba lentamente.

De un salto Vincent regresó a su cuarto y al mirar otra vez al pasillo vio que lo cruzaba Steve Cronin. Con furtivas miradas a ambos lados, el hombre del abrigo gris dirigióse hacia la escalera.

Con los nervios en tensión, Vincent apoyó la mano en el tirador de la puerta del cuarto de Scanlon. Cronin la había cerrado silenciosamente; por lo tanto, no debía de estar cerrada con llave. Vincent miró cautelosamente en todas direcciones y no viendo a nadie entró en el aposento.

Una tenue luz, reflejo de los anuncios luminosos que nublan el cielo de Manhattan, penetraba por la abierta ventana. Al mirar hacia la derecha se estremeció. Un hombre aparecía tendido en el suelo con una mano cogida a la mesa donde estaba el teléfono.

Era el cuerpo de Scanlon;Vincent estaba seguro de que ya había muerto, junto al cadáver se veía un objeto blanco. Sin necesidad de tocarlo, Vincent vio que era una almohada.

Instintivamente comprendió lo ocurrido. El sordo ruido que escuchara minutos antes fue sin duda un disparo o la caída de Scanlon al suelo. Steve Cronin le había obligado a penetrar en el cuarto de baño, que se veía abierto a poca distancia del muerto, y le había pegado un tiro, ahogando con la almohada el estampido del disparo.

Se había cometido un asesinato, y Vincent se encontraba sólo en la habi- tación del crimen, junto al cadáver del asesinado. Comprendió que debía abandonar enseguida aquel lugar, pero algo le mantenía allí a pesar de todo.

Se dirigió al cuarto de baño. De pronto notó algo bajo un pie. Era un objeto plano y delgado, Se inclinó para examinarlo. A pesar de la oscuridad notó que se trataba de algo redondo metido en una rendija del suelo, junto a la puerta del cuarto de baile.

No tenía la menor idea de qué podía ser. Demasiado preocupado con el crimen, no se entretuvo en contemplarlo mejor y se lo guardó en un bolsillo del pantalón.

Podía ser una pista, una pista que condujese a la captura del criminal.

Súbitamente recordó Vincent que la mejor pista para capturar a un criminal es encontrarle junto al cadáver de su víctima y él estaba al lado de un muerto y vestido de una manera bastante sospechosa.

Pensó que debía regresar inmediatamente a su cuarto antes de que alguien descubriese el asesinato y a él en la habitación del muerto. Sin embargo, su deber de ciudadano era dar algún aviso de lo sucedido a Scanlon.

Tuvo una idea. Se acercó a la mesa del teléfono y lo hizo caer al suelo.

Luego corrió a su aposento sin que nadie le viese.

¿Cuánto tiempo podía transcurrir antes de que subiesen a investigar la habitación de Scanlon? Poco, pues al caer el teléfono marcaría la llamada en la centralita del hotel y al no obtener respuesta, la telefonista enviaría a alguien a enterarse del motivo de la insistente llamada.

Vincent se metió en la cama y permaneció con el oído alerta. Pasó bastante rato hasta que, por fin, se oyeron pasos en el corredor. Alguien abrió la puerta de la habitación vecina; se oyeron varias voces y, por último, sonaron unos fuertes golpes en la puerta de su cuarto.

Fingiéndose adormilado, abrió Vincent la puerta. Entonces vió que la del aposento de Scanlon estaba abierta también y que la luz estaba encendida.

El hombre que estaba ante Vincent era, indudablemente, el detective de la casa.

-¿Qué pasa?-preguntó Vincent con voz torpe.

-Han matado a un hombre ahí al lado-explicó el detective-. ¿Ha oído algún disparo hace poco?

Vincent negó con la cabeza.

-Lo único que he oído han sido los golpes que ha dado usted en la puerta. Estaba durmiendo.

El detective movió la cabeza.

-Debieron de ahogar el estampido- murmuró-. El ocupante de la habitación 1415 tampoco oyó nada. Bueno, más tarde le interrogaremos. ¿Quiere usted cambiar de habitación? Haremos mucho ruido y seguramente no le dejaríamos dormir.

-Bueno-asintió Vincent-. Llame usted a un botones para que le ayude a trasladarse.

Los agentes de la brigada de investigación criminal habían llegado ya, cuando Vincent salió al pasillo para dirigirse a su nuevo alojamiento. Seguía fingiéndose adormilado, pero en cuanto quedó solo en el nuevo cuarto, desapareció hasta el menor rastro de cansancio.

Le preocupaba un poco el temor de verse mezclado en el crimen; pero un pensamiento más importante le asaltó de pronto. Se dirigió a la silla donde estaba su traje y buscó en los bolsillos del pantalón. Encontró lo que buscaba y lo acercó a la luz.

Una exclamación se le escapó al ver lo que tenía en la palma de la mano.

Era un disco de un metal grisáceo más pequeño y delgado que un medio dólar y en cuyo centro aparecía una roja y borrosa letra del alfabeto chino.

CAPÍTULO V
LA SOMBRA EN LA PARED

Unas horas después del asesinato de Scanlon, un hombre caminaba apresuradamente por una calle cercana a Broadway. Había algo en su paso y movimientos, indicador de la ansiedad que le dominaba.

A pesar de que la noche era casi oscura, llevaba el cuello del abrigo subido hasta las orejas. Su propósito era, sin duda, evitar que le viesen para no despertar sospechas. En esto último logró un completo éxito, pues pasó junto a un policía sin que este le dirigiese una sola mirada.

Al llegar a mitad de la manzana, aminoró el paso y se detuvo junto a un estanco para mirar cautelosamente en todas direcciones. En seguida cruzó el arroyo, abrió una puerta y se metió en el oscuro portal de una vieja casa.

Apenas se cerró la puerta tras él, una sombra pareció precipitarse en el arroyo. .

Algo extraño cruzó la calle y fue absorbido por el portal de la vieja casa.

Parecía como si una sombra se hubiera destacado de un edificio para ir a fijarse en otro.

Todo estaba en silencio en la entrada del antiguo edificio. De pronto, oyóse un ligero chasquido en la cerradura. La puerta se abrió lentamente y una larga sombra proyectóse en el mal alumbrado portal, yendo a perderse en la oscura escalera. En aquel momento un hombre bajó silbando; pero no notó nada.

La extraña y movible sombra reapareció en el corredor del tercer piso deteniendose en el oscuro quicio de una puerta donde permaneció inmóvil como una sombra más de las que reinaban en aquel lugar.

De pronto abrióse la puerta del piso y dos hombres aparecieron en el umbral dirigiendo una cautelosa mirada alrededor. Uno era bajo y rechoncho; el otro, algo más alto, de nariz aguileña y perspicaces ojos. Este fue el primero en salir al rellano y, después de mirar atentamente a todos lados se volvió hacia su compañero y le dijo en voz baja:

-No hay nadie, Steve.

-Quería asegurarme de ello, Croaker- replicó su compañero.

-No te preocupes, Steve; estás seguro. Además, desde la sala hasta aquí hay dos puertas de por medio. Por lo tanto, nadie oirá lo que hablemos.

Bien, Croaker. Volvamos a dentro, Tengo un sinfín de cosas que contarte.

La puerta volvió a cerrarse y la sombra reapareció sobre el suelo. Permane- ci6 inmóvil unos instantes y por fin se dirigió hacia la escalera.

En el interior del piso que ocupaban los dos hombres que momentos antes aparecieran en el rellano, el llamado Croaker se esforzaba en tranquilizar a su compañero.

-Mira esa ventana, está a quince metros del suelo, no hay ninguna otra cerca. Se necesitaría una escalera de bombero para llegar hasta aquí. ¿Quieres que la cierre?

-No, déjala abierta-replicó nerviosamente Steve-. Estamos seguros aquí y podemos oír todos los ruidos de la calle... por ejemplo, la sirena de los autos de la Policía.

-Bien pues, Steve, ya me dirás que te ocurre.

El llamado Steve se pasó nerviosamente una mano por la barbilla y tras una corta vacilación preguntó:

-¿Puedo fiarme de ti, Croaker?

-Claro.

-¿Me ayudarás aunque tengas de olvidarte de los demás miembros de la banda?

Esta vez fue Croaker quien dio muestras de nerviosismo.

-¿No estarás proyectando una traición, Steve?

-¿Y si la proyectase?

-Entonces no podría ayudarte.

-¿Por qué?

-Porque no me gusta esa clase de juegos.

-¿De veras? Pues yo creía lo contrario.

Croaker dirigió una furiosa mirada a su compañero. Durante unos minutos los dos hombres se contemplaron fijamente. Por fin Croaker bajó los ojos.

Steve se echó a reír.

-¿Creías que no sabía lo que hiciste cuando la banda llevó a cabo aquel trabajo de Hoboken?

Croaker palideció intensamente, Sus ojos se movieron nerviosos evitando encontrarse con la mirada de Steve.

-No dirás nada, ¿verdad?-suplicó.

-Ni una palabra... si trabajas conmigo.

En aquel momento una larga y desproporcionada sombra se posó en la pared del fondo de la habitación, frente a la ventana. Ninguno de los hombres, enfrascados en su conversación, se fijó en ella. La sombra permaneció inmóvil.

-Óyeme, Croaker-siguió Steve, cuando en Hoboken te entregamos aquel dinero, pensaste que no habíamos tenido tiempo de contarlo. Pero lo tuvimos y fui yo el encargado de hacerlo. Cuando nos reunimos otra vez faltaba dinero.

-No lo has contado a nadie, ¿verdad?

-A nadie.

-¿Ni lo dirás?

-No, si me acompañas en este viaje. Sé que guardas en esta habitación algunos de los valores que robamos en Hoboken. Quizás tengas género de algún otro trabajo. Pero no diré nada de cuanto sé.

La sombra de la pared desapareció de pronto. Unos segundos más tarde, Croaker se puso en pie y se acercó a la ventana, mirando ansiosamente hacia la calle. Permaneció allí unos instantes y, por fin regresó a su puesto.

-En mi tendrás un amigo, Steve.

-No te arrepentirás en ayudarme. Te voy a explicar lo que he hecho y los beneficios que espero obtener. Cuando terminemos con el asunto, los dos estaremos forrados de dinero. Yo ya he empezado, ahora tú debes seguir adelante con ello. Es muy sencillo.

Croaker se había ido tranquilizando.

-Explícate.

-Bien. ¿Te acuerdas de que te dije que vigilases dos hoteles y que me en- terases de en cuál de ellos se hospedaba un sujeto que debía llegar de California? Te lo encargué en casa de Mick.

-Sí, por cierto que me pareció que alguien nos escuchaba.

-Eso mismo. Dijiste que habías visto una sombra en el suelo, pero cuando miramos no vimos más que a un borracho que salía de la taberna.

-Quizá aquel sujeto nos oyó.

-¿Y qué? En ese caso te hubiese vigilado a ti, no a mí. Y tú no descubriste al hombre que te encargué que vigilaras.

-No.

-Claro, fui yo quien lo encontró.

-¿Quién era?

-Un tipo llamado Scanlon. Esta noche lo he quitado de en medio en el hotel Metrolite.

Croaker lanzó un silbido.

-Por eso he venido aquí-siguió Steve-. Cometí el error de decirle mi nombre. Pero no creo que haya tenido oportunidad de repetirlo a nadie.

-Hiciste una tontería, Steve.

-No pensé llegar a tal extremo. Le ofrecí cinco mil dólares por lo que quería de él. Pero no quiso aceptarlos. Entonces le hice entrar en el cuarto de baño y para impedir que hablase, le metí una bala en el cuerpo.

-¿Y cómo saliste de allí?

-Bajé por la escalera de incendios. Pero la poli quizá me está buscando ahora. Me marcho al Oeste; tengo bastante dinero.

-Entonces, yo debo terminar el trabajo que tú has empezado, ¿no es eso?

-Lo terminarás y repartiremos los beneficios mitad por mitad.

-Muy bien. Explícate.

-Sabes quién es Wang Foo, ¿verdad?

-Sí, el chino.

-Sabes que se dedica a comprar objetos robados, ¿no?

-Algo he oído de eso, pero nadie sabe cómo los adquiere.

-Yo lo he descubierto - exclamó triunfalmente Steve-. Me enteré de todo en San Francisco. No por un solo conducto, sino atando cabos sueltos fue como reuní toda la historia. Te la voy a contar.

Croaker se inclinó hacia adelante. Su rostro reflejaba un vivo interés.

-Cada seis meses- siguió Steve Cronin,-un sujeto llega a Nueva York desde San Francisco. Nunca es el mismo, ni jamás se sabe quién será, Ese sujeto viene a Nueva York por orden de un viejo chino llamado Wu Sun, uno de los principales personajes del Barrio Chino de San Francisco. Su trabajo se limita a presentarse en casa de Wang Foo, recoger una caja sellada y llevarla a San Francisco. Esa caja contiene algo más que géneros robados. En ella van cuidadosamente colocados unos cuantos millones de dólares en billetes... precio de los géneros que le envían desde el Oeste. Mañana por la tarde, a las tres, debe presentarse el mensajero en casa de Wang Foo.

-¿Y cómo le entregan la caja?-preguntó dubitativamente Croaker.

-De una manera muy sencilla- contestó Steve-. El mensajero no dice nada. Ni siquiera sabe de qué se trata. Entra en casa de Wang Foo y enseña un pequeño disco al viejo chino. Se trata de una especie de moneda oriental que sirve de contraseña. En cuanto ha entregado la moneda recibe la caja y vuelve a San Francisco.

-¿Y dónde está la moneda?

-Ahí está lo malo, Croaker. Estoy seguro de que Scanlon la tenía en su poder. Cuando empezó a ponerse nervioso le vi llevarse la mano al bolsillo derecho del pantalón. Estábamos junto a la puerta y apagó la luz. Le oí dirigirse a la ventana, como yo estaba cerca de la cama cogí una almohada para apagar el estampido del disparo. Cuando me acerqué a Scanlon él se dirigió hacia el cuarto de baño. La puerta estaba abierta; antes de que se diera cuenta de mis propósitos le metí dentro y le encerré allí. Luego disparé sobre él. El tiro hizo mucho ruido en el cuarto, pero no creo que los de fuera oyesen nada.

-¿Y por qué no cogiste la moneda?

-No la pude encontrar, no la tenía encima. Debió de caer por algún sitio y como no podía pasarme allí la noche tuve que dejarla en la habitación.

-Entonces no hay ninguna esperanza.

-Aún queda alguna, Por eso he venido a pedirte ayuda. Eres lo bastante listo para ver la manera de meterte en ese cuarto y buscar la moneda.

-Es un poco peligroso, Steve.

-Pero es la única probabilidad que tenemos. La moneda debe de estar en la habitación. Si no puede ser antes de mañana, inténtalo después. No creo que los mensajeros lleguen siempre con matemática precisión de tiempo a casa de Wang Foo.

-Haré lo que pueda.

-Muy bien, Croaker, Lo haría yo mismo si no fuese por la poli. Cuando entré en el hotel vi al detective de la casa. Creo que me conoce, y, seguramente, sospechará de mí. Tengo que salir inmediatamente de la ciudad.

-¿Por qué no dejaste que Scanlon recogiese la caja? Tú podías habérsela quitado luego.

-Temía que los chinos le vigilasen después de entregársela.

-Acaso estén vigilando ahora el hotel. ¿Y si me descubren?

-No tengas miedo, Croaker. Tú procura penetrar en la habitación 1417 del Hotel Metrolite y encontrar la moneda. Wang Foo no conoce el mensajero que le envían. Aunque se retrasara, el disco lo aclararía todo. Por lo tanto, haz lo que te he dicho y pon pies en polvorosa en cuanto el chino te dé la caja.

De pronto, Croaker cogió a Steve por una muñeca y señaló aterrorizado hacia la pared.

-¡Mira, Steve, aquella sombra! Una negra silueta se desvaneció tan pronto como Cronin miró en la dirección indicada.

-¿Qué sombra? Estás viendo visiones, Croaker.

Este se dirigió a la ventana y trató de perforar con la mirada las tinieblas que le rodeaban. Por fin, no descubriendo nada, volvióse de espalda a la ventana y se encogió de hombros. Estaba preocupado por la sombra que había visto en la pared. Y deseaba verse libre lo antes posible de aquel visitante que tanto sabía respecto de él.

Cuando Steve Cronin se marchó, Croaker permaneció unos minutos en el umbral de la puerta, esperando que su visitante llegara a la calle. Cuando regresó al cuarto donde había tenido lugar la conferencia quedó petrificado de terror, mientras el rostro se le contraía en una mueca de espanto.

Hasta él acababa de llegar una suave y burlona carcajada que detuvo por unos momentos los latidos de su corazón, y una enorme sombra se deslizó por la pared hacia la ventana, yendo a perderse en las tinieblas nocturnas.

Cuando Croaker logró dominar un poco el pánico que sentía, acercóse la ventana y miró hacia abajo. En la mal alumbrada calle no se veía ni un solo transeúnte.

Un taxista que permanecía estacionado con su auto en una calle adyacente, quedó tan sorprendido como Croaker al ver que por la parte trasera de la casa se deslizaba una sombra. Pero cuando el asombrado chófer miró con más atención tratando de explicarse el fenómeno, la sombra se había esfumado.

Mientras el buen hombre seguía con la vista fija en el edificio, un individuo alto, vestido de negro, cubierto con un fieltro de anchas alas, golpeó con los nudillos en la ventanilla del taxi, ordenando al chófer que le condujese a cierta calle de Nueva York.

Mientras el chófer se dirigía a la dirección indicada, seguía pensando en la misteriosa sombra que acababa de ver.

CAPÍTULO VI
EL SEGUNDO MENSAJE

Harry Vincent se despertó muy preocupado. Terribles pesadillas le habían turbado el sueño. Visiones del asustado rostro de Scanlon y de las siniestras facciones de Steve Cronin le habían perseguido toda la noche.

Al llegar la mañana se reprochó por no haber tratado de impedir el crimen.

Las instrucciones recibidas fueron las de vigilar a su vecino, pero quizá el misterioso comunicado quiso decir con ello que velase por que ningún mal le ocurriese a Scanlon. De ser ésta su misión, había fracasado en toda la línea.

El periódico de la mañana encargado por él estaba en la puerta del cuarto.

Vincent lo abrió apresuradamente buscando las noticias del asesinato. La noticia estaba allí, pero los detalles eran insignificantes. Según el periódico, la Policía seguía una pista que no tardaría en poner en sus manos el asesino.

Después de leer y releer la noticia del periódico, Vincent se vistió lentamente. Estaba en un verdadero apuro. En su poder tenía pruebas que pondrían al asesino en manos de la justicia. Sin embargo, no podía hacer nada hasta que recibiese instrucciones del misterioso personaje que se había convertido en dueño suyo y a quien había jurado obedecer.

Harry metió la mano en el bolsillo donde se guardara la moneda china, y sacándola, la contempló atentamente. Aquello era una prueba tangible. Que él supiese, era la única existente. ¿Qué debería hacer con ella?

Se encogió de hombros. No podía hacer más que esperar, pues no sabía la manera de comunicarse con su misterioso bienhechor y entregarle aquella importante prueba.

Para entretenerse un poco se puso a leer el periódico. La noche anterior se había cometido en Nueva York otro asesinato de mayor importancia que el de Scanlon.

Un hombre enmascarado penetró en la casa de Geoffrey Laidlow, un millonario que vivía en una magnífica mansión de Long Island. Mientras abría la caja de caudales, el ladrón fue sorprendido por el millonario y su secretario.

El ladrón disparó contra ellos: Laidlow cayó muerto y su secretario resultó herido. El bandido huyó llevándose una colección de piedras preciosas, valoradas en varios centenares de miles de dólares.

No era este tampoco el último crimen que traía el periódico. En cierta casa de los arrabales de Nueva York, un hombre, llamado Croaker, fue hallado muerto de varios balazos. La Policía lo tenía fichado como gangster peligroso y suponíase que el crimen era una venganza de alguna banda rival.

-Tres crímenes en una misma noche y yo poseo la clave de uno de ellos -murmuró Vincent. Y el joven contempló pensativo la moneda china, examinándola atentamente. En ambas caras se ve a la misma letra roja. ¿Cuál era su valor? Indudablemente mucho cuando se había cometido un crimen para poseerla.

El timbre del teléfono cortó las meditaciones de Vincent. Un leve terror recorrió el cuerpo del joven. ¿Quién podía llamarle? Vaciló unos segundos, mientras el timbre seguía sonando; por fin se decidió, y, descolgando el aparato, contestó con voz firme a la llamada.

-¿Es el señor Vincent?.-preguntó la telefonista.

-Sí.

-Quería asegurarme de que era esa su nueva habitación. Es la 1452, ¿verdad?

-Sí, señorita.

-Tenga la bondad de esperarse un momento. Hay una llamada para usted.

Vincent tembló nerviosamente mientras esperaba que le pusieran en comunicación con la persona que había llamado.

-Ya pueden hablar- dijo la operadora.

-¿El señor Vincent?

Era una voz de hombre, suave y armoniosa. Débilmente, el joven contestó:

-Yo mismo, diga.

-Soy el detective Harrison, de la brigada de investigación criminal.

Vincent sintió un nudo en la garganta.

-Perdone que le moleste, señor, pero me han encargado que le comunique su declaración para que nos diga si está conforme. De acuerdo con ella, usted no oyó el disparo del arma y sólo se despertó cuando llamaron a la puerta. Entonces se levantó, y, al abrir, encontró ante su cuarto al detective del hotel en compañía de otras personas.

La voz cesó de hablar. Vincent permaneció en silencio unos instantes. En el mensaje que acababa de recibir cuatro palabras habían sido marcadas ligeramente: "Comunique con arma compañía."

-¿Está conforme su declaración, señor Vincent?-preguntó el hombre que se anunciara como el detective Harrison.

-Sí, está conforme.

Un timbre sonó al otro extremo del hilo. El detective acababa de cortar la comunicación.

-¡Un momento, un momento- gritó Vincent al darse cuenta de pronto de que el mensaje le resultaba incomprensible.

-Lo siento, señor. -dijo la telefonista-. Han colgado el teléfono.

Vincent colgó el receptor y empezó a repetirse las palabras del misterioso comunicante.

"Comunique con arma compañía."

¿Qué podían significar aquellas palabras? Vincent las escribió en un trozo de papel; estuvo unos minutos contemplándolas, y, por fin, rasgó la nota y la tiró al cesto de los papeles. El mensaje no era claro; sin embargo, debía comprenderlo, pues, sin duda era de gran importancia.

¡Se trataba de un mensaje del hombre a quien él llamaba ya La Sombra!

El joven empezó a pasearse de un lado a otro del aposento, repitiéndose mentalmente las cuatro palabras: "Comunique con arma compañía." Las dos primeras eran clarísimas. Debía ir a un lugar determinado y contar cuanto sabía acerca de lo ocurrido en la habitación 1417, o sea, el asesinato de Scanlon, el viajante de calzado de San Francisco.

Pero, ¿qué significaba lo de "arma compañía"? ¿Debía ponerse en contacto con alguna fábrica de armas? ¿De qué armas? ¿Con los fabricantes del revólver o pistola que mató a Scanlon? Pero en los Estados Unidos había infinidad de fabricantes de armas y, por lo menos dos cuyos artículos son de uso corriente entre los criminales. ¿De que marca era el arma del crimen?

Vincent reanudó sus paseos por la habitación. De pronto clavó una indiferente mirada en el teléfono y, al mismo tiempo, en la guía de abonados.

¡Quizá la clave estuviera allí.! Debía comunicar con "arma". ¡Acaso se tratase de un apellido! Y si lo era, entonces estaría en el listín. ¡Si, no podía ser otra cosa¡ ¡Arma! ¡Un hombre llamado Arma!

Con gran rapidez y nerviosidad, el joven fue pasando hojas de la guía telefónica hasta llegar a la letra -A" en la página en que aparecía unida con la "R" y la "M". Eran muy pocas las personas que tenían el singular apellido "Arma". Con el dedo fue recorriendo el pequeño grupo hasta que, de repente, lanzó un grito de alegría, al leer:

"Arma y Compañía.-Edición Grandville 'Arma y Compañía. Edificio Grandville."

No prestó ninguna atención al número del teléfono que seguía a continuación del nombre. Lo que debía comunicar no podía hacerse de otra manera que personalmente; era demasiado importante para confiarlo al hilo telefónico.

Conocía el lugar donde se hallaba el edificio Grandville, uno de los más modernos rascacielos de Manhattan.

Sacó el reloj. Eran las nueve y cinco. Tenía tiempo de desayunar después, cogiendo un taxi, llegaría allí antes de las diez.

Se afeitó con toda rapidez y terminó de vestirse. Luego salió del hotel, y se dirigió a un restaurante cercano donde encargó un sencillo desayuno.

Mientras lo consumía, acariciaba la moneda china que descansaba en uno de los bolsillos del chaleco. Quizá pronto sabría algo de aquel desconcertante misterio.

CAPÍTULO VII
EL AGENTE DE SEGUROS

Un caballero de aspecto simpático y amable estaba sentado ante una mesa de caoba en una oficina situada en el piso decimoquinto del rascacielos Grandville. Una acolchada puerta cerraba el despacho Y en él no se oía ni el tecleo de la máquina en que escribía la mecanógrafa que ocupaba la habitación contigua.

El caballero dirigió una mirada al reloj que adornaba su muñeca izquierda, y murmuró:

-Las nueve y veinte; ya es hora de empezar a trabajar.

Se puso unas gafas con montura de carey y cogió un montón de cartas colocadas en una papelera de alambre. Poco a poca fue abriendo el correo.

Parte de las cartas iban dirigidas a "Arma y Compañía"; otras, las menos, llevaban el nombre de Claudio H. Arma", estas últimas atrajeron inmediatamente la atención del caballero.

Eran cuatro en total, las cartas dirigidas a nombre del director de la compañía; una de ellas no llevaba el nombre del remitente. Tratábase de un sobre más largo que los demás y el matasellos era de la misma ciudad de Nueva York. El caballero lo abrió cuidadosamente con una plegadera y con gran precaución, fue sacando las hojas de papel que contenía.

Se trataba de una carta escrita en clave, sin duda muy sencilla, pues Claudio Arma la leyó sin ninguna vacilación. Al final de la misiva aparecía el número 58. El señor Arma abrió un cajón del cual sacó una cartulina en donde se veía los números 1 al 101 Los cincuenta y siete primeros habían sido cruzados con una raya. Claudio Arma marco el 58 y guardó otra vez la cartulina en el cajón.

Seguidamente, recostóse en el sillón que ocupaba, sacó un cigarro y lo encendió abismándose en la contemplación de las molduras que bordeaban el cielo raso del despacho, mientras repasaba mentalmente el contenido de la carta.

Entretanto, ésta permanecía abierta sobre la hoja de papel secante del cartapacio. Poco a poco, como borrado por una mano invisible, el contenido de la misiva fue desapareciendo hasta quedar completamente blanca la hoja de papel.

-El asesinato de Laidlow no lo esperábamos-murmuró Arma-. Requerirá inmediata atención. El asesinato de Scanlon en el hotel Metrolite es también importante. Puede haber sido observado por Harry Vincent, nuestro nuevo auxiliar. Hoy presentará su informe. Notifíquense si ha logrado algo. En caso afirmativo dígale que espere en su despacho hasta que le dé nuevas instrucciones.

El señor Claudio Arma quedó silencioso varios minutos como si recapacitase acerca de mensaje. Luego, aparentemente convencido, de que no olvidar a ningún detalle, cogió la blanca hoja de papel, hizo una bola con ella y la tiró al cesto de los papeles.

Pasados unos segundos, apretó un timbre. Al instante, la mecanógrafa entró en el despacho. El señor Arma abrió las demás cartas, las leyó superficialmente y dictó las contestaciones oportunas, las cuales se referían a asuntos relacionados con los seguros.

Mientras tanto, Harry Vincent entraba en la oficina. No viendo a nadie por allí, sentóse en una silla y aguardó pacientemente. Hasta sus oídos llegaba la monótona voz de un hombre que dictaba cartas acerca de accidentes y pólizas de seguros.

Por fin salió la mecanógrafa. Al ver a Vincent le preguntó el nombre y unos segundos más tarde el joven fue introducido en el despacho particular del agente de seguros.

-Que nadie me moleste, señorita Carrington- encargó el señor Arma.

Cuando la puerta del despacho se cerró tras la empleada, el señor Arma ofreció a Vincent una silla colocada junto a la mesa. A continuación, quitóse los lentes y observó atentamente al joven.

Este también sentía gran interés por el hombre que estaba frente a él. En seguida se dio cuenta que el señor Arma no era el desconocido del puente, y del "Hispano", pero era indudable que entre ambos existía cierta relación.

-¿Es usted el señor Vincent?-preguntó con voz pausada el agente de seguros.

El joven asintió.

-Antes de que diga usted nada, señor Vincent-siguió el caballero,- debo decirle que está en lugar seguro. Hace unos días le encargamos que se hospedase en una habitación del hotel Metrolite y que vigilara a un hombre llamado Scanlon. Ese hombre fue asesinado ayer noche. En el momento de cometerse el crimen, usted estaba en el hotel. ¿Qué sabe acerca del asesinato?

Vincent vaciló. ¿Sería aquello una trampa? ¿Sospechaba acaso la Policía que su declaración no fue completa? ¿Se hallaría ante un detective que representaba el papel de agente de seguros?

El señor Arma pareció notar las vacilaciones del joven.

-Permítame que calme sus dudas -dijo-. Puedo decirle por qué está en el hotel Metrolite. Hace dos noches estuvo usted a punto de suicidarse y un desconocido le impidió llevar a cabo sus propósitos. A ese desconocido, a quien represento, juró usted obedecer en todo y por todo.

-¿Se refiere a La Sombra?-preguntó Vincent sin fijarse que llamaba al misterioso desconocido por el nombre con que le había bautizado él mentalmente.

Una vaga sonrisa iluminó el rostro del agente de seguros.

-La Sombra-repitió el señor Arma-. Así es como yo le llamo. Veo que se le ha ocurrido el mismo nombre que a mí.

-Es la única idea que de él tengo -dijo el joven-. Una sombra que se desvanece sin dejar ningún rastro.

El agente de seguros movió, pensativo la cabeza.

-Eso es también cuanto sé de él –replicó-. Lo mismo que usted, yo tengo ciertos deberes que cumplir. El principal de ellos es enterarme de sus pasos y actos. Le agradeceré me cuente lo que sepa.

Entonces, Vincent se apresuró a explicarle, con todo detalle, su reciente aventura.

El señor Arma le escuchó con gran atención. No mostró la menor sorpresa cuando el joven le explicó lo de la moneda china la cual colocó sobre la mesa.

Al terminar Vincent, el agente de seguros cogió una hoja de, papel, humedeció una pluma en una botellita de tinta azul claro y con gran calma escribió una corta misiva que metió en un sobre sellándolo luego.

A continuación, llamó a la mecanógrafa y le entregó la carta.

Cuando la joven hubo abandonado el despacho, el agente de seguros dijo:

-Antes del mediodía tendremos la contestación. Quizá le interese saber que la carta que acabo de enviar va dirigida a un hombre llamado Jonás, a quien nunca he visto. Tiene una oficina en la calle Treinta y Tres.

"Cuando recibí las primeras instrucciones de ese hombre a quien llamamos La Sombra, sentía la misma curiosidad que usted. Traté de hacer algunas investigaciones, como usted cuando interrogó al chófer del auto que le condujo al Metrolite. Por eso, cuando me dijeron que envíase mis cartas a ese Jonás, me tomé el trabajo de visitar su oficina. La encontré cerrada. En la puerta se veía un buzón con un letrero que decía: "Se ruega depositar aquí el correo". Pregunté a los vecinos: Todos me dijeron que nunca habían visto al inquilino en cuestión y que el despacho permanecía siempre cerrado, sin que jamás se viese luz en él.

"Dónde van a parar las cartas que se echan en aquel buzón, no lo sé. Solo puedo decirle esto: dentro de una hora tendremos la contestación.

Vincent dirigió una interrogadora mirada al agente de seguros, y éste añadió:

-El hombre a quien llamamos La Sombra no deja ningún rastro que pueda seguirse. Cuanto hagamos usted, yo, o cualquiera otra persona para descubrir su identidad, será inútil. Para él somos como niños. Hace bastante tiempo que descubrí todo esto que le estoy diciendo, y si se lo explico es para ahorrarle un trabajo inútil.

Vincent se frotó la barbilla.

-¿Me permite que le haga unas preguntas, señor Arma?

-Haga todas las que quiera- replicó el agente de seguros.

-¿Ha visto alguna vez a La Sombra?

-No lo sé.

-¿Vive en Nueva York La Sombra?

-No lo sé.

-¿Cuáles son sus propósitos?

-No lo sé.

-¿Es un malhechor?

-No lo sé.

-¿Está al lado de la Ley?

-No lo sé.

Vincent se echó a reír y en el rostro del señor Arma apareció la sombra de una sonrisa.

-Sé muy poco de todo, Vincent-siguió el agente de seguros-. Recibo mensajes de La Sombra y contesto a ellos. Lo que él me escribe y lo que le escribo, queda olvidado inmediatamente. Recuerde las contestaciones que he dado a sus preguntas. Estas tres palabras: "No lo sé", son a menudo muy útiles.

-Tiene usted razón.-convino Vincent-. Las recordaré.

-Ahora, discúlpeme un momento- rogó Arma-. Considérese como en su casa, mientras yo arreglo algunos asuntos pendientes.

Vincent se acercó a la ventana y abismóse en la contemplación de la gente que paseaba por la calle. Mientras tanto, el señor Arma hablaba por teléfono con algunos clientes.

Todo lo ocurrido era realmente desconcertante para Vincent, quien se preguntaba qué aventuras le reservaba todavía el Destino, presentía que la moneda china, que en aquel momento estaba sobre la mesa de despacho del agente de seguros, era la clave de todo aquel misterio.

Pasó el tiempo; el reloj de Vincent marcaba las once y media. La mecanógrafa había regresado hacia lo menos media hora y la puerta de comunicación entre el despacho y la oficina estaba abierta. En aquel momento Vincent vió entrar un botones con un largo sobre en la mano.

La mecanógrafa firmó el recibo y entregó la carta al señor Arma. El agente de seguros estaba al teléfono contestando a un cliente. Pasaron varios minutos antes que prestara atención a la carta. Por fin se levantó, cerró la puerta, y, regresando junto a la mesa, abrió el sobre y sacó una hoja de papel que leyó atentamente; Vincent le observaba lleno de curiosidad.

El agente de seguros se había puesto otra vez los lentes, pero cuando terminó la lectura los dejó de nuevo sobre el escritorio.

-Tengo que decirle algo- dijo-. Me encargan le explique a usted ciertas cosas que le han extrañado. Ante todo, hablaremos de la moneda china y del hombre llamado Scanlon.

"Scanlon vino a Nueva York desde San Francisco. Hoy a las tres debía llevar la moneda a un chino llamado Wang Foo. Usted irá en su lugar.

"No le dirá nada a Wang Foo. Se limitará a mostrarle la moneda y él le entregará un paquete sellado. Ese paquete lo traerá usted aquí."Además de Scanlon, otros dos hombres sabían la utilidad de esa moneda. Uno de ellos, Steve Cronin, ha salido de Nueva York. El otro, el gangster apellidado Croaker, fue muerto ayer noche. Sus compañeros se enteraron de que le traicionó en cierta ocasión y le acribillaron a balazos. Murió sin poder contar a nadie la existencia y utilidad de la moneda china.

"Con objeto de que su empresa se lleve a cabo con toda seguridad, subirá usted a un taxi en el cruce de la calle Cuarenta y Cinco con Broadway, a las dos en punto de esta tarde Será un auto verde y podrá reconocerlo, además, porque el chófer llevará una cinta verde en la gorra.

"Ese automóvil le conducirá a un almacén de té chino. Entre en él y diríjase al fondo preguntando por Wang Foo. Cuando salga de la tienda, con el paquete, encontrará esperándole el mismo taxi, el cual le conducirá otra vez al cruce de la calle Cuarenta y Cinco con Broadway, desde donde regresará aquí inmediatamente.

-¿Qué instrucciones debo dar al chófer?- preguntó Vincent.

-Las que quiera, él se limitará a cumplir las órdenes que ha recibido ya.

El agente de seguros recogió la moneda y se la entregó a Vincent, quien volvió a guardarla en el bolsillo del pantalón. Arma se puso en pie y abrió la puerta de la oficina.

-Siento mucho no poder comer con usted, Vincent-dijo-. Hasta luego, joven.

El agente de seguros conservaba en la mano la misteriosa carta que recibiera; Vincent no había tenido oportunidad de ver la parte escrita, pero al pasar ante él, el joven se llevó la mayor sorpresa de su vida, pues el señor Arma, jugueteando distraídamente con la misiva, dejó ver la parte que hasta entonces quedara oculta para Vincent. Si éste tuvo alguna esperanza de ver la escritura de La Sombra, debió de perderla por completo al descubrir que lo que el agente de seguros tenía en las manos era ¡una hoja de papel en blanco¡

CAPÍTULO VIII
EL ALMACEN DE TÉ DE WANG FOO

El taxi se deslizó por las calles de los arrabales de Nueva York. Harry Vincent se preguntaba, extrañado, adónde podían llevarle, Durante media ho- ra el chófer no había hecho otra cosa que dar vueltas y más vueltas que no parecían conducir a ningún sitio.

Vincent subió al auto a las dos en punto de la tarde. Reconoció la cinta verde que adornaba la gorra del chófer y le ordenó le condujese a la estación Gran Central. El chófer no siguió estas instrucciones, cosa que probaba suficientemente que Vincent estaba en el taxi destinado a él.

Una vez en el interior del vehículo, buscó la tarjeta que se encuentra en todos los taxis neoyorquinos, en donde aparece la fotografía del chófer y su nombre. En aquel auto no se veía tal tarjeta. Sin duda, había sido retirada.

¿Quién sería el chófer? ¿Otro agente de La Sombra? ¡Acaso la misma Sombra! El chófer llevaba un grueso abrigo, con el alto cuello subido de manera que sólo quedaba a la vista su nariz.

Quienquiera que fuese, lo cierto era que estaba familiarizado con la ciudad, pues el vehículo había dado tantas vueltas y revueltas que Vincent no sabía ya dónde se encontraba.

Desde luego el chófer no trataba de desorientar al joven, pues las placas con los nombres de las calles podían indicarle en cualquier momento el lugar donde se encontraban.

La moneda china seguía en el bolsillo donde Vincent la guardara. El joven empezó a pensar en la importancia de aquel talismán. Sólo con enseñarlo le entregarían un paquete, paquete que debería llevar al señor Arma, el agente de seguros. Sería muy fácil. No existía ningún peligro aparente.

Sin embargo, todas las precauciones que se habían adoptado indicaban que la cosa no era tan sencilla como parecía.

Echando una mirada al reloj, Vincent. vio que eran cerca de las tres de la tarde, hora en que debía tener lugar su entrevista con Wang Foo.

Indudablemente, el asesinado Scanlon era completamente desconocido del chino y la moneda era la única señal de identificación.

Por fin el taxi se detuvo a la entrada del barrio chino, ante un pequeño edificio. El chófer abrió la puerta y presentó a Vincent la nota con el importe de la carrera. El joven lo satisfizo. Se trataba, sin duda, de una precaución para evitar las sospechas de los que pudieran estar vigilando.

El auto se alejó inmediatamente, antes de que Vincent pudiera fijarse en el rostro del conductor.

La casa ante la cual se hallaba era un edificio de tres pisos. Los escaparates, cuyos cristales aparecían cubiertos de caracteres chinos, estaban llenos de cajas de té. Solo sobre la puerta veíase un letrero en letra occidental con el nombre de "Wang Foo".

Vincent entró en la tienda, que era estrecha y larga; a derecha e izquierda veíanse montones de cajas de té. El alumbrado consistía simplemente en dos mecheros de gas que difundían una pálida y fría luz por el sombrío almacén.

Un chino situado detrás de un mostrador, observó con curiosidad a Vincent, pero permaneció silencioso.

El joven avanzó con indiferente paso hacia el fondo de la tienda, sin hacer caso del chino. Detúvose por fin ante una puerta que había a la derecha, medio oculta por un montón de cajas. La empujó, pero estaba cerrada.

El chino le había seguido en silencio; al llegar junto a él le tiró del abrigo y le preguntó en su pintoresco lenguaje:

-¿Qué quieles tú, señol?

-Quiero ver a Wang Foo.

-No en tienda. Está fuela.

-Yo sé que está aquí.

El chino movió la cabeza.

-No en tienda.

-Dile a Wang Foo, que quiero verle- ordenó imperiosamente Vincent.

-No en tienda- replicó el oriental-. Yo he dicho a ti que no está en tienda.

-He hecho un viaje muy largo desde California - murmuró significativamente Vincent.

Al oír las últimas palabras del joven. el chino se apresuró a decir:

-Yo vel- Yo voy a milal plonto coliendo. Hay posibilidá que Wang Foo ha leglesado a casa.

-Bien - murmuró impaciente Vincent-. Date prisa.

El oriental llamó con los nudillos en el entrepaño superior de la puerta, el cual se abrió hacia dentro. Vincent quedóse desconcertado al ver la mirilla que no había descubierto a pesar de haber permanecido varios minutos ante la puerta.

El chino habló rápidamente en su idioma. Una voz contestó desde el otro lado, y durante tres o cuatro minutos, los dos chinos estuvieron hablando animadamente. Por fin se cerró el ventanillo o mirilla y el chino regresó a su mostrador, mientras la puerta se abría para dejar paso a Vincent, quien avanzó en la oscuridad hasta llegar al pide una escalera.

A través de las tinieblas el joven divisó la confusa silueta de un robusto oriental, indudablemente mongol, que dijo en inglés:-Ven.

Vincent ascendió por la escalera. La abigarrada túnica de su guía le servía de faro al americano. Por fin, al llegar al final de la escalera apareció un mechero de gas, el cual hacía inútiles esfuerzos por alumbrar el sombrío lugar, consiguiendo sólo mostrar una maciza puerta de teca.

El mongol llamó en ella cuatro veces con los nudillos. Se abrió poco después y el guía se hizo a un lado, invitando al joven a entrar.

Vincent obedeció, e inmediatamente, la pesada puerta de teca se cerró en silencio tras él.

La habitación donde se encontró el joven estaba ricamente amueblada. Las paredes desaparecían bajo magníficos cortinajes de seda negra que hacían resaltar vivamente los dragones bordados con sedas multicolores.

Una tenue claridad llenaba la estancia. Sin duda, la iluminación era basándose en electricidad, pero las lámparas estaban ocultas bajo preciosas pantallas de seda. Los muebles eran del más puro gusto oriental y gruesas y suaves alfombras chivas cubrían el suelo.

Una mesa de laca, con altas patas terminadas en garras de dragón, ocupaba el fondo de la estancia. Detrás de aquel extraño mueble se hallaba sentado un viejo chino. Vestía túnica de seda roja, abrochada hasta el cuello y en cuyo frente veíase un dorado dragón.

El chino llevaba unos pesados lentes tras los cuales brillaban impasibles los penetrantes ojos que miraban al recién llegado.

Vincent miró sorprendido al extraño personaje; pero de pronto recordó la misión que le llevaba allí. Era preferible que no demostrase ninguna extrañeza.

Haciendo un poderoso esfuerzo, dirigióse con paso firme hacia la mesa que ocupaba el chino. Sabía que éste debía ser Wang Foo, el mercader de té. No era necesaria ninguna presentación. Ya dueño de sí por completo, Vincent se llevó la mano al bolsillo del chaleco, y mostró la moneda china a Wang Foo.

Este hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y, poniéndose en pie, se inclinó ante el joven, quien contestó al saludo e inmediatamente se guardó de nuevo la moneda en el bolsillo del chaleco de donde la sacara.

. El viejo oriental se dirigió a un extremo de la habitación. Vincent, que le observaba lleno de curiosidad, le vió detenerse ante una pagoda en miniatura e inclinarse sobre ella, pero en aquel momento advirtió algo extraordinario.

La sombra del chino pareció alargarse por el suelo hasta llegar a la pared, por la cual ascendió.

Sobresaltado, Vincent miró a su alrededor, sospechando que alguna otra persona se hallaba allí.

Pero sólo vió los negros e inmóviles cortinajes.

Cuando Vincent volvió a mirar a Wang Foo, éste, vuelto ya hacia él, se acercaba con dos objetos en las manos; uno de ellos era un paquete sellado, el otro, una cajita de laca. Acercóse a la mesa y, sentándose, colocó ambas cosas ante sí. Apoyó la mano derecha sobre el paquete, como para impedir que Vincent se apoderara de él y con la izquierda empujó la cajita de laca hacia el joven.

-Abra. -dijo.

-¿Qué debo abrir?-preguntó Vincent.

Las voces sonaban de un modo extraño en aquella habitación tan llena de cortinajes y sedas.

-La caja. - siguió Wang Foo.

Vincent estaba desconcertado.

-¿Cómo he de poder abrir la caja? -preguntó.

El oriental se inclinó sobre la mesa y miró con fijeza al joven.

-Con la llave - murmuró con voz lenta.

Vincent permaneció callado.

-¿Tiene la llave?- preguntó pausadamente Wang Foo. El joven siguió sin decir nada.

-¡Es extraño!-murmuró el oriental, y Vincent se asombró de la perfección con que hablaba el inglés-. ¡Es extraño¡ ¿No tiene la llave de mi amigo Wu Sun? ¿Le ha enviado Wu Sun?

El nombre era desconocido para Vincent. Estaba a punto de asentir, pero se detuvo temiendo traicionarse. Miró fijamente a Wang Foo buscando en su rostro alguna indicación para la respuesta, pero el mongol le observaba impasible.

-No trae usted la llave de Wu Sun –murmuró-. Mi amigo Wu Sun ha enviado otras veces a sus hombres con esa misma moneda, la marca de Hoang Ho. Pero hace seis meses escribí a Wu Son diciéndole: "No es de sabios fiarse de una cosa sola. Te adjunto la llave de una cajita. Entrégasela a tu mensajero para que abra la caja que yo conservaré cerrada. Así sabré que es el verdadero emisario."

Las lentas y frías palabras del viejo chino llenaron de terror el corazón de Vincent. Con un violento esfuerzo logró fingir cierta calma, y, encogiéndose de hombros, replicó:

-Wu Sun me entregó solamente la moneda, sin decirme nada de la llave. Se habrá olvidado de ella.

Wang Foo señaló el techo con el dedo índice de la mano derecha y murmuró:

-Wu Sun nunca olvida.

El erguido dedo descendió para señalar directamente a Vincent. Este comprendió de pronto el significado de aquel ademán. ¡Era una señal!

Volviose rápidamente, pero demasiado tarde. De detrás de las cortinas acababan de salir dos gigantescos chinos. Antes de que pudiera hacer ningún movimiento, el joven se vio reducido a la impotencia mediante unas fuertes correas con las cuales le ataron.

CAPÍTULO IX
El CUARTO DEL SUPLICIO

Durante una hora entera, Vincent permaneció tendido en el elegante despacho de Wang Foo. Estaba ligado de pies y manos con fuertes correas; un pañuelo de seda colocado a modo de mordaza, le impedía lanzar el menor grito.

El viejo mercader no le prestaba la menor atención. Desde el suelo Vincent le vió escribir rápidamente. Wang Foo era un hombre de aspecto inofensivo, pero sus acciones no despertaban la menor esperanza en el corazón del cautivo norteamericano.

La moneda china, la señal de Hoang He, habíale sido arrebatada, pero hasta entonces no se le había causado ningún daño.

¿Qué pensaba hacer con él Wang Foo? Desde que le capturaron, Vincent se estuvo haciendo la misma pregunta, sin que hasta aquel momento encontrara contestación a ella.

Por fin, después de unos minutos que parecieron horas, Wang Foo se dirigió hacia un rincón donde Vincent pudo ver un batintín. El mercader lo golpeó tres veces. Al instante, reaparecieron los dos gigantescos chinos.

Wang Foo señaló con una mano que más parecía la garra de un ave de presa, al postrado cautivo. Sin pronunciar palabra. los dos mongoles levantaron a Vincent y lo condujeron hacia la escalera.

Allí se reunió con ellos el chino que recibió a Vincent en la tienda, el cual, se adelantó al grupo haciendo sonar un manojo de largas llaves de bronce.

Los dos hombres que conducían a Vincent le siguieron. Wang Foo iba en último lugar.

El grupo descendió por una empinada escalera que Vincent no había visto cuando llegó ante la puerta del despacho de Wang Foo. De cuando en cuando una puerta interrumpía el curso de la escalera; el chino de las llaves las fue abriendo una tras otras otra hasta que la comitiva llegó a una especie de bodega o sótano que recibía la luz del día por una estrecha ventana enrejada.

El joven fue colocado en una especie de guillotina, sujeta la cabeza por una pieza de madera en semicírculo. Los tobillos, también quedaron aprisionados en otros semicírculos de madera, a modo de cepos.

Al mirar hacia arriba, Vincent vió algo que brillaba débilmente. Cuando se fue acostumbrando a la oscuridad, descubrió la verdadera naturaleza del objeto. Era una enorme cuchilla de acero.

Súbitamente aterrado, luchó por ponerse en pie. Inmediatamente, los chinos le apretaron contra el suelo rodeándole pecho y pies con cadenas. Las manos se las dejaron atadas por las correas y Vincent se encontró imposibilitado de hacer el menor movimiento.

Wang Foo dio unas palmadas y los tres chinos abandonaron la habitación.

-Ha cometido usted un gran error dijo el oriental. Error que le costará la vida. Nosotros, los chinos, no nos complacemos en las torturas, cómo pretenden los ignorantes. Nos gusta la muerte rápida, como la que usted sufrirá.

El mercader retrocedió unos pasos y contempló la extraña guillotina.

-Desde mi mismo despacho-siguió, - haré caer esa cuchilla. Será una muerte rápida y sin dolor. Nadie podrá impedir que el acero siegue su garganta, pero, por si acaso, dejaré de guardia a uno de mis hombres.

Dio cuatro palmadas y un pequeño chino entro en el sótano. Wang Foo le dio unas instrucciones en su idioma y el hombre se inclinó profundamente.

-El momento exacto de su muerte- dijo el viejo chino dirigiéndose de nuevo al prisionero,- debe ser dispuesto de antemano.

Volvióse hacia el otro chino, cogió un enorme reloj de arena que éste llevaba en las manos y lo colocó ante la enrejada ventana. Vincent lo podía ver con toda claridad. La arena estaba toda en la esfera inferior.

-En mi despacho-siguió Wang Foo, -hay otro reloj de arena exacto a éste. La arena cae en los dos a la misma velocidad. Empezarán a funcionar al mismo tiempo. Cuando el de mi despacho haya dejado caer el último grano de arena, soltaré la cuchilla. Si mira atento al reloj que está ahí en la ventana, sabrá el momento de su muerte.

"Como verá, soy muy bueno con usted. Le doy una hora de vida y le permito ver cómo transcurre.

Después de decir estas palabras, Wang Foo saludó a Vincent y salió de la habitación. El otro chino permaneció apoyado en la puerta del sótano, vigilando atentamente a Vincent. Pasaron unos minutos.

De pronto, se oyó sonar el batintín. Al oírlo, el chino que estaba de guardia dirigióse hacia la ventana y dio la vuelta al reloj de arena. El prisionero vio caer los primeros granos de arena en la esfera inferior.

Enseguida el chino regresó junto a la puerta a continuar su guardia y los minutos fueron pasando...

La mirada de Vincent permanecía fija en el fatal reloj. La lenta y regular caída de la arena le fascinaba, pero, a medida que aumentaba el montoncito inferior, aumentaba también el miedo a la muerte. El joven se esforzó inútilmente en deshacerse de las ligaduras que le aprisionaban, hasta que al fin desistió, agotado, sin que hubiera logrado moverse ni un centímetro,

Casi la mitad de la arena había caído ya al recipiente inferior. Mentalmente veía el otro reloj allí, en el despacho de Wang Foo, colocado en la mesa, junto al viejo mongol que escribía, al parecer sin fijarse en él, pero que, de cuando en cuando, echaba una mirada de reojo para ver la arena que quedaba en la esfera superior.

"Una muerte rápida", pensó Vincent. Y un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo.

Otro chino apareció en la puerta. Vincent se dio cuenta de ello cuando oyó el murmullo de una conversación, El que hacía guardia se marchó sustituyéndole el recién llegado.

Sin duda Wang Foo no dejaba nada al azar, y para impedir que el prisionero lograse sobornar a su guardián, los renovaba durante el curso de la hora.

Los granos de arena seguían cayendo con la misma terrible monotonía.

Parecía una ironía del Destino que el hombre que días antes estaba dispuesto a quitarse la vida, se aferrase en aquel momento a ella con todas sus fuerzas.

Vincent quiso olvidarse del reloj, pero fue inútil; los dos recipientes de cristal atraían su vista como dos potentes imanes. Pensó en pedir ayuda, y, aunque comprendió que era inútil, buscó con los ojos a su guardián.

El mongol le contemplaba impasible. En la semioscuridad de la habitación, el rostro del oriental era como un globo amarillo. La tarde caía y a su pálida luz sólo dos objetos quedaban claramente visibles para el condenado: el reloj y la cuchilla pendiente sobre su cabeza.

Unos minutos más y aquella guillotina cumpliría su terrible cometido.

El prisionero trató de gritar, pero la mordaza se lo impidió. Tenía los labios resecos, los ojos fuera de las órbitas y respiraba con fatiga. El recipiente inferior del reloj estaba casi lleno; sólo unos granos de arena quedaban ya en la otra esfera.

Otro chino apareció en la puerta. El murmullo de las voces atrajo la atención de Vincent. Sin duda, se trataba de otro guardián, a pesar de que la hora no había transcurrido aún.

Los dos orientales conversaron largamente en su idioma. El nuevo centinela ocupó su sitio junto a la puerta; sin embargo, el otro no se retiró de la estancia señalando significativamente al cautivo.

No cabía la menor duda acerca de sus deseos. Queria quedarse a presenciar la caída de la cuchilla, pero su compañero le dirigió tan imperiosas palabras que se alejó apresuradamente.

Solo unos cuantos granos de arena quedaban en el recipiente superior del reloj. El condenado dirigió una mirada de desesperación hacia su nuevo guardián. De pronto, el chino que hasta entonces permaneció inmóvil, como escuchando, dejó su puesto junto a la puerta y se acercó a Vincent.

El rostro del oriental tenía una repulsiva expresión en la casi completa oscuridad de la habitación. Una diabólica sonrisa le curvaba los labios cuando se inclinó sobre el condenado.

Esperando la caída de la cuchilla, el joven dirigió una mirada hacia la ventana. Solo unos granos... tan pocos que casi pudo contarlos quedaban por caer.

¡Pero algo extraordinario estaba ocurriendo! El delgado chino que sustituyó en la guardia a su compañero estaba arrodillado junto a Vincent tratando de romper el cerrojo que cerraba la cadena que aprisionaba al joven.

¡El último grano acababa de caer en el recipiente interior del reloj de arena¡

Oyóse un chasquido; Vincent miró hacia arriba y vio que la cuchilla se movía. En aquel momento un poderoso brazo se deslizó bajo su cuello y se sintió levantado en el preciso instante en que el afilado acero caía pesadamente en el lugar donde un segundo antes tenía el joven la cabeza.

CAPÍTULO X
LA LUCHA EN LA OSCURIDAD

El pequeño chino forcejaba con las cadenas que aprisionaran los pies del joven. Este, agotado por la emoción, reclinábase sobre la cuchilla que estuvo a punto de segarle la cabeza.

Oyóse otro chasquido y Vincent se notó las piernas libres. Solo faltaba que le librase de las correas que le aprisionaban las manos y de la mordaza que apenas le dejaba respirar.

Pero, ¿sería aquello un rescate? Era imposible que ningún amigo suyo hubiese llegado hasta allí. Sin duda, se trataba de algún ardid de Wang Foo, que salvaba a su víctima de la muerte sólo para buscar una tortura más terrible.

Sonó un ruido en la puerta. La suposición de Vincent era sin duda acertada...

Allí estaban los tres chinos que le condujeron al cuarto del suplicio. Debían venir para trasladarle a otro sitio terrible.

El pequeño oriental volvió la cabeza al escuchar el ruido de los pasos y se levantó. Vincent supuso que iba a saludar a sus compañeros. Pero no fue así.

A pesar de la casi completa oscuridad que reinaba en el lugar, el prisionero pudo ver la expresión de asombro que se reflejó en los rostros de los recién llegados y oír las exclamaciones de ira que lanzaron los chinos al penetrar en el sótano.

Desnudando sus cuchillos, los dos gigantes que habían apresado a Vincent, se precipitaron sobre el minúsculo chino que acababa de libertar al joven, quien, aterrorizado al parecer retrocedió ante sus atacantes, pero sobre él ocurrió algo extraordinario, El pequeño chino pareció alargarse; ;¡su estatura aumentó casi treinta centímetros!

Inmediatamente se lanzó sobre el primer atacante y descargóle un formidable puñetazo en la mandíbula que le hizo caer pesadamente al suelo.

El otro gigante trató de hundir su cuchillo en el pecho del salvador de Vincent, pero con una sorprendente rapidez, éste se echó a un lado, y agarrando la muñeca de su enemigo, le echó una rápida llave con lo cual hombre y cuchillo fueron a chocar sordamente contra el macizo muro del sótano...

Entretanto, el tercer chino no permaneció inactivo. Suponiendo que sus dos compañeros darían buena cuenta de su enemigo, dirigió toda su atención al prisionero que aún seguía atado en el suelo.

Durante unos segundos contempló al que tan milagrosamente había escapado a la decapitación. Por fin, decidiendo corregir el fallo de la cuchilla, sacó su puñal y probó con un dedo la afilada punta, mientras los ojos le brillaban con fulgor homicida.

Inmediatamente levantó el cuchillo y lo dejó caer con toda la fuerza de su brazo, En aquel momento sonó una extraña y terrible carcajada. Vincent cerró los ojos aterrorizado.

Pero el acero no llegó a hundirse en el pecho del joven, Más tarde, cuando el peligro hubo, pasado, Vincent pudo imaginarse la escena que no llegó a presenciar. De nuevo su desconocido salvador debió de librarle de la muerte, pues cuando el joven abrió los ojos vio al chino que unos segundos antes se disponía a apuñalarle, tendido en el suelo, junto a él, hundido en el corazón su propio cuchillo.

Pero no había tiempo que perder. Uno de los chinos que quedaron sin sentido empezaba a moverse hasta que por último se puso en pie.

Sin la mayor vacilación, el salvador de Vincent precipitóse sobre él, y, cogiéndole por las piernas, lo volteó en el aire como si fuera un pelele, luego lo estrelló contra el suelo. El gigante salió despedido como una bala.

El formidable choque de su cabeza contra las anchas losas de piedra, seguido del alarido que resonó en toda la casa, fueron claros indicios de que otro de los servidores de Wang Foo, no lucharía nunca más.

Vincent notó que el extraño chino que le salvara la vida había recuperado su anterior estatura. Cogiendo uno de los cuchillos que estaban en el sucio corto las ligaduras de Vincent y le ayudo a ponerse en pie.

Después le condujo hasta la enrejada ventana donde el aire que entraba por ella serenó un poco al joven.

Entretanto, el oriental, cuyo rostro no podía distinguir bien el joven, estaba limando uno de los barrotes de la reja.

-Apóyese en la pared-dijo en perfecto inglés, dirigiéndose a Vincent-. Pronto habré limado este barrote y podrá escapar. Al final de la calleja a donde saldrá encontrará un taxi.

Vincent sentíase demasiado débil para poder hacer otra cosa que mover afirmativamente la cabeza. En el sótano solo podía ver la sombra del chino que lo salvó la vida, y con más claridad las manos que estaban limando el barrote.

Eran unas manos delgadas pero vigorosas. La lima que manejaban mordía fuertemente el hierro hasta que, por fin, la parte inferior quedó segada.

Inmediatamente el desconocido cogió con ambas manos el barrote y lo movió con todas sus fuerzas. Unas partículas de piedra cayeron sobre sus delgadas manos. Pasaron tres minutos.

Los esfuerzos del chino habían curvado la gruesa barra. En la piedra que servía de alvéolo del extremo superior del barrote apareció una grieta que se fue haciendo cada vez mayor. De pronto el desconocido cesó en sus esfuerzos y permaneció inmóvil. Vincent comprendió que estaba escuchando.

Sin embargo, en toda la casa reinaba un completo silencio.

Pasaron unos segundos. Por fin, en algún lugar del edificio sonó, por cuatro veces, un batintín.

El chino reanudó sus esfuerzos. Un momento después la barra de hierro estaba en sus manos. La abertura que dejó en la reja era suficiente para dar paso a un hombre.

-¡Pronto! - ordenó el desconocido, que no era ya más que una sombra. Salga por la ventana.

Vincent se sintió cogido por las axilas y levantado hasta la ventana. Mien-tras se agarraba con todas sus fuerzas a los barrotes para salir a la calle, advirtió un ruido a su espalda. Eran las pisadas de numerosas personas en la escalera que conducía al cuarto de los tormentos. Mezclados con las pisadas se oyeron también varías voces guturales hablando en chino.

El joven volvió la cabeza. Su salvador no estaba ya junto a la ventana.

Debilitado por las emociones recibidas. Vincent permaneció cogido a los hierros sin decidirse a salir a la calle. Lo que ocurría en el sótano acaparaba toda su atención.

En la oscuridad de la puerta de entrada al lugar de los suplicios, brillaron los cuchillos de los nuevos atacantes.

En el centro del sótano, una sombra acurrucada en el suelo, era el único indicio de la presencia del misterioso chino.

Al penetrar los servidores de Wang Foo, el oriental recuperó la gigantesca estatura que tuviera durante la lucha anterior y se lanzó con m salvaje grito de triunfo sobre los nuevos atacantes.

En la mano derecha blandía la barra de hierro que arrancó de la reja, la cual manejaba como terrible clava.

Los primeros chinos rodaron por el suelo antes de que pudiesen darse cuenta de quién les atacaba, Y los que les seguían, sólo vieron una sombra que descargaba formidables golpes a diestro y siniestro; sombra que unos segundos más tarde había desaparecido escaleras arriba, dejando tras de sí un grupo de chinos muertos de miedo y muchos de ellos descalabrados.

Vincent no esperó más, y salió a la calle, por la que no pasaba ni un solo transeúnte. Al ponerse en pie llegó hasta él, apagado por la distancia y los gemidos de los maltrechos orientales, una carcajada que hubiese helado la sangre en las venas del más valiente.

CAPÍTULO XI
UN MISTERIO DESCONCERTANTE

Harry Vincent se reclinó confortablemente en uno de los sillones de su habitación del hotel Metrolite. Tres días habían transcurrido desde la terrible experiencia sufrida en el almacén de Wang Foo, y el recuerdo de la milagrosa manera cómo escapó a la muerte, aun hacía estremecer al joven.

Apenas recordaba cómo llegó al taxi que le esperaba al final de la calle.

Sabía que el chófer le ayudó a penetrar en el vehículo y que luego, al llegar al Metrolite, le acompañó hasta su cuarto. Al día siguiente, a las diez de la mañana, visitó al agente de seguros. Comprendiendo que el señor Arma estaba ya enterado de todo, no le habló de su aventura en el barrio chino.

La entrevista fue muy breve. El intermediario entre él y La Sombra le dijo que se divirtiese hasta nuevo aviso; pero al mismo tiempo le indicó la clase de diversión que era más conveniente para él: ante todo, leer las informaciones de crímenes y robos que publican los periódicos en su primera plana, procurando hacerse perfecto cargo de cuantos detalles apareciesen en ellas.

Esto fue un verdadero trabajo. Durante tres días, el crimen de Geoffrey Laidlow ocupó la atención de todos los periódicos, los cuales dedicaron páginas enteras a seguir con todos los detalles la actuación de la Policía, que hasta aquel momento, no había aún descubierto nada.

Los detalles eran los siguientes, según dedujo Vincent de la lectura de todos los diarios que se publican en Nueva York: Geoffrey Laidlow vivía en una casa de Holmwood, a pesar de que su familia estaba ausente. El millonario tenía por costumbre salir cada noche a dar un paseo en compañía de su secretario. La noche en que halló la muerte, los dos hombres regresaron a la casa poco antes de las once.

Burgess, el secretario, explicó que el señor Laidlow y él, entraron en la casa sin hacer ningún ruido y se dirigieron a la habitación donde estaba instalado el despacho particular del millonario.

Este quería firmar algunas cartas, y Burgess permaneció con el abrigo y el sombrero puestos para ir a echarlas al próximo buzón.

Antes de firmar la correspondencia, el señor Laidlow se dirigió a un estante y cogió un tomo de la Enciclopedia Británica, para consultar una duda surgida durante el paseo. Apenas acababa de abrir, el volumen cuando se detuvo y permaneció con el oído atento.

Alguien andaba por el despacho donde estaba la caja de caudales, que se hallaba al final del vestíbulo.

Rápido como una centella, el millonario salió al vestíbulo y entró en el otro despacho, donde encontró a un hombre maniobrando en la combinación de la caja de caudales. El ladrón echó, rápidamente, mano a su revólver y disparó a quemarropa sobre el millonario, que cayó muerto.

El secretario, que siguió a su jefe, oyó, desde el vestíbulo, el disparo del revólver y cuando el ladrón salió del despacho se lanzó sobre él para detenerlo. En la lucha, el malhechor disparó también sobre el secretario, causándole una herida en el brazo, herida que, por fortuna, fue sólo superficial.

Burgess vaciló un momento y cuando se recobró, el criminal había huido ya por una ventana, llevando consigo una caja con las famosas joyas de Laidlow. Al saltar por la ventana se la cayó el revólver, que a la mañana siguiente, fue encontrado sobre la húmeda hierba del jardín.

El secretario, debilitado por la herida, no pudo perseguir al fugitivo. El mayordomo y el ayuda de cámara oyeron los disparos y bajaron a medio vestir, pero cuando, llegaron, el ladrón ya había huido.

Ezekiel Bingham, el célebre abogado criminalista, que era vecino del millonario, pasaba, casualmente, ante la vivienda de Laidlow cuando sonaron los disparos. Al oír el primero detuvo su automóvil y él fue quien continuó el relato allí donde lo había terminado el secretario.

A la luz de un farol del alumbrado público, el abogado presenció la huida del asesino, Este llevaba en la mano, algo así como una caja; hubo un momento en que estuvo a punto de caer, pero al fin, se perdió en la noche.

No pudiendo perseguirle por ser ya viejo, Ezekiel Bingham entró en casa de Laidlow, por si podía ser de alguna utilidad.

Él fue quien comunicó el suceso a la Policía.

Había, además, otros testigos: el cocinero, la criada y el chófer: pero sus declaraciones no tenían ningún valor.

La Policía aceptó como buena la declaración del secretario. Hacía cinco años que estaba al servicio de Geoffrey Laidlow y era pariente de la esposa del millonario. Era el hombre de confianza de Laidlow; conocía las joyas que guardaba en la caja de caudales, pero ignoraba la combinación que la abría.

Su honradez era conocida por todos y la declaración prestada ante la Policía concordaba con la del abogado.

La herida sufrida por Burgess fue curada y cuando llegó la familia del millonario, su mujer y dos hijos, el secretario estaba ya en condiciones de recibirlos.

La descripción que hizo del asesino, presentaba un hombre de mediana estatura, vestido de oscuro y cubierto el rostro con un antifaz negro. Era bastante corpulento; Burgess calculó que pesaría unos setenta y cinco kilos.

Bingham coincidió también en estos detalles.

Con tantas señas, la Policía esperó capturar enseguida al criminal; pero pronto acabó su optimismo, al encontrarse sin ninguna pista segura. La tierra donde crecía la hierba como sólo estaba ligeramente humedecida por el rocío, no conservaba las huellas de los pies del criminal.

En el despacho donde se cometió el crimen, tampoco pudo encontrarse ninguna pista. Algunos objetos sacados de la caja de caudales quedaron desparramados por el suelo, pues lo único de valor que contenía eran las joyas que se llevó el ladrón.

En la combinación de la caja no se halló ninguna huella digital. El mecanismo era anticuado y no ofreció gran resistencia al malhechor.

El revólver tampoco ofrecía ninguna pista, pues resultó ser del millonario, el cual lo tenía dentro de la caja. La bala que mató a Laidlow y la que hirió al secretario fueron disparadas por la misma arma; en el cilindro se encontraron los dos casquillos vacíos.

Tampoco en el revólver se halló ninguna huella dactilar.

El hecho de que el asesino se hubiese servido del arma de su víctima para matarla, justifica la prisa que se dio en desprenderse de ella.

Todos estos detalles nada aclararon a Harry Vincent, quien se alegró de no ser policía. Aquel misterio le pareció completamente desconcertante.

Sin embargo, leyó con atención todos los detalles referentes al crimen y a la vida del millonario, incluso aquellos que se remontaban a la juventud de Geoffrey Laidlow. También se preocupó por la posesión que ocupaba en sociedad la esposa del millonario y por infinidad de cosas más que no le condujeron a nada concreto.

Harry estudió las fotografías de la casa donde se cometió el crimen, los gráficos y planos en que se detallaba la posición del cadáver y de cuantos personajes intervinieron en la tragedia.

La Policía trabajaba con toda actividad, pero no podía alegrarse de los resultados obtenidos hasta la fecha. Sin embargo, pensaba Vincent, entre todos los datos que se poseían debía de haber alguno en el cual residiese la clave de todo el misterio.

Era imposible que el asesino hubiese podido borrar todas las huellas. Sin duda lo que ocurría era que la Policía empleaba métodos anticuados que fracasaban ante la obra de un malhechor inteligente, pues resultaba indudable que el hombre que había conseguido huir sin dejar la menor huella tras él, era una pieza difícil de cobrar.

No veía Vincent la menor utilidad en estudiar los vagos detalles de aquel crimen; sin embargo, como era orden de La Sombra, a quien debía tanto, hubiese sido un loco y un desagradecido, al desobedecerle.

Llegó el momento en que el joven hubiera podido recorrer con los ojos cerrados toda la casa de Laidlow y explicar, hasta el último detalle, la vida y milagros del millonario.

En cuanto al asesinato de Scanlon, Harry advirtió, con gran alegría, que había sido relegado a las últimas páginas, Esto era una verdadera satisfacción para el joven, pues indicaba que el crimen cometido en el hotel Metrolite estaba ya casi olvidado.

Después de leer las escasas líneas que le dedicaban los periódicos, llegó a una conclusión: a Steve Cronin no se le nombraba, pero, al parecer, alguien le vio abandonar el hotel o bien, algún confidente había dado el soplo.

Sabiendo, pues, concretamente a quién debía perseguir, la Policía estaba, sin duda en comunicación con la de los demás Estados donde podía haberse refugiado el asesino.

Harry estaba muy contento de que no se le hubiese vuelto a interrogar y, después de lo ocurrido en casa de Wang Foo apenas pensó ya en aquel suceso anterior.

Las facultades mentales de Vincent estaban por completo entregadas aquella mañana al estudio de los nuevos detalles acerca del asesinato dé Laidlow.

Era lo que hacía cada día, hasta las once. Según las instrucciones recibidas, debía permanecer en su habitación hasta aquella hora. El resto del día podía emplearlo como mejor le pareciese.

Al día siguiente de la aventura del almacén, recibió un talonario de cheques a cuenta de un importante Banco neoyorquino, con la indicación de que cada extracción que hiciese sería repuesta enseguida. Esto por sí solo era ya motivo suficiente de alegría y satisfacción.

Al tercer día de vacaciones, mientras tendido en la cama se preguntaba qué le reservaba el Destino, el repiqueteo del timbre del teléfono le sacó de su abstracción.

Descolgó el receptor y enseguida reconoció la voz del señor Arma.

-Señor Vincent- dijo el agente de seguros,-deseo verle esta misma mañana...

Se oyó el sonido de un timbre, señal de que el señor Arma acababa de cortar la comunicación, suponiendo que Vincent había comprendido que su presencia era requerida en la oficina de Broadway.

Harry se puso el sombrero y el abrigo y se encaminó rápidamente hacia el edificio Grandville. Sentíase presa de una gran emoción. La inactividad se le hacia insoportable. El descanso después de la aventura corrida con los peligrosos chinos fue bien recibido, pero en aquel momento se daba cuenta de que ya nunca más podría acostumbrarse a la vida sin emociones que llevara hasta la noche en que conoció a La Sombra.

Llegó, por fin, a la oficina del agente de seguros. El hombrecillo estaba convenciendo a su mecanógrafa de la necesidad en que todo el mundo se encontraba de asegurarse contra toda clase de accidentes. La joven parecía estar enteramente dispuesta a quedar convencida. Cuando ella se retiró dejando solos a los dos hombres, el señor Arma apresuróse a cambiar de conversación.

-¿Ha seguido las instrucciones que le dí?-preguntó

-¿Respecto a la lectura de los periódicos.?- interrumpió Vincent.

-Sí.

-He leído todo lo referente al asesinato de Laidlow.

-¿Qué impresión ha sacado?

-Pues, que se trata de un asunto muy confuso.

El señor Arma permitió que una leve sonrisa apareciese en su rostro.

-Tiene usted madera de agente de policía-dijo con voz lenta-. Todos los que intervienen en el caso Laidlow están desconcertados.

-Es para mí una suerte que sea así, pues excusa mi desconcierto.

-No pido ninguna excusa-replicó el agente de seguros-. Sólo deseo saber si se ha tomado el trabajo de leer los periódicos.

-Me lo he tomado.

-Muy bien. Entonces está ya preparado para su nueva tarea.

-¿Qué tarea es?

-Ir a Holmwood.

-¿Por cuánto tiempo?

-Hasta que le avise.

Vincent movió la cabeza y esperó a que el agente de seguros se explicara mejor.

-Se hospedará en "Las Armas de Holmwood”-explicó el señor Arma-. Estará a poca distancia de la casa Laidlow. Ya tiene usted reservada allí una habitación. Si alguien le pregunta en qué se ocupa, diga que es escritor y que vive de la renta de un pequeño legado. ¿Sabe escribir a máquina?

-Sí, un poco.

-Entonces compre una máquina portátil y llévela con Usted. De cuando en cuando úsela.

-Muy bien.

Sabe guiar un automóvil, ¿verdad?

-Sí, tuve uno.

-Ahora tendrá otro..En el garage de "Las Armas de Holmwood" hay uno que le está esperando. Es un coche usado, pero en muy buenas condiciones. Dará la impresión de que ha viajado mucho por el campo.

La perspectiva del nuevo trabajo era encantadora para Harry Vincent.

-Me he enterado - siguió el señor Arma, - de que tiene título de chofer extendido en Nueva York. Esto favorecerá nuestros proyectos y evitará la pérdida de tiempo de aprender a conducir. ¿Lleva usted el título?

-Sí.

-Muy bien. ¿Sabe guiar bien?

-Bastante bien.

-Entonces podrá emplear el auto para otras cosas. Si lo prefiere, venga a Nueva York en él.

-¿Cuándo debo regresar?

-Solo cuando reciba el aviso. Seguramente le llamaré de cuando en cuando. Si sé presenta como escritor no extrañará a nadie que de vez en vez haga un viaje a la ciudad. Procure llevar siempre una cartera con algunas hojas de papel escritas a máquina.

El señor Arma apoyó los codos en los brazos de su sillón, juntó las manos y descansó la barbilla en ellas.

-Seguramente-continuó,- ya habrá supuesto el motivo de su viaje a Holmwood. Durante su estancia en ese pueblo procurará enterarse de todo lo que pueda acerca del asesinato de Laidlow. No trabaje como un detective o investigador, limítese a aguzar el oído y recoja toda información que pueda ser interesante. Procure observar a todo aquel que pueda saber algo y fíjese en todos sus movimientos.'

"Si se le presenta ocasión de hablar de ello, sin despertar sospechas, claro está, puede mencionar el crimen. También puede hacer algunas preguntas, fingiendo no darles ninguna importancia.

"Sobre todo, no se impaciente. Aunque vea que no consigue nada, siga observando. No olvide el más mínimo detalle que pueda descubrir. Todos pueden ser importantes, aunque le parezcan triviales. Reténgalos bien en la memoria. Si considera que ha descubierto algo importante, o que ha acumulado ya muchas observaciones, comuníquelo inmediatamente. De lo contrario, aguarde a que yo le llame.

-¿Como debo comunicarme con usted?-preguntó Harry

-Siempre personalmente.

-¿Cómo se comunicará usted conmigo?

-Como hoy, si deseo verle. Quizá le hable alguna otra persona por medio de frases remarcadas.

-Comprendo.

El agente de seguros miró en silencio a Vincent. Luego separó las manos y se recostó en el sillón, indicando que la entrevista estaba a punto de terminar.

-Escúcheme bien-dijo-. Puede que reciba alguna carta, o acaso varias. Estarán escritas en clave, pero una clave muy sencilla... ciertas letras sustituidas por otras. Aquí tiene la explicación- y el señor Arma entregó al joven un sobre sellado-. Son muy pocas las sustituciones, por lo tanto, no le costará mucho trabajo aprendérselas de memoria. En cuanto lo conozca, destrúyalo.

-¿Debo destruir las cartas que reciba?

-No será necesario-sonrió el agente-. Se destruirán ellas mismas.

La contestación intrigó a Vincent, pero creyó que no debía hacer ningún comentario.

-Asegúrese bien de que ha aprendido la clave-advirtió el señor Arma-. Pues deberá leer las cartas con gran rapidez, tan pronto como las saque del sobre. Cada carta que reciba irá numerada al final. La primera llevará el número uno. Lleve un registro de las cartas recibidas. Si dejara de recibir algún número... por ejemplo, si la número seis llegara a su poder antes de recibir la número cinco, comuníquemelo enseguida. ¿Me comprende?

-Sí.

-¿Tiene alguna duda?

-Ninguna.

El señor Arma se puso en pie.

-Una última advertencia – dijo,- condúzcase inteligentemente. Haga ver que contrae amistades, pero evite los amigos.-Y el agente tendió la mano al joven, que se puso en pie para marcharse.

Aquella tarde a última hora, Harry Vincent subió al tren con un billete de ida a Holmwood, en el bolsillo.

CAPÍTULO XII
HABLAN DOS DETECTIVES

Mientras el tren que conducía a Vincent marchaba a toda velocidad hacia su destino, dos hombres hablaban en uno de los despachos de la jefatura Superior de Policía. Habían terminado ya su trabajo y en aquellos momentos estaban enfrascados en una discusión qué para ellos era de gran importancia.

Uno de ellos llevaba, indudablemente, muchos años en el servicio. Era alto, fornido, de aspecto autoritario. Sus grises cabellos le prestaban una gran dignidad y su rostro, aunque regordete, era el de un intelectual, a la vez que el de un hombre de acción.

El otro era más bien bajo, y sus negros cabellos y anguloso rostro hablaban de procedencia hispánica. Su aspecto recordaba ligeramente al habitual de los agentes de policía, pero sus oscuros ojos y finos labios, denotaban inteligencia y rapidez de observación, dones que no siempre acompañan a los policías neoyorquinos.

-Es un caso difícil, Cardona- dijo el hombre de los cabellos grises, tabaleando suavemente sobre la mesa.

El español se encogió de hombros. Estaba de pie, mirando fijamente a su compañero. Este levantó la vista como esperando algún comentario o réplica, y al no obtenerlo, murmuró de nuevo:

-Un caso difícil.

-Ya he tenido otros, antes de éste -dijo, al fin, Cardona-. Algunos los he resuelto, en otros he fracasado. Pero recuerde- y la voz del agente se hizo muy significativa,-que este asunto tiene tanto interés para el inspector John Malone como para José Cardona.

El otro policía miró, retadoramente al español, como si le pidiera una explicación, pero, por último, rompió en una áspera carcajada.

-Creo que tienes razón, José-dijo.

-Sí, ya sabe usted que tengo razón -replicó Cardona-. Y también sabe por qué la tengo.

-¿Por qué? Explícate.

-Porque usted está muy alto, y si fracasamos será el primero en sufrir las consecuencias.

-¿Y tú?

-Yo no tengo ninguna responsabilidad, Usted sí.

-Pero si yo caigo, tú...

-Yo no caeré; yo soy del montón y en el montón nadie se fija. Pero usted me necesita para triunfar, soy el único que puede ayudarle, el único que ha desplegado cierta actividad. Sin mí no haría Usted nada.

-Quizás tengas razón, José.

-Ya lo creo que la tengo. Y lo sabe Usted muy bien, Malone.

-Pero en este caso no has conseguido aun casi nada.

-Claro que no, señor Malone. Pero éste es un caso difícil, lo ha dicho usted mismo.

El inspector lanzó un gruñido.

-Si aquel bandido hubiese tenido, siquiera, la decencia de emplear su propio revólver en lugar de coger el que había en la caja de caudales... Bueno, por lo menos tendríamos una pista.

-Quizás no tenía arma propia.

-No es probable.

Los dos hombres permanecieron silenciosos unos instantes. Malone reemprendió su monótono tabaleo. Cardona permaneció inmóvil.

-¿Se ha vigilado a los criados?- preguntó, al fin, Malone.

-Sí-replicó Cardona.

-¿Y qué hay del secretario... de ese Burgess? No parece tan seguro, como al principio, respecto al criminal. Menos mal que tenemos al viejo Bingham y en cuanto agarremos a nuestro hombre será el primero en acusarle. En él tenemos a nuestro principal testigo de cargo. Con su declaración enviaremos

al asesino a la silla eléctrica.

-Pero antes es necesario detenerlo -observó el español.

Una sombra se proyectó sobre la mesa de Malone. El inspector levantó la

vista.

-Hola, Fritz-dijo en tono indulgente-. Empiezas pronto la limpieza hoy, ¿eh?

El alto conserje dirigió una apagada mirada a Malone, y contestó:

-Ya.

-Has conseguido el mejor empleo de la ciudad, Fritz. ¿Lo sabes?

-Ya.

Cardona rió con risa seca, sin curvar los labios.

-Ya-repitió burlonamente-. Esta es la única palabra que te he oído desde que te conozco, Fritz. Y, a otra cosa, amigo. Estás muy pálido esta noche. Me parece que haces poco ejercicio.

-Ya.

El español se encogió de hombros y miró a Malone.

-No creo que Fritz entienda gran cosa de lo que hablamos, José-dijo el inspector-. No importa que permanezca aquí.

El conserje dedicó su atención al cubo y a la bayeta y los dos policías no se preocuparon ya más de él.

-Tú eres bastante inteligente, José- dijo el inspector.

-Ya lo sé.

-Pero hay muchos que no lo son.

-Desde luego. Por eso somos tan útiles los listos.

-Bueno, dejémonos de tonterías. Tú sabes perfectamente que estamos metidos en un berenjenal.

-Esa es la palabra apropiada.

-Este asunto requiere cierto trabajo mental.

-¿Cómo?

-Óyeme, José. Detrás de todo esto hay un cerebro privilegiado. Antes del asesinato de Laidlow ha habido otros dos pequeños robos. No hicieron mucho ruido porque se trataba de cosas de poca importancia, pero lo cierto es que aun no hemos cogido a los culpables.

-Tampoco hemos echado sobre ellos nuestros mejores sabuesos.

-Ya lo sé. Pero hay algo que me hace suponer que están ligados al crimen que nos ocupa. Este fue el verdadero golpe, los anteriores fueron simples experimentos.

-Pero lo de Laidlow fue un asesinato.

-Sí; pero no fue un asesinato premeditado. El ladrón...

-Óigame, Malone, Usted ha estado en el cine.

-¿Por qué?

-Por esa idea que tiene del ladrón genial. No hay tal ladrón. Sólo existe un grupo de ladronzuelos que infectan la ciudad.

La sombra del conserje volvió a proyectarse sobre la mesa.

-Apártese de la luz, Fritz-gruñó el inspector.

El conserje atravesó la habitación llevando en las manos el cubo y la escoba.

El inspector siguió hablando:

-No estoy de acuerdo contigo, José, me aferro a mi opinión.

-Y yo a la mía.

-Debes cambiarla.

-¿Por qué?

-Porque hay que enfocar el asunto desde otro punto. Debes ver el caso este como algo complicado. Ante todo, ¿qué crees tú que ha sido de las joyas?

-Las habrá vendido. Seguramente eso nos proporcionará una pista.

-Tampoco lo creo, José. ¿Qué hay de esos otros robos de joyas? No se ha sabido nada de ellas. Los ladrones emplean un nuevo sistema para deshacerse del fruto de robo. Por eso no se ha encontrado ninguna en los sitios donde antes íbamos a buscarlas.

El español movió la cabeza.

-No estoy de acuerdo con usted, Inspector. ¿Cómo van a deshacerse de una cosa tan engorrosa de vender como las piedras preciosas, sin recurrir a los compradores habituales?

-Quizás las venden a algún chino.

El español negó de nuevo con la cabeza.

-No, señor Malone. Los ladrones no se fían de los chinos.

-Eso es lo corriente; pero tengo algunas noticias respecto a que algunos chinos compran objetos robados.

-No son más que habladurías. He investigado bastante sobre este particular, y no he descubierto absolutamente nada.

-Te habrán despistado, José. Los chinos son gente muy astuta.

El español permaneció silencioso unos instantes y, por fin, pareció aceptar la sugerencia de su superior.

-Es posible! -dijo.

-Bien-continuó Malone, -si descubres alguna pista que conduzca al barrio chino, te aconsejo que no dejes de seguirla.

-Le haré caso. Si se me presenta la menor pista la seguiré hasta el fin.

-Y piensa también en lo del cerebro que dirige a esos ladrones. Puede que en realidad sean dos los jefes, o acaso más. Hace muchos años que estoy en la Policía, pero esto es algo nuevo para mí.

-Ahora que habla Usted de cerebros privilegiados, me recuerda a Diamond Bert-dijo Cardona.

-Es verdad. ¿Cuál era su verdadero nombre?

-No sé. Le conocíamos todos por Diamond Bert Farwell. Se especializó en el robo de joyas, pero siempre tuvo dificultades para deshacerse de ellas. Eso fue lo que nos dio su pista.

-Quizás hay otro como él.

-No es fácil. Como Diamond Bert no hay ni habrá otro. Era muy inteligente pero a pesar de ello, nunca pudo desprenderse satisfactoriamente de lo que robaba.

-Ya lo sé.

-Murió hace cinco años. Era de buena familia, una bala perdida. Poco antes de que muriese conocí a su hermano en California, donde vivía. Creo que se alegró cuando mataron a su hermanito.

-A veces pienso que quizás no muriera.

-Si no murió de los balazos que disparamos contra su auto, debió de ahogarse cuando su coche se precipitó al río desde el puente. Pero no hay que dudarlo. Diamond Bert murió y con él desapareció el único ladrón inteligente. Sí, inspector, era lo bastante inteligente para encarnar el tipo de hombre que usted supone hay detrás de todo esto, pero ha muerto y se lo aseguro, me alegro. Si en lugar de dedicarse al robo de alhajas hubiese intentado otros negocios, habría sido un enemigo terrible.

El inspector se levantó.

-Bueno, José, será cosa de marcharnos. No dejes de trabajar. ¿Oyes?

-Descuide. Seguiré vigilando a los compradores de objetos robados y no dudo que conseguiremos algo.

-Busca también, a algún hombre inteligente- dijo Malone cuando llegaban a la puerta.

-Por ejemplo, a Fritz- replicó el español, señalando al conserje que iba cumpliendo con toda lentitud sus deberes por el pasillo.

-Ni pierdas de vista a los chinos- recordó Malone.

-No se preocupe, que si descubro alguna pista que merezca la pena la seguiré.

Los dos policías pasaron frente al conserje.

-Buenas noches, Fritz.

-Ya.

La puerta de la calle se cerró tras del inspector y el agente Fritz se apoyó en la escoba y murmuró lentamente:

-¡Diamond Bert¡ ¡Diamond Bert Farwell, muerto!

Guardó la escoba, el cubo y la bayeta en un armario embutido en la pared y destinado a aquel uso. Luego dirigióse por el pasillo hacía una puerta bastante alejada de la que habían utilizado el inspector y su compañero.

En el momento de abrirla, una carcajada resonó en el pasillo; una carcajada que hubiera asombrado al inspector Malone y al agente Cardona, si hubiesen estado aún en la jefatura.

CAPÍTULO XIII
EL PRIMO DE LOO CHOY

El tiempo transcurre muy lentamente en el barrio chino. En las calles de lo que se podría llamar línea fronteriza, que era donde estaba emplazado el almacén de Wang Foo, reinaba muy poca animación. Los pocos transeúntes eran, en su mayoría, chinos; y el resto algunos harapientos ejemplares de la especie norteamericana. De cuando en cuando, un taxi que venía de las más concurridas calles de Nueva York rompía el silencio con el ruido de su claxon o los chirriantes frenos, pero inmediatamente todo volvía a quedar en calma frente al almacén de Wang Foo.

La casa parecía sumida en el más completo silencio. Hacía días que ningún cliente entraba en ella. Las ventanas estaban muy sucias; los montones de cajas de té no disminuían de tamaño.

Wang Foo era un próspero mercader de té, todo el mundo lo sabía... Sin embargo, los chinos pueden prosperar en los negocios sin necesidad de la actividad de los blancos.

Un día un vendedor de periódicos se instaló frente a la tienda de Wang Foo.

El sitio no era muy a propósito para realizar buenos negocios, aunque el vendedor debió considerarlo bueno, pues permaneció en él todo el día y hasta entró en la tienda a

ofrecer los diarios y revistas que llevaba, pero después de recibir una vigorosa negativa de Loo Choy, el chino encargado del mostrador, no volvió a entrar.

Al parecer, los gritos del vendedor de periódicos, produjeron un gran efecto en los clientes de Wang Foo, pues durante aquel día ni uno solo entró en el establecimiento.

Aquel vendedor era demasiado viejo para la profesión que desempeñaba. Al día siguiente volvió a vocear sus periódicos frente al almacén de Wang Foo pero, a media mañana, convencido sin duda de la inutilidad de sus esfuerzos, se marchó para no regresar más.

Al otro día, un infeliz tullido auténtico, sin ninguna duda, como lo atestiguaba el muñón que mostraba a la piedad pública, se instaló frente a la tienda de té. Pero la Caridad no había visitado nunca a los vecinos de aquella calle. El platillo del desgraciado mostraba a la noche las mismas monedas que su propietario colocó en él como cebo, al situarse en su puesto.

Dos días acudió al lugar hasta que, por fin, comprendiendo que si alguna vez había allí dinero para limosnas lo habrían recogido ya otros. Se marchó y no reapareció más por allí.

También debió de contribuir a su marcha el desolado aspecto de la tienda, siempre desierta, y en la cual, al hacerse de noche, nunca brillaba ninguna luz. Si alguien vivía en ella, indudablemente ocupaba las habitaciones interiores, pues las ventanas de la fachada jamás mostraban tras los sucios cristales una sombra indicadora de que alguna persona sentía curiosidad por lo que ocurría en la calle.

Por fin, una noche, famosa sin duda en los anales del establecimiento, un chino entró en él, y aunque no entraba a comprar, el suceso establecía un precedente satisfactorio para las polvorientas cajas de té, hartas ya de ver siempre ante sí la cara de Loo Choy. El recién llegado era un amigo del dependiente que, a pesar de no salir nunca de la tienda, tenía amigos y hasta primos, que éste era en realidad el lazo familiar que existía entre los dos orientales que se contemplaban sonriendo interiormente, ya que ningún digno hijo del Celeste Imperio deja, sin deshonrarse, que una sonrisa alegre su rostro.

Los dos parientes deseaban hablar, principalmente Loo Choy que aquella noche sentía irresistibles deseos de exponer sus penas y preocupaciones, pues aunque chino, las tenía lo mismo que un hombre blanco. Loo Choy, decididamente, se estaba degenerando.

Tan enfrascado estaba en la conversación que no opuso ningún reparo al borracho que se metió en la tienda y fue a tumbarse contra un montón de cajas de té. El empleado debió de pensar que afuera hacía frío y que el infeliz llevaba solamente la ropa más precisa, además su presencia en el almacén no podía causar ningún daño sobre todo, no entendiendo el idioma de Confucio.

Sin embargo, el norteamericano pareció interesarse por la jerigonza que hablaban los dos primos. De cuando en cuando coreaba con una frase inglesa lo que decían los chinos y esperaba alguna frase aprobadora.

Por fin, viendo que no le hacían ningún caso dejó de hablar, limitándose a escuchar, con rostro atontado, la conversación de los dos hombres.

Loo Choy estaba en plan de confidencias. Explicaba a su primo que empezaba a cansarse de su trabajo. Hasta para un chino resulta abrumador pasarse el día entero vigilando unas cajas de té llenas de aire y cubiertas de polvo, puesto que el té seguía en los campos de China.

Además, era insufrible aquel constante temor de que algún comprador entrase a probar la mercancía de Wang Foo. Era necesario encontrar un ayudante y un sustituto.

Pero, claro, Wang Foo pondría algunos inconvenientes. Si Ling Chow, el primo, quisiere ayudarle... Wang Foo le conocía, durante dos años le había tenido a su servicio, pero Ling Chow consiguió algún dinero y se estableció por su cuenta. Quizá algún día, Lee Chow

abriría también, como su primo, un taller de lavado y planchado. De momento tenía una sola ambición... tomarse una semana de vacaciones y luego turnarse con su pariente en la tienda.

Él trabajar de día y Ling Chow podría sustituirle durante las horas de la noche en que permanecía abierto el establecimiento. Si el primo quisiese... Wang Foo tenía confianza en él.

Ante aquella proposición el primo de Loo Choy quedóse pensativo a la manera china, que consiste en conservar la misma expresión que cuando se está alegre, luego emitió algunos juicios acerca del trabajo y por fin se marchó, dejando a su pariente sumido en la desesperanza.

Pero los dioses habían decidido mostrarse benévolos con Loo Chow y a la mañana siguiente, con profunda alegría por su parte, vio entrar en la tienda a su honorable primo, Ling Chow.

Había algo distinto en el aspecto del chino, su voz era la misma y su rostro, y todo lo demás: sin embargo, hubierase dicho que no era el mismo chino que visitara la tienda la noche anterior.

Nunca habló mucho y en aquellos momentos solo tenía que decir que estaba dispuesto a hacer el favor que su digno primo le pidiera, por lo cual venía dispuesto a ocupar la plaza de Loo Choy durante una semana.

El empleado, mostrando por primera vez en su vida una leve distensión de los labios, que en China se hubiera tomado como una alegre carcajada, subió a comunicar a Wang Foo la noticia de que su primo le substituiría durante ocho días.

Wang Foo no opuso ningún reparo y durante una semana entera, Ling Chow ocupó el puesto de su primo y al regreso de éste siguió acudiendo a la tienda, pero sólo por las noches, pues el día lo dedicaba a su taller de lavado.

Durante aquellas noches, las sombras en que quedaba envuelta la calle, parecían densificarse con la adición de otras sombras que se acercaban al almacén. Pero nadie se fijó en ellas, Ling Chow seguía asistiendo a la tienda, sosteniendo animadas conversaciones que alguna vez duraron hasta quince segundos con su primo, quien, desde que se veía acompañado se consideraba el ser más feliz del Universo.

Sin embargo, quizás no se hubiera sentido tan feliz si por casualidad se hubiese enterado de que en el taller la Ling Chow, su propietario seguía al frente del negocio sin que desde la visita hecha a su primo hubiera vuelto a poner los pies en la calle.

Pero es muy probable que de haberse hallado ante el difícil dilema de descubrir cuál era su verdadero primo, si el chino sabido esto Loo Choy, se hubiera ha que lavaba y planchaba camisas y sábanas, o aquel que le substituía a él durante la noche.

El mismo Wang Foo tampoco hubiese podido sacarle de dudas, pues, ambos chinos eran tan parecidos, que es posible que el mismo Ling Chow se hubiera encontrado con dificultades para aclarar el misterio.

CAPÍTULO XIV
EN "LAS ARMAS DE HOLMWOOD"

La primera semana que Harry Vincent pasó en "Las Armas de Hollmwood" fue muy agradable para él.

En el hotel Metrolite vivió rodeado de lujos, pero solo era uno de tantos huéspedes y su vida allí no tuvo ningún aliciente.

En cambio, en "Las armas de Holmwood" todo fue muy distinto. La posada era el punto de reunión de todos los habitantes del pueblo, gente acomodada e instruida, que

recibieron alegremente al recién llegado por ser un hombre simpático y con dinero en abundancia.

El desconocido del puente estuvo muy acertado al escoger a Vincent para aquella misión. El joven era serio, afable y discreto. Habíase entregado a aquel trabajo con toda su buena voluntad.

El hecho de que pudiera obtener cuanto dinero desease no hizo otra cosa que despertar en él el sentido del ahorro. Limitó sus gastos a lo razonable y llevó la cuenta del empleo que daba a las cantidades sacadas del banco.

Esto no se lo ordenó nadie, pero deseaba estar en condiciones de poder responder de sus gastos si alguna vez le era exigido.

El mayor beneficio y alegría que sacaba de todo ello era la emoción que encerraba aquel trabajo. Harry siempre deseó la aventura, Pero carecía de iniciativa para buscarla. Por fin la tenia. Pero hablando con franqueza, no deseaba ver repetido el suceso de la casa de Wang Foo.

La Sombra le salvó en aquella ocasión, y estaba seguro de que, si en otro momento se hallaba en peligro, su misterioso jefe volvería a salvarle. A pesar de todo, prefería no ver de nuevo la muerte tan cerca como cuando la afilada cuchilla de la guillotina cayó rozándole los cabellos.

Durante la primera semana que Harry pasó en "Las Armas de Holmwood" no hizo ningún esfuerzo por intimar con los asistentes a las tertulias que se celebraban en el salón de la posada. Prefirió ir ganando lentamente la confianza de los vecinos del lugar y hacerse amigo de todos, sin que los mismos interesados se diesen cuenta de ello.

Realizaba frecuentes paseos en el auto, y, de cuando en cuando, pasaba frente a la casa de Laidlow y por sus alrededores para enterarse bien de la topografía del lugar.

La posada estaba a una media milla del pueblo. Una de las veces que Vincent fue al Banco a hacer efectivo un cheque, encontró al viejo abogado que presenciara la huida del asesino de Laidlow.

Cuando salió del establecimiento, el joven le vio subir a su auto, un enorme sedán, y sentarse al volante. Indudablemente Bingham no tenía chófer y la noche en que el millonario fue asesinado debía ir solo en el auto.

Vincent sonrió al observar el lento avance del coche del abogado. Si Bingham conducía siempre a la misma velocidad, no era de extrañar que se detuviese tan rápidamente la noche del crimen al oír los disparos.

De regreso a la posada, Vincent reflexionó acerca de los éxitos conseguidos durante su estancia en Holmwood. Eran pocos, realmente. Diez días habían casi transcurrido desde que llegó a "Las Armas de Holmwood" y ni siquiera conocía al secretario de Laidlow.

Sabía que Burgess seguía viviendo en casa del millonario. La viuda de éste estaba en la mansión, pero ni ella ni sus hijos aparecían nunca en público. En la tertulia de la posada, Vincent se enteró de que los familiares del asesinado financiero pensaban marchar a la Florida, acompañados de Burgess, quien por sus esfuerzos en detener al asesino ganóse el afecto de la familia de su difunto jefe.

Durante la segunda semana de permanencia en Holmwood, Vincent dedicóse a observar a los huéspedes de la posada. Indudablemente, en el pueblo de Holmwood existía alguna pista del criminal; de lo contrario La Sombra no le hubiera encargado que fuese allí.

En "Las Armas de Holmwood" se hospedaban cinco hombres cuyas ocupaciones no parecían bien definidas. Con todos ellos conversó Harry y, gradualmente, los fue eliminando, hasta que llegó a Elbert Joyce, hombre de unos cuarenta años, muy hablador, enterado de todo y para quien no había cosa mejor que poder explicar sus vastos conocimientos.

Joyce aseguraba ser viajante de comercio. Acababa de dejar un empleo y estaba esperando otro que le habían prometido. Mientras llegaba tomabase unos días de vacaciones. Tenía dinero en abundancia y lo proclamaba a voz en grito diciendo a Harry:

-A mí nunca me han faltado cien dólares. No me preocupo por el dinero. Siempre tengo; además, sé cómo conseguirlo.

Un día, Vincent le encontró descifrando unas palabras cruzadas.

-Creí que eso estaba ya pasado de moda, señor Joyce-dijo.

-¿Qué es lo que usted suponía pasado de moda?-preguntó el viajante.

-Las palabras cruzadas.

-Podrán estarlo para algunos, pero nunca para un cerebro que, como el mío, nunca descansa.

-¿Y no le aburren?

-Alguna vez. Pero tengo por costumbre descifrar unas cuantas al día.

Joyce dedicó otra vez la atención al jeroglífico y, con una asombrosa rapidez, anotó las palabras que faltaban, luego volvió la página y buscó algún otro entretenimiento.

-Eso también lo descifro-dijo, señalando un revoltijo de letras.

-¿Y qué es eso?

-Un criptograma, o sea, substituir unas letras por otras. Vamos, una especie de carta escrita en clave. Una cosa muy antigua, también, pero que vuelve a estar en boga. Poe empleó un criptograma en su cuento "El escarabajo de oro".

Joyce empezó a trabajar descifrando con asombrosa rapidez la complicada clave.

-Va usted muy de prisa-comentó Harry.

-La mayor parte de los criptogramas son sencillísimos-replicó Joyce-. Todo consiste en buscar las vocales; por ellas se saca la clave.

Mientras hablaba seguía trabajando en el difícil pasatiempo. Vincent se dijo que si recibía alguna carta tendría que ir con cuidado de que no cayese en manos de aquel personaje, pues la clave que le entregó el señor Arma no era nada en comparación con las que descifraba el sujeto aquel.

Seguramente no le llevaría más de media hora.

Cuando hubo terminado, Joyce echó a un lado el periódico y bostezó ruidosamente:

-¿Y si fuésemos a dar una vuelta en auto?- propuso Harry.

-¿Adónde?

-Por el campo. Hace un día muy hermoso. Tengo mi auto fuera.

-Bueno, vayamos, Vincent.

El joven condujo el coche en dirección a la casa de Laidlow y, al pasar ante ella, dijo a su compañero:

-Ahí tiene Usted un rompecabezas -y señaló el edificio.

-¿Cuál?

-El asesinato de Laidlow- explicó el joven-. Creo, que fue ahí donde se cometió.

-Conque es esa la casa, ¿eh? Ahora recuerdo que leí algo hace tiempo. ¿Qué, cómo va ese asunto?

-Sigue sin resolver.

En aquel momento pasaban frente a otra casa.

-Ahí vive Bingham.

-¿Bingham? ¿Quién es ese Bingham?

-Un abogado que vio al criminal.

Joyce dirigió una indiferente mirada a la casa del viejo letrado.

-Creí que le interesarían estas cosas- observó Harry-. Son problemas reales.

Deberían intrigar a un hombre como Usted tan aficionado a los rompecabezas y jeroglíficos.

-De cuando en cuando ya leo alguna novela de misterio.

-Pues este es de los mayores.

-Quizás, pero a mí no me interesa. Que se preocupe de ello la policía. Es cosa suya.

Vincent dirigió el auto hacia el Estuario de Long Island que Joyce comparó a los grandes lagos de Suiza; luego aprovechó aquello para hablar de sus viajes a Detroit, al lago Michigan, del invierno que pasó en Cuba y de otras cosas que Harry apenas escuchó.

Era asombroso, pensaba el joven, que un hombre que de cualquier cosa hacia motivo de conversación hubiese casi rehuido la del asesinato de Laidlow que tanto se prestaba a ello. Su indiferencia por aquel asunto le escamó. No, aquella no estaba de acuerdo con el carácter del viajante.

Además, la aparente ignorancia de Joyce respecto a un crimen que tanto revuelo causó en el pueblo era, seguramente, fingida. ¡Acaso tuviese algo que ver con el suceso! ¡Quizá fuera el mismo ladrón¡.

Pero pronto desechó el joven tales suposiciones. No era lógico que el criminal permaneciese tanto tiempo en un lugar donde corría a cada momento el peligro de ser descubierto por alguno de los testigos. Por otra parte, Joyce llegó a "Las Armas de Holmwood" algunos días más tarde que él.

Indudablemente, Joyce no corría ningún peligro en Holmwood, pero ¿por qué estaba allí?

Sumido en estas preocupaciones, Vincent regresó a la posada sin despegar los labios. Al sentarse a cenar, Joyce notó el prolongado silencio de su compañero, pero como había otros comensales en la misma mesa, no se preocupó más y se puso a hablar animadamente con ellos.

Cuando salieron del comedor, Joyce y Vincent, después de encender unos puros, se dirigieron al salón. El viajante cogió enseguida un periódico y buscó la página de pasatiempos, donde estaban sus famosas palabras cruzadas. Al cabo de un rato exclamó, disgustado:

-¡Malditos redactores! No saben hacer un jeroglífico decente. En cuanto se les echa la vista encima ya están resueltos- Y con un gesto de aburrimiento echó a un lado el periódico.

Vincent se abismó en la lectura de una revista y viendo Joyce que su compañero no le prestaba ninguna atención, se dirigió a una mesa de juego, llamó a un camarero para que le trajera una baraja y se puso a hacer solitarios.

Harry siguió leyendo, aunque su pensamiento no estaba ni mucho menos en las páginas impresas que tenía ante los ojos. Reflexionaba en el comportamiento de Joyce. ¿A qué se debía aquel súbito desinterés por las palabras cruzadas? ¿Querría acaso calmar las sospechas que pudieran haber nacido en la mente de Vincent? No pudiendo contestarse a estas preguntas, el joven salió a la galería de la posada.Era una de esas cálidas y hermosas noches del veranillo de San Martín, Harry permaneció un rato en la galería, hablando con algunos huéspedes que salieron también a disfrutar de la benignidad de la noche.

Cuando regresó al salón, vio que tres hombres se habían unido a Joyce, con quien estaban enfrascados en una partida de póker. Invitaron a Vincent a que se sentase con ellos, pero el joven declinó la invitación y fue a sentarse en el mismo sillón que antes ocupara para acabar de leer la revista.

-Tres para mí- le oyó pedir a Joyce.

Vincent miró al viajante. Este era mano y pedía cartas. Con profundo asombro, el joven le vio tirar el as de trébol y el de corazón y el comodín, quedándose con un par de cartas bajas.

La curiosidad de Harry se despertó. ¿Qué manera de jugar era aquella?

¡Tirar tres triunfos para quedarse con dos cartas insignificantes!

Por el modo de estar colocado Joyce, Vincent pudo ver las que acababa de coger. La dama de corazón, el cuatro del mismo palo y un as, que unido a lo que tenía no hacían absolutamente nada. Extrañado de que el viajante pujase bastante, siguió con interés el juego.

Los contrincantes de Joyce debían tener mejor juego que él, pues aceptaron presurosos la oferta y todos pujaron más. Indudablemente, pensó Harry, la audacia iba a costarle cara a Joyce.

Pero al terminar el juego, y llegar la hora de mostrar las cartas, el asombro de Vincent no tuvo límites al ver que Joyce extendía sobre la mesa tres ases, el comodín y la dama de corazón. 0 sea, parte del juego que cogió en la última baza, más el que había tirado, que por lo visto no se movió de su mano.

Harry salió de la sala mientras Joyce recogía las ganancias.

¡Curioso personaje aquel viajante a quien e encantaban los jeroglíficos, rechazaba hablar de crímenes y se entretenía haciendo trampas en el juego!

Sin embargo, las más crecidas apuestas que se hacían en "Las Armas de Holmwood" apenas llegaban al dólar o sea que el beneficio que sacaba el tramposo era apenas de tres dólares por partida, cantidad que no justificaba el peligro a que se exponía. ¿ Por qué estaba allí aquel hombre tan hábil?

Una sonrisa distendió los labios del joven al encontrar la explicación a su pregunta. Joyce estaba allí en cumplimiento de alguna misión. Sus servicios eran requeridos por alguien con determinado objeto. Hacía una semana que estaba en la posada y aun no había recibido el aviso que, seguramente, debía de esperar.

Entretanto, la oportunidad de ganar algún dinero a los incautos jugadores del pueblo era demasiado fuerte para que el tahúr la resistiese. Harry Vincent sintió una gran satisfacción por haber descubierto los manejos del seudo viajante, cuyas verdaderas actividades eran, sin duda, de una índole perseguida por la Ley.

Aquello era algo digno de ser comunicado al señor Arma. Desde su llegada a "Las Armas de Holmwood", el joven no recibió ningún aviso del agente de seguros ni visitó Nueva York.

Decidió esperar un día más antes de realizar el proyectado viaje. Vigilaría a Joyce y así quizá podría añadir algún detalle a su informe.

CAPÍTULO XV
DOS HOMBRES SE ENCUENTRAN

A la mañana siguiente, Vincent desayunó con gran apetito. El día era agradable y el joven sentíase profundamente satisfecho. En su cargo de agente de La Sombra no cabía duda de que hacía grandes progresos.

Su descubrimiento del extraño comportamiento de Elbert Joyce podía ser de gran interés. Además, estaba convencido de que aquel día ocurriría algo también. Desde el momento en que descubrió al falso viajante descifrando un jeroglífico, tuvo la impresión de que aquel hombre no era lo que aparentaba y estaba dispuesto a descubrir su verdadera personalidad.

Las reflexiones de la noche anterior le decidieron a no realizar el viaje a Nueva York hasta descubrir alga más acerca de Joyce, aunque tuviera que esperar una semana entera para conseguirlo.

Estaba convencido de que Elbert Joyce esperaba algo; por lo tanto sería una locura marcharse antes de descubrir qué era aquel algo.

El seudo viajante no estaba en el comedor, pero poco después apareció en la galería. Harry le saludó cordialmente y enseguida se dirigió a su habitaci6n, donde permaneció una hora tecleando en la máquina de escribir. Transcurrido este tiempo bajó a la galería y allí encontró aún a Joyce.

La mañana y la tarde pasaron muy lentas. Después de comer, Harry se dirigió a pie hasta el pueblo, pero no permaneció mucho tiempo en él.

Sabía que su puesto estaba en la posada, vigilando los movimientos del falso viajante. Sin embargo, a pesar del cuidado que puso en su vigilancia, ésta no se vio recompensada, y, sin ningún incidente, llegó la hora de la cena.

Como la noche anterior, se sentó en la misma mesa que el hombre a quien vigilaba.

-¿Qué tal ha pasado usted el día? -preguntó el amable señor Joyce.

-Así, así-contestó Harry-. He llenado unas cuantas cuartillas y como el tiempo era agradable, dejé de escribir y me fui a dar una vuelta por la carretera. El trabajo es una cosa muy desagradable, ¿verdad, señor Joyce?

¿Lo cree usted así? Yo no. Le aseguro que estoy deseando que me avisen de mi nueva casa-replicó Elbert-. Me muero de ganas de reemprender mis viajes.

-Usted, amigo mío, tiene espíritu de mercader y yo de poeta, aunque no haga versos. Los poetas nunca han sido buenos trabajadores. Y ¿qué, le falta mucho para volver a gastar kilómetros?

-Unas dos semanas.

-Mucho tiempo para un hombre tan deseoso de cansarse.

-Sí, mucho tiempo, pero son gajes del oficio. Ya me desquitaré luego.

La conversación fue languideciendo y poco después avisaron a Joyce de que acababa de llegar una carta para él. El extraño personaje la abrió, leyó atentamente su contenido, después la hizo añicos y por una ventana tiró los menudos pedazos, los cuales fueron arrebatados por el viento que los desparramó por el jardín.

En el salón estaban reunidos unos cuantos huéspedes jugando a las cartas.

Al ver a Joyce le invitaron presurosos, deseando, por lo visto, desquitarse de las pérdidas de la noche anterior, pero el hábil tahúr rechazó la invitación y quedóse contemplando el juego.

Harry, que le observaba desde un sillón, dio gran importancia al hecho. Si Joyce era capaz de resistir a la tentación de tomar parte en una partida de póker, aprovechándola para librar a los inocentes huéspedes de algunos de sus dólares, era que un negocio más importante reclamaba su atención.

Harry sacó de su bolsillo unas cuantas cuartillas escritas a máquina y fingiéndose absorto en su lectura se dirigió hacia el sitio que ocupaba Joyce, tropezando violentamente con él.

-Si en lugar de hallarse en el salón de un hotel llega a estar en la carretera y yo soy un auto, no lo cuenta usted, amigo Vincent- rió Elbert.

Harry mostró una amplia sonrisa y dijo:

-Se me ha ocurrido de pronto una idea y voy a mi habitación a trasladarla al papel. Tengo que escribir por fuerza a máquina, pues mi letra es tan infame que ni yo mismo soy capaz de descifrarla.

Se dirigió a su cuarto y, transcurridos unos minutos, volvió a bajar al salón.

Joyce no estaba ya allí. Preparando una excusa para explicar su regreso, Vincent salió a la galería, esperando dar con el rastro del seudo viajante. Pero no vio la menor señal de él.

Después de una corta vacilación, salió del hotel y encaminóse a la carretera.

En lugar de seguir por la ancha cinta de asfalto, el joven se metió en los prados que la bordeaban, avanzando, sin ruido, por la húmeda hierba. Algo le decía que Elbert Joyce había pasado por allí pocos minutos antes.

Al cabo de un rato vio a lo lejos, ante él una borrosa silueta que andaba, también, por la hierba. Al llegar a un cruce de caminos, el hombre se detuvo junto a un farol que marcaba la encrucijada y sacó el reloj. En aquel momento, Vincent reconoció en él a Joyce.

Un macizo de árboles ofrecía un buen refugio desde donde observar los movimientos de Elbert Joyce. Vincent se ocultó tras él con providencial rapidez, pues apenas acababa de esconderse tras los árboles, el viajante se volvió para escudriñar la carretera. Cuando se convenció de que nadie le seguía, torció por la carretera de la izquierda.

Harry contuvo una exclamación de alegría. El pueblo estaba a la derecha, por lo tanto, Joyce no se dirigía allí.

Con las mismas precauciones de antes, Vincent siguió a su compañero de hospedaje, y, con profundo asombro, le vio detenerse ante la casa de Bingham, el abogado. ¿Qué iba a hacer allí Elbert Joyce?

¿Conocía al abogado a pesar de su negativa del día anterior? ¿0 iba acaso a intentar alguna fechoría creyendo que el propietario de aquélla era persona de posición?

Decidido a averiguarlo, Harry se acercó a la casa. Ninguna luz brillaba en la fachada, y durante varios minutos, perdió de vista al viajante. Temiendo que se hubiera alejado, decidió investigar el jardín, pero, por fortuna, le contuvo el chasquido de un encendedor automático a cuya vacilante luz pudo ver a unos metros de él a Elbert Joyce.

Pasaron los minutos: al cigarrillo que encendiera el viajante siguieron dos más, hasta que, por fin, se oyó en la carretera el motor de un automóvil. Joyce tiró al suelo el cigarrillo que fumaba y de nuevo Harry le perdió de vista.

El automóvil se detuvo ante la casa. El joven permaneció inmóvil en su sitio. No se atrevía a hacer ningún movimiento por miedo a tropezar con Elbert.

El auto que se detuvo frente a la casa del abogado continuaba con el motor en marcha. A pesar del ruido que producía, llegó hasta el joven un susurro de conversación. Aunque la distancia que le separaba del vehículo era bastante regular, creyó reconocer la voz de su compañero de hospedaje. Vaciló un momento más y por fin, decidido se dirigió hacia el lugar donde sonaba la voz. De pronto se detuvo, las palabras llegaban a él con toda claridad y estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. Pero aquella alegría no fue sólo por el hecho de que podía percibir lo que hablaban el ocupante del auto y Elbert, sino porque en la voz del primero acababa de reconocer la de Bingham, el abogado a quien viera en el banco de Holmwood.

CAPÍTULO XVI
LO QUE OYO VINCENT

-Está bien, señor Bingham, haré lo que usted me pida-oyó decir Vincent a Joyce.

-Ya sé que puedo contar contigo- replicó el abogado. Estas palabras llegaron con toda claridad a oídos de Vincent.

-He estado varios días esperando noticias de usted.

-No hubiese servido de nada- replicó secamente Bingham.

-¿Por qué?

-Es cosa mía, Araña.

-Haga el favor de no emplear este mote. Llámeme Joyce. Estoy acostumbrado a este nombre; además quiero olvidar el pasado.

El viejo abogado replicó con una sardónica risita:

-Eso es lo que quería oírte decir. Los dos lo olvidaremos si tú no haces tonterías.

-No tenga miedo.

-Déjame que te advierta una cosa, Araña... perdona, he querido decir Joyce.

Una vez te saqué de un apuro. El jurado te absolvió gracias a mí, ya lo sabes.

-Y yo se lo pagué bien.

-Sí, me pagaste bien, Muy bien, lo recuerdo.

-¿Entonces...

-Entonces, creo que sería bastante desagradable para ti enfrentarte con otro jurado, y esta vez la acusación sería por algo más importante.

Joyce no replicó.

-Estás a mi merced, Joyce- siguió el abogado-. Una palabra que dijese a la Policía y al momento irías a dar con tus huesos en la cárcel. Pero no pienso causarte ningún perjuicio. Estás seguro... siempre que juegues limpio.

-Ya sabe Usted que lo haré, señor Bingham.

-Te aconsejo que sigas pensando igual. Cuando pego, hago daño. Tengo en mi despacho pruebas suficientes para encausar a treinta o cuarenta hombres de quienes la Policía no sospecha ahora nada. Y lo que es más, puedo enviar a la cárcel al hombre que me parezca, tanto si es culpable como si no.

-¿Cómo?

-Yo sé cómo. Hablando con franqueza, Joyce.- siguió el abogado,- no hay mucha diferencia entre mis trabajos y los de mis defendidos. Pero yo conozco la Ley, trabajo de acuerdo con ella; y ellos se empeñan en atacarla abiertamente. Te cuento todo esto porque eres un hombre inteligente.

-Muchas gracias por el favor.

-No es favor; si no te creyera listo no te ofrecería el trabajo que te reservo.

-Muy bien, señor Bingham; dígame de qué se trata.

-Supongo que ya te figurarías que era yo quien te hizo venir a Holmwood, ¿no?

-Lo sospeché.

-Bueno, si te llamé fue porque eres un experto en descifrar cartas escritas en clave.

-Sí. Tengo cierta habilidad en esas cosas.

-Pues bien, tengo una carta de esa clase que quisiera me descifraras. En ella se dice algo que para mí es muy importante. Aquí tienes una copia.

Harry vio a Joyce inclinarse para examinar el papel a la luz de los cuadrantes.

-Todos son números-dijo el tahúr.

-Sí-asintió Ezekiel Bingham. ¿Puedes resolver el problema?

-No sé. ¿Tiene usted el original?

-Está en mi caja de caudales; pero la copia es exacta.

Joyce guardó el papel en uno de los bolsillos interiores de la americana.

-¿Qué has sacado en limpio?- interrogó el abogado.

-Muy poca cosa.

-¿Crees que podrás descubrirlo con facilidad?

-No.

-¿Cuánto tiempo tardarás?

-No puedo decirlo.

-¿Por qué no?

-Porque podría tratarse sencillamente de una clave. Si es una carta, la descifraré por difícil que sea. Puede que me lleve tres o cuatro días, pero al fin descubriré lo que dice. Nunca he fracasado en cosas así.

-Muy bien, Joyce. Recuerda que confío en ti. Ve lo más deprisa que puedas en ese trabajo.

-Empezaré mañana por la mañana.

-Está bien. Acuérdate de que no debes decir ni una palabra a nadie. Es necesario guardar el más absoluto secreto. Esto es todo lo que te pido. Si descifras la carta, olvida inmediatamente lo que dice.

-Se lo prometo.

-Te creo. Siento simpatía por ti, Joyce. Es posible que vuelva a requerir tus servicios y ya sabes los beneficios que puedes obtener siéndome fiel. Además, nada de cuanto sé respecto a ti saldrá de mis labios si me eres fiel; si me traicionas... te arrepentirás.

-Puede estar usted tranquilo, señor Bingham.

Se oyó un roce de papeles. El abogado entregaba algo al viajante.

-Seiscientos dólares, Joyce-dijo-. Como ves, te pago bien y por adelantado. Te lo repito: date tanta prisa como puedas.

-¿Cómo le veré para entregarle la solución?

-Ve a mi oficina como si fueras un cliente y di que deseas consultar conmigo.

-¿Debo seguir en "Las Armas de Holmwood"?

-No es necesario ya. Será mejor que te traslades a un sitio donde no puedan encontrarte tus viejos amigos.

-Entonces ya...

Las últimas palabras del seudo viajante fueron interrumpidas por las detonaciones del motor del coche, y el abogado, sin entrar en su casa, se alejó hacia el pueblo. Joyce se dirigió hacia la posada y Vincent, después de aguardar un rato le siguió.

Cuando llegó a su cuarto quedóse pensativo, reflexionando en los extraños acontecimientos de aquella noche. Por fin se explicaba la indiferencia que mostró Elbert Joyce, al hablarle del asesinato y de Ezekiel Bingham.

En cuanto al papel desempeñado por el abogado en todo aquello, era un misterio. ¿Estaría mezclado en el asesinato de Laidlow? No podía contestarse a una pregunta como aquélla, pero si no en aquel crimen, el señor Ezekiel Bingham estaba, por lo menos, mezclado en otras fechorías.

De una cosa estaba seguro Harry: de que era necesario notificar enseguida a La Sombra sus descubrimientos. Con esta idea, se acostó después de pedir al camarero encargado de su habitación que le despertase a las ocho de la mañana. Su sueño fue inquieto.

Antes de dormirse estuvo media hora repasando en la oscuridad su descubrimiento de aquella noche y los de los días anteriores.

A la mañana siguiente, al bajar al comedor preguntó por Joyce. El gerente le informó que el viajante se marchó 1a noche anterior con destino a Nueva York. La noticia no sorprendió a Vincent, pues ya la esperaba y si dejó marchar a Joyce sin seguirle fue porque consideró inútil hacerlo, toda vez que el viajante le conocía. Con seguirle solo habría logrado despertar sus sospechas.

Después del almuerzo, Harry Vincent se dirigió al garaje de la posada y sacó su automóvil. El viaje a la ciudad era corto, pero el enorme tráfico de las calles le hizo retrasarse un poco. Eran ya las diez cuando llegó a la oficina del señor Claudio Arma.

El agente de seguros le escuchó atentamente, sin dar ninguna señal de aprobación. Sólo cuando terminó pidió que le aclarase ciertos detalles y enseguida se puso a escribir una carta que metió dentro de un sobre. Después de sellarlo se lo entregó a la mecanógrafa para que lo llevase a su destino.

Luego indicó a Vincent que podía ir a dar una vuelta hasta las dos de la tarde.

A la hora indicada, el joven regresó a ver al agente de seguros, quien, sin preámbulos, le dijo:

-La Sombra no tiene por costumbre felicitar a sus hombres, Vincent. Hace mucho tiempo que he aprendido a no esperarlo, y usted debe aprenderlo también.

"He enviado a la oficina del señor Jonás una relación escueta de lo que usted me ha comunicado y acabo de recibir la contestación que es la siguiente: Debe usted volver a Holmwood. En el garaje de la posada dejará su auto y regresará inmediatamente a Nueva York por tren. Tráigase equipaje para pasar unos días en la ciudad. Como antes, se hospedará en el hotel Metrolite y mañana por la mañana, a las diez, vendrá a verme.

"Pero recuerde una cosa, Vincent-añadió Arma, sonriendo benévolamente -si no se le felicita por sus éxitos, en cambio, si alguna vez fracasa, tampoco se le recriminará; vaya lo uno por lo otro.

Harry llegó al Metrolite aquella misma tarde, inscribiéndose en el registro de viajeros con profunda satisfacción. Tenía la seguridad de que La Sombra estaba satisfecho de sus descubrimientos.

CAPÍTULO XVII
BINGHAM VE UNA SOMBRA

Ezekiel Bingham se hallaba en su despacho, en el primer piso de su casa de Holmwood, Long Island. Era más de medianoche, pero el abogado no parecía sentir el menor cansancio.

En realidad, Bingham dormía muy poco. Era una de esas personas que apenas necesitan descansar, pues con cuatro o cinco horas de sueño tienen ya suficiente. Corrientemente se acostaba al amanecer y dormía hasta las diez o las once.

Su bufete de Nueva York lo visitaba sólo por la tarde. Este régimen de vida únicamente lo alteraba cuando tenia que asistir a alguna causa ante los tribunales. Desde joven se acostumbró a trabajar de noche. El silencio nocturno era un tónico que prestaba gran eficacia a su trabajo.

Ezekiel Bingham era viudo. Su mujer había muerto años antes. La única persona que acompañaba al abogado en la casa era un criado llamado Jenks, que estaba a su servicio desde hacía mucho tiempo.

Jenks dormía en el mismo piso que su señor. Era un hombretón fornido e inteligente. Una inteligencia vivaz e intuitiva, tanto más notable puesto que Jenks sabía apenas leer y escribir.

El criado se levantaba cuando su señor se metía en el lecho. Se pasaba el día trabajando y se acostaba cuando Ezekiel Bingham llegaba a su casa de regreso del bufete. Por lo tanto, siempre había alguien levantado en casa de Ezequiel Bingham.

La noche siguiente a su entrevista con Elbert Joyce, el abogado dio su acostumbrado paseo hasta el pueblo de Holmwood y al regresar indicó a Jenks que podía retirarse. En aquel momento el fiel servidor dormía profundamente en una habitación próxima al despacho, dispuesto a acudir inmediatamente a una llamada de su amo.

Las puertas y ventanas de la planta baja estaban herméticamente cerradas y además provistas de timbres de alarma, que descubrirían la presencia de cualquiera que intentara penetrar en el edificio. En el primer piso las ventanas no tenían timbres, pero en cambio las defendían unas bien forjadas rejas.

La parte superior de la casa de Ezekiel Bingham tenía todas las características de una prisión; y las tenía desde hacía tantos años, que ya ninguno de los habitantes del pueblo se extrañaba de las precauciones adoptadas por el viejo abogado.

En un rincón del despacho veíase una puerta forrada de acero y provista de una cerradura especial. Esta puerta estaba destinada a ocultar la caja de caudales del abogado. Aquella caja una mole de acero capaz de resistir los esfuerzos del más hábil ladrón, era el orgullo de Ezekiel Bingham.

En ella se guardaban documentos de gran importancia, a pesar de que todos los relacionados con los pleitos defendidos por él estaban en la caja del despacho de Nueva York.

Era curioso el hecho de que el viejo tuviese en su casa una caja de caudales como aquélla. Nadie le conocía a enemigos, al contrario, entre la gente del hampa era muy estimado, pues en su carrera defendió con gran eficacia a más de un asesino. De manera que todas las barreras opuestas a los posibles ladrones eran una simple precaución, pues no parecía probable que llegaran a demostrar nunca su eficacia.

Aquella noche el viejo Bingham estaba ocupado con un montón de documentos que sacó de la caja. La mesa ante la cual estaba sentado quedaba frente a la ventana, ligeramente abierta. El abogado, con las gafas puestas, leía con toda atención los documentos extendidos ante él.

A pesar de ello, el más insignificante ruido que hubiese sonado en la casa no habría dejado de ser captado por él.

Así fueron pasando las horas. Era más de la una de la madrugada cuando Bingham llegó al final de su tarea. El último documento era un sobre alargado, azul. Lo abrió con una plegadera de marfil y extrajo de él una carta.

Era el original de la copia que entregara la noche anterior a Elbert Joyce.

Por centésima vez el abogado estudió atentamente la carta, pero de nuevo tuvo que confesarse vencido. Aquellas cifras y letras resultaban un misterio para él. Sin embargo, le atraían, pues no pasaba noche sin que estudiase concienzudamente aquella misiva.

En aquel momento sonó un leve ruido en la ventana. Bingham levantó la vista del trabajo. Seguramente habían sido las hojas de los árboles movidas por el viento, pensó y de nuevo dirigió la atención a la carta.

Tan pronto como el abogado volvió a enfrascarse en el estudio de la cifrada misiva, la ventana se abrió silenciosamente unas pulgadas. Unos segundos después volvió a abrirse otras pulgadas más.

Ezekiel Bingham tabaleaba sobre la mesa con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía la carta. La ventana siguió abriéndose hasta quedar una abertura suficiente para dar paso a una persona.

La mano derecha del abogado cesó en su tabaleo para abrir un cajón y sacar de él un abultado sobre, en el cual metió la carta. Luego lo cerró y lacró, apretando sobre el lacre caliente un macizo sello de oro.

Cuando hubo terminado, observó satisfecho el resultado de su obra.

Una sombra se proyectó entonces en el suelo, junto a la mesa. Era una sombra muy particular, larga y delgada, semejante a la de un cuerpo humano.

Si se hubiese producido algún ruido, Bingham habría dirigido la vista al suelo, pero como las sombras son siempre silenciosas, el viejo no oyó nada.

Cuando se levantó para dirigirse a la caja de caudales, no se le ocurrió mirar hacia la ventana; por lo tanto, no vio que estaba abierta. Al llegar junto a la puerta que ocultaba la caja, sacó una llave especial y la abrió.

Tras de la de acero apareció otra puerta, la de la caja de caudales. El viejo se inclinó y empezó a maniobrar en el disco de la combinación.

Por fin la caja fuerte mostró su interior. En aquel preciso instante ocurrió algo que los agudos oídos del abogado no percibieron. Al abrirse la puerta que ocultaba la caja, quedó a un metro escaso de la ventana, por entre cuyos gruesos barrotes de hierro pasó un largo sarmentoso brazo que llegó hasta la puerta, se detuvo sobre la llave que aun estaba en la cerradura y, sin hacer ningún ruido, se apoderó de ella, desapareciendo enseguida por donde había llegado.

El abogado colocó el sobre en uno de los compartimentos de la caja.

El brazo volvió a aparecer. En la mano llevaba la llave que segundos antes cogiera. Trató de colocarla otra vez en la cerradura, pero tardó varios segundos en conseguirlo, pues era bastante difícil. Por fin, en el momento en que el abogado cerraba la puerta de la caja de caudales y borraba la combinación, logró su propósito. El leve chasquido que produjeron las muelles de la cerradura quedó apagado por el ruido mayor que hizo la otra puerta al ser cerrada.

La delgada mano se fue retirando lenta y silenciosamente. De pronto se detuvo. Ezekiel Bingham acababa de volverse y estaba mirando fijamente al suelo. Una sombra le rozaba los pies.

El abogado se inclinó para observar con más cuidado la extraña aparición, pero su propia sombra la borró y la mano desapareció sin que Bingham lograra ver nada más.

El viejo miró hacia la ventana que seguía entreabierta como al principio.

Sin embargo, Ezekiel Bingham parecía preocupado. Colocóse en distintas posiciones para ver el efecto que hacía su sombra en el suelo, pero no consiguió nada. Aquel experimento lo repitió varias veces con idénticos resultados. El abogado no estaba satisfecho.

Por fin dirigióse hacia la ventana, la abrió y miró al jardín, poblado de movibles sombras. Una de ellas, más larga y delgada, se agitó un momento y por último perdióse entre los árboles. El viejo abogado no logró descubrir nada más.

Enseguida cerró la ventana, y, soltando una carcajada, cerró la puerta que ocultaba la caja de caudales, guardóse la llave en el bolsillo y murmuró:

-¡Sombras¡: Cuando un hombre empieza a preocuparse por las sombras, significa que su cerebro ya no funciona normalmente. Croaker habló de sombras la noche que le mataron. ¿Qué fue lo que gritó? ¿La sombra? ¡Sí, eso fue, la sombra! Quizá esa sombra sea un ser viviente. Pero si lo es... ¿qué importa?

Y el viejo, echándose a reír otra vez, se dirigió a la mesa y sentóse a escribir.

En esta ocupación permaneció hasta que se hizo de día. A las cinco de la mañana dejó la pluma y guardó lo que había escrito. Apenas acababa de hacerlo cuando sonaron unos golpes en la puerta.

-Adelante-dijo.

Jenks entró en el despacho. El criado iba vestido con un traje de trabajo y permaneció impasible en el centro de la habitación.

-Ya estoy dispuesto.

-Muy bien, Jenks.

Ezekiel Bingham dirigióse a su cuarto y se preparó para acostarse. Al bajar la persiana para amortiguar los rayos del sol que penetraban en el dormitorio, sonrió mientras decía en voz alta:

-¡La Sombra l ¡La verdad es que hay gente que tiene una imaginación...

Una débil carcajada salida de las paredes del cuarto pareció burlarse de las palabras del viejo.

-¡Bah!-exclamó éste-. Alguna rata que huye a esconderse.

CAPÍTULO XVIII
EL SEÑOR ARMA ATA CABOS

Claudio Arma estaba sentado a su máquina de escribir. Desde las nueve de la mañana que le visitó Vincent, estaba el agente de seguros enfrascado en esta ocupación. A la una y media no había salido aún a comer; indudablemente deseaba terminar el trabajo que tenía entre manos.

De cuando en cuando pulsaba algunas teclas y a continuación permanecía pensativo varios minutos, corría unos espacios, tecleaba de nuevo y otra vez volvía a reflexionar.

Terminada por fin la hoja la sacó de la máquina y la unió a otras colocadas junto a él; enseguida, las recogió y las llevó todas a la mesa. No eran muchas las hojas escritas a máquina, sin embargo, el señor Arma parecía muy contento de su trabajo.

Ordenó los papeles, y se puso a leerlos a media voz: Geoffrey Laidlow, millonario.

Ningún enemigo. Vivía en Holmwood.

"Guardaba colección de piedras preciosas en caja de caudales.

"Familia ausente; se componía de mujer y dos hijos.

"Los únicos que estaban en la casa cuando se cometió el crimen eran el secretario y los criados."

El agente de seguros permaneció silencioso unos instantes contemplando una línea de asteriscos que cruzaba la página, Unos segundos después siguió en el mismo tono de voz:

"Laidlow regresó a casa acompañado de su secretario. Se dirigió a la biblioteca. Cerró la puerta. Al cabo de un rato oyó un ruido y se dirigió al despacho encontrando a un hombre que estaba abriendo la caja de caudales. El ladrón disparó sobre él matándolo. El arma empleada fue un revólver que el millonario guardaba en la caja.

En la siguiente hoja leyó:

"Howard Burgess, el secretario de Laidlow, le siguió a la biblioteca. Llevaba puestos el abrigo, el sombrero y los guantes, como si estuviera a punto de salir a la calle. Siguió a su jefe al despacho y fue herido por el asesino, al que vió escapar por la ventana."

La tercera tenía una explicación más extensa. "Ezequiel Bingham, abogado criminalista. Vive cerca de la casa de Laidlow. Al pasar frente a la casa del millonario oyó tiros. Detuvo el auto y vió huir al ladrón. Entró en casa de Laidlow, encontró a Burgess y llamó a la Policía."

Seguía una línea de asteriscos y a continuación vería lo siguiente:

"Se encontró yendo en su automóvil con un hombre llamado Joyce, a quien le entregó la copia de una carta cifrada. El original de esa carta está en su caja de caudales. Pidió a Joyce una traducción inmediata. Ignora contenido de la carta cifrada." La otra hoja estaba redactada así:

"Ladrón desconocido entró en casa de Laidlow.

"¿Sabía la combinación de la caja de caudales? ¿La descifró?

"Se apoderó de las joyas que había en la caja.

"Primero revolvió los papeles y los desparramó por el suelo.

"Solo se echaron de menos las piedras preciosas. "Mató a Laidlow.

"Hirió a Burgess y al huir tiró el revolver en el jardín.

"Fue visto por Bingham.

"Escapó cruzando el jardín, pero sin dejar ningún rastro."

Las páginas que seguían contenían unas explicaciones muy breves de los movimientos y referencias de las personas que llegaron al lugar del crimen después de Bingham.

El señor Arma dirigió una rápida ojeada a sus papeles. Todo aquello demostraba que el señor Arma era un hombre muy inteligente y que hubiera desempeñado mejor que muchos el cargo de inspector de policía.

La historia del agente de seguros y su unión con La Sombra era muy particular. Algunos meses antes encontrábase en una situación monetaria sumamente crítica. Explicó sus preocupaciones a varios amigos y trató en vano, de obtener el dinero que necesitaba.

De pronto un día recibió una carta en la cual se le ofrecía la oportunidad de obtener el dinero que necesitaba, a cambio de unos determinados servicios. El agente de seguros aceptó la proposición y para hacérselo saber a su misterioso corresponsal, se paseó por Broadway, desde la calle Cuarenta y Dos hasta la Veintitrés, llevando el bastón en la mano izquierda.

Al día siguiente recibió la contestación de La Sombra escrita con una tinta que desapareció a los pocos minutos de haber sido sacada del sobre. Junto con la carta recibió una clave para otras futuras combinaciones. Se la aprendió de memoria y, siguiendo las instrucciones de la carta, la destruyó después.

Desde aquel día el señor Arma fue un fiel servidor de La Sombra. Su trabajo fue de índole pasiva, realizada enteramente desde su oficina. Su despierta inteligencia y su espíritu deductivo le permitieron en más de una ocasión prestar valiosísimos servicios a su jefe.

El asunto del asesinato de Laidlow fue uno de los más importantes y era la primera vez que entraba en contacto con otro de los hombres de La Sombra.

Los informes que había redactado y que se disponía a ampliar en varias hojas de papel de cartas era muy probable que fueran conocidos ya por La Sombra pero a pesar de ello, siempre podía resultar algún dato interesante para su jefe.

El agente de seguras estaba muy contento con su trabajo y le satisfacía que sus servicios fueran necesarios. El negocio de seguros marchaba bien pero, además, tenía asegurada una regular cantidad mensual por su desconocido amigo, cantidad que recibía cada primero de mes por conducto de un mensajero.

Además, el agente sabía muy bien que en caso de necesitar dinero para algo, no tenía más que dejar una nota en el buzón de la casa de Jonás y al día siguiente recibiría la cantidad requerida.

Nunca se le ocurrió interrogar al mensajero que le traía el dinero, que casi nunca era el mismo. Suponía, acertadamente, que La Sombra no se habría dado a conocer a aquellos intermediarios que pertenecían todos a alguna agencia de envíos a domicilio.

Además, dado el secreto en que se realizaban todas las comunicaciones, Arma no veía que le amenazase ningún peligro. De todos modos fuese lo que fuese La Sombra, él estaba completamente seguro.

El señor Arma volvió a la máquina de escribir y estuvo más de una hora tecleando rápidamente hasta llenar las hojas de papel que cogió de un cajón de la mesa. Cuando hubo terminado, repasó lo escrito, lo metió en un sobre y lo dirigió a la oficina del señor Jonás.

Después, se puso el sombrero y el abrigo, cogió el bastón, y, metiéndose el sobre en uno de los bolsillos interiores de la americana, salió a la calle en dirección a la misteriosa oficina.

CAPÍTULO XIX
LA COMUNICACION DEL SEÑOR ARMA

Un círculo de luz se proyectaba sobre una mesa. Era muy pequeño, tan pequeño, que sólo abarcaba parte de la carta que descansaba sobre el escritorio. Unas manos casi invisibles se apoyaban, junto al papel. La débil luz mostraba también un reloj de bolsillo que señalaba las seis y cuatro minutos. El resto del cuerpo del dueño de las manos era invisible.

En las tinieblas de la habitación, aquellas manos parecían la parcial materialización de un espíritu.

La carta que leían los invisibles ojos, era la escrita por el señor Arma y decía:

"Geoffrey Laidlow era un millonario que no tenía enemigos. Vivía en una casa de su propiedad, en Holmwood. La noche en que fue asesinado regresó a su casa acompañado del secretario.

"En el vestíbulo se separaron y el millonario dirigióse a la biblioteca a terminar un trabajo. Al cabo de un rato le pareció oír un ruido en su despacho y se dirigió hacia allí, encontrándose ante un hombre que acababa de abrir la caja de caudales.

"Aquel hombre era Howard Burgess, su secretario, el único que conocía la combinación de la caja. El secretario llevaba guantes para no dejar huellas dactilares. Al ver a su jefe, Burgess disparó sobre él, matándolo. Enseguida corrió a la ventana y allí se disparó un tiro en el brazo, tirando enseguida el revólver al jardín.

"Burgess abrió la caja de caudales, pero en su interior no estaban las joyas, cosa que él sabía ya, pues lo único que buscaba era determinado sobre que contenía una carta escrita en clave.

"Ezekiel Bingham, el abogado que vive cerca de Laidlow no pasaba por casualidad frente a la casa de éste, sino obedeciendo a un proyecto preconcebido. Al oír los disparos penetró corriendo en la casa y se reunió con Burgess, quien le entregó el sobre que acababa de robar.

"El abogado telefoneó a la Policía y contó la historia de que había visto huir al asesino, avalorando así la declaración del secretario.

"La carta robada indica, sin duda, el lugar donde se hallan ocultas las piedras preciosas de Laidlow."

A continuación venían las notas escritas a máquina referentes a los personajes que estaban ligados, de una manera u otra, con el asesinato de Laidlow.

Una hoja de papel en blanco sustituyó en el círculo de luz las comunicaciones del señor Arma. La mano derecha del invisible personaje apareció provista de un lápiz. El blanco papel empezó a cubrirse de una rápida y elegante escritura:

"Howard Burgess tiene un pasado completamente limpio, pero sabía mucho más que ningún hombre acerca de los asuntos de su jefe. Es posible que tentado por las enormes sumas que pasaban por sus manos, Burgess cometiese algunos desfalcos que al irse acumulando le colocaran en una violenta situación.

"Tal vez se puso en contacto con Ezekiel Bingham para ver la manera de salir de su aprieto. El abogado, hombre inteligente y acostumbrado a tratar con ladrones y asesinos, y que se reconoce a sí mismo peor que muchos ladrones, debió de dominar a Burgess.

"Probablemente fue él quien descubrió el robo, aunque sin prever el asesinato que el secretario se vió forzado a cometer al verse sorprendido por su jefe. "Estas suposiciones están robustecidas por los siguientes detalles:

"Primero: Burgess debía de conocer la combinación de la caja de caudales. En ella se guardaban infinidad de documentos sin importancia, por lo tanto, no hay motivo para suponer que sea cierta la explicación que ha dado de que él no conocía la combinación.

"Segundo: Burgess llevaba guantes para asegurarse de que no dejaba huellas dactilares.

"Tercero: El empleo del revólver que estaba dentro de la caja. Un ladrón vulgar hubiese ido armado y no habría utilizado un revólver que no conocía, sobre todo teniendo en cuenta que no tuvo tiempo de examinar el arma y comprobar si estaba cargada.

"Cuarto: La caja de caudales de Laidlow es de un modelo anticuado y nada segura. Todos los documentos importantes del millonario se encontraron guardados en las cajas de seguridad de los Bancos donde tenía sus cuentas corrientes. Por lo tanto, era imposible que Laidlow guardara en su casa las joyas. Sin embargo, tanto Burgess como Bingham aseguran que el imaginario ladrón llevaba una caja bajo el brazo, Insistieron tanto en el hecho que al fin lograron convencer a todos de que las joyas estaban guardadas en la asaltada caja.

"Conclusión: Burgess sabia que la carta cifrada estaba en la caja. El proyecto de robo consistía en apoderarse de dicha carta y quizás de algún otro documento, o bien se trataba únicamente de copiar la carta. Burgess no esperaba la aparición del millonario, el cual tenía por costumbre leer durante varias horas antes de acostarse.

"Laidlow, seguro de que el documento era indescifrable y convencido además de la honradez de su secretario, no le ocultó a éste la existencia de semejante carta, pero en cambio no dijo a nadie el lugar donde guardaba las joyas, demostrando que en eso no sólo no le fiaba

de Burgess sino tampoco de los Bancos, pues en ninguno de ellos se ha encontrado la menor indicación del paradero de las alhajas.

"Si Joyce logra descifrar el documento que le fue entregado por Bingham se cometerá otro robo en casa de los Laidlow. Un robo que nunca se descubriría, pero no se cometerá hasta que el secreto del millonario sea descubierto."

El papel permaneció unos instantes sobre la mesa, bajo el rayo de luz. El invisible ser que escribiera las anteriores palabras, lo leía con toda atención.

De nuevo reaparecieron las manos; doblaron repetidas veces la hoja manuscrita y al filial, en una de las caras del papel, anotaron:

"Sería de gran ayuda e interés para el detective José Cardona y también para el inspector John Malone."

Volvieron a desaparecer las manos. Cuando reaparecieron ya no sostenían el lápiz y el papel. Cogieron la comunicación de Arma y la rasgaron en menudos pedazos, los cuales quedaron formando un montoncito en el centro de la mesa.

Luego, el hombre invisible los recogió con la mano izquierda hasta que no quedó ni un solo fragmento, mientras con la derecha recogía el reloj, que marcaba las seis y media. Seguidamente se dirigió al interruptor de la luz.

Sonó un leve chasquido y la habitación sumióse en profundas tinieblas.

Durante unos segundos todo permaneció en silencio. De pronto oyóse una suave y burlona carcajada no más fuerte que un susurro y que, sin embargo, resonó en toda la habitación.

CAPÍTULO XX
UNA CARTA PARA HARRY

-¿Es el señor Vincent?-dijo una voz por teléfono.

-Sí, diga.

-Aquí es la gerencia. Acaba de llegar una carta para usted. ¿Desea que se la enviemos a su habitación?

-Sí, haga el favor.

Harry Vincent abrió la puerta de su cuarto y aguardó la llegada del botones.

Aquella tarde, poco antes de las cinco, fue a visitar al señor Arma, quien le indicó que regresara a su habitación del hotel Metrolite y esperase instrucciones. Cuando le hablaron de la gerencia acababan de sonar las siete y media.

La carta iba dentro de un sobre alargado en el que no se veía el nombre y dirección del remitente. Harry lo abrió a toda prisa y vio que la carta estaba redactada en la sencilla clave que ya conocía. Al final de ella se veía el número “1”.

No le costó ningún trabajo leerla, pues sólo algunas letras habían sido sustituidas por otras. A pesar de ello, nadie que desconociese la clave hubiera podido enterarse de su contenido, que era el siguiente:

"Diríjase al Garaje Excélsior. En él encontrará un taxi a su nombre. Póngase el uniforme que hallará dentro del auto. En uno de los bolsillos de ese uniforme hallará otra nota. No pierda un momento."

Harry leyó por segunda vez el mensaje. De pronto parpadeó asombradísimo al darse cuenta de que el contenido de la carta se iba esfumando.

¡Diez segundos más tarde había desaparecido ¡

Profundamente desconcertado, Vincent acercó el papel a la luz. No se veía la menor huella de tinta en él.

El joven tiró el pliego al cesto de los papeles, Por fin comprendía lo ocurrido con la carta que el señor Arma leyó ante él. También se dio cuenta entonces de porqué el agente de seguros le dijo que no era necesario que destruyese las misivas que recibiera.

A pesar de que no había cenado aún, Vincent no se detuvo a hacerlo. Buscó en el listín de teléfonos la dirección del Garaje Excélsior y vio que estaba en la Décima Avenida.

Bajó corriendo a la calle, subió a un taxi y ordenó al chófer que le condujese al sitio en cuestión, apeándose a cierta distancia del garaje previsoramente, pues era indudable que iba a pasar como taxista, y no sabía si los conductores de taxi suben alguna vez a los vehículos de sus competidores. Probablemente sí lo hacían, pero no perdía nada llegando a pie.

Al entrar en el garaje se dirigió al que parecía el dueño y dijo su nombre.

-De manera que es usted el dueño del taxi, ¿eh?-dijo el propietario-. Hace dos días que lo tiene aquí. Está todo dispuesto Y puede ponerse en marcha cuando quiera.

-¿Dónde está?

-Allá al final, en el rincón.

Al llegar donde estaba el auto, Vincent dirigió una mirada al interior. Sobre los asientos destinados a los pasajeros vió un uniforme. Se apresuró a registrar los bolsillos y en uno de ellos encontró la prometida nota. Estaba escrita en clave, como la carta, y decía:

"Diríjase a la tienda Wang Foo antes de las diez. Pase ante ella sin detenerse. Dé la vuelta a la manzana y vuelva a pasar frente al almacén. Entonces deténgase al llegar a la esquina, Deje el auto de manera que no puedan verlo desde la casa de Wang Foo y usted póngase a vigilar la calle.

"Cuando vea salir de la tienda a un chino, regrese inmediatamente al auto y prepárese para recogerle. Si pasado un minuto ve usted que no se acerca al auto, entre en la calle y espere que otro pasajero suba en su coche. Llévele donde le indique, pero recuerde la dirección. Cobre el importe de la carrera que marque el taxímetro."

Seguía una nota con la dirección de Wang Foo. Esto era muy importante.

Harry estuvo una vez en casa del chino, lo recordaba demasiado bien, pero no tenía la menor idea del lugar exacto donde se encontraba la tienda de té.

Tenía que estar en el sitio antes de las diez. Esto le permitiría cenar.

Metióse en el auto y se puso el uniforme, que le sentaba bastante bien. Miró la fotografía que estaba en el interior y advirtió cierto parecido con él: debajo leyó el nombre de Harry Patman. Era difícil de recordar.

Sin duda, la persona a quien debía recoger era ajena a la organización y para que no sospechase nada era preciso que la tarjeta estuviese en su sitio.

Al recoger la nota, que dejó caer sobre un asiento, Harry vio que la escritura había desaparecido.

Esto le recordó que debía llevar cuenta de las cartas recibidas. Entonces sacó una agenda de bolsillo y borró los días 1 y 2 de enero. Este le pareció un buen sistema para llevar la cuenta de los mensajes de La Sombra. Enseguida, dobló el traje que llevaba al llegar y lo guardó debajo del asiento posterior.

Era la primera vez que sentábase al volante de un taxi. Conocía perfectamente las calles de Nueva York y no le preocupaba lo más mínimo el tráfico, pero se encontraba algo extraño dentro del uniforme.

Detuvo el taxi frente a un restaurante de la Décima Avenida y entró a cenar.

Tenía tiempo más que sobrado para acudir a la calle donde se encontraba la tienda de Wang Foo. El pensamiento de regresar al barrio chino no era muy agradable para el joven.

Y como tampoco lo era la idea de que a algún transeúnte se le ocurriera alquilar el coche, salió del restaurante y bajó la banderita, indicando así que el taxi estaba ocupado. Después de lo cual regresó al comedor donde terminó la cena y aguardó pacientemente la hora de entrar en servicio.

A las diez menos veinte subió al auto y se dirigió al barrio chino. Varias personas le hicieron señales para que se detuviera, pero él siguió adelante sin hacerles caso.

Faltaban ocho minutos para las diez cuando llegó a su destino. Lentamente pasó ante la tienda de Wang Foo, sintiendo que los cabellos se le erizaban al recordar su terrible aventura en aquel sombrío lugar.

De acuerdo con las instrucciones recibidas dio la vuelta a la manzana y pasó otra vez frente al almacén. Seguidamente se dirigió al extremo de la calle y detuvo el auto en la esquina.

La calle estaba muy poco concurrida y las pocas personas que pasaron, entre ellas varios chinos, prestaron muy escasa atención al joven, vestido de chófer de taxi.

La noche era un poco fría. Harry se paseó de un lado a otro, moviendo los brazos para entrar en calor. Siempre que llegaba a la esquina lo aprovechaba el joven para dirigir una mirada a la tienda del chino.

Durante media hora continuó en sus monótonos paseos, esperando en vano la aparición del misterioso chino. Para distraerse empezó a contar las vueltas que daba. Diez, veinte, treinta...

Dieron las diez, las once y media. Estaban a punto de sonar las doce y el paciente chófer seguía contando centenares de vueltas.

CAPÍTULO XXI
WANG FOO RECIBE UNA VISITA

A las ocho de aquella noche, Ling Chow, de acuerdo con el convenio establecido con su primo, entró en la tienda de Wang Foo. Loo Choy se marchó enseguida. Ling Chow sentóse plácidamente detrás del mostrador con la mirada fija en un punto. Parecía la imagen de Buda. Ni un cliente entró en el almacén.

Poco antes de las diez sonaron unas fuertes pisadas en la calle. Un momento después, un hombre entró en la tienda.

Era un hombre blanco, alto, fornido. Dirigióse directamente a Ling Chow y le miró con fijeza durante varios segundos.

El recién llegado tenía el rostro rojo aborgatado, la nariz colgante y la mandíbula inferior semejante a la de un perro de presa.

Ling Chow le devolvió la investigadora mirada, pero el americano, satisfecha su curiosidad, cruzó el almacén y desapareció tras las cajas de té.

Poco después Ling Chow le oyó golpear tres veces la puerta que comunicaba con las habitaciones de Wang Foo.

Alguien bajó por la escalera y unos segundos más tarde volvieron a sonar las pisadas, esta vez en el interior hacia el despacho del propietario del establecimiento.

Durante una hora y media, Ling Chow permaneció en su puesto.

Transcurrido este tiempo se levantó y fue a arreglar las cajas de té, algunas de las cuales estaban a punto de caer. Poco a poco se fue acercando a la puerta por donde desapareciera el visitante y escuchó durante unos segundos.

Por un momento pareció que iba a llamar, pero en ese mismo instante sonó un timbre. Wang Foo le llamaba.

Ling Chow golpeó cuatro veces con los nudillos la puerta. Esta se abrió y el chino subió la escalera que conducía al despacho del oriental. El viejo Wang Foo se hallaba ante su escritorio. El visitante estaba de pie junto a él.

-Ya es hora de que se marche- dijo el mongol.

Enseguida llamó a Ling Chow que se acercó respetuosamente a su jefe y recibió en chino instrucciones respecto a que acompañase al visitante abajo y viese si había alguien en la calle. Ling Chow se retiró a la escalera, esperando que terminasen de hablar.

-El tipo ese debe de tener ya la mercancía, pero por algún motivo no la suelta.- decía el visitante.

-Quizás no está dispuesta aún.- replicó Wang Foo.

-Pero el golpe ya se dio.

-Ya lo sé.

-Puede que vaya a venderlo a otro sitio.

-No lo creo.

-Es un zorro. Yo no tengo ninguna confianza en él. ¿No tiene nada que pueda comprometerle a usted?

-Nadie tiene nada que pueda comprometerme.

-Es verdad, Wang Foo.

-Por eso te he dejado venir aquí. Si la policía te persiguiese no hubieras podido cruzar las puertas de esta casa.

El hombre se echó a reír.

-No es fácil que la poli me pesque, Wang Foo. Saben que no estoy muy dentro de la Ley, pero nunca me han podido probar nada. Mi restaurante es una buena excusa y cuando la poli se deja caer en él, nunca encuentra nada. Las sospechas que tienen de mí son de que de cuando en cuando ayudo a algún compinche a escapar de sus manos.

-¿Y nunca te piden informes acerca de los que persiguen?

-No se toman ese trabajo. Saben que no soy ningún soplón. Es más, gracias a este sistema de conducta estoy en buenas relaciones con ambos bandos.

El hombre hizo una pausa y luego continuó:

-Ahora, Wang Foo, se me supone fuera de la ciudad. En otros puntos del país tengo restaurantes ambulantes. En Nueva York, aquí cerca, tengo dos. Por lo tanto, cuando estoy aquí, nadie supone que es para trabajar por usted.

-Nunca es malo tomar demasiadas precauciones - advirtió Wang Foo-. Ande con cuidado.

-No se preocupe-replicó, sonriendo, el visitante-. Sólo hablo sin reservas aquí y en casa del viejo.

El chino le miró arqueando interrogadoramente las cejas.

-Con el viejo, en Long Island, - explicó el otro,- no se corre ningún peligro, pues le conviene más que a nadie que no se conozca la clase de gente con quien se relaciona. En cuanto a usted, es el chino más honrado que he conocido y no me cabe la menor duda que sus negocios marchan viento en popa, sin preocupaciones.

-No muchas, pero últimamente, he tenido que ir con cuidado.

-¿Por qué?

-Otros chinos tratan de meterse en mis negocios. Me enviaron un falso mensajero. Logré cogerle.

-¿Era chino?

-No, norteamericano.

-Entonces, ¿cómo sabe que había chinos mezclados en el asunto?

-Porque sólo un chino puede estar enterado de lo del mensajero. Además, después de tenerlo en mi poder, lo salvó un chino.

-¡Malo¡ ¿Cómo pudo meterse aquí un chino?

-Debió seguir al mensajero y ocultarse en algún punto de la casa.

-¿Cómo consiguió dominar al norteamericano?

-Tenía dos hombres ocultos detrás de esas cortinas. En semejantes circunstancias siempre tengo a alguien vigilando.

-Quizás ahora también me están espiando.

Por toda réplica, Wang Foo se levantó, y, acercándose a la pared, descorrió los cortinajes.

-Mira donde quieras, Johnny. En ti tengo confianza.

-Muchas gracias, Wang Foo. Bueno, supongo que no ocurrirá nada más.

-No lo creo. Lo único que me preocupa un poco es la huida de los dos hombres. Me dan mucho más miedo mis compatriotas que la misma policía.

-¿ Por qué?

-Porque si la policía viniese aquí y me encontrase con los géneros robados, no tendría más remedio que creer la historia que les contaría. Que los géneros los compré sin saber que procedían de robos. Y como no estoy fichado ni se me conoce ningún delito, lo único que podría pasarme sería pagar una multa y perder las mercancías.

-Creo que tiene usted razón, Wang Foo. Pero, ¿y si por casualidad en el momento de la visita de la poli hubiese algún visitante en la casa?

-¡Ah! Ese es el motivo por el cual sólo trafico con gente no sospechosa, como tú, por ejemplo. Si en este momento llegara la policía tú serias mi amigo Johnny, tan inocente como yo y no menos sorprendido al enterarte de que los géneros procedían de un robo.

-Es usted muy listo, Wang Foo.

-El ser listo da más provecho que ser tonto.

-Tiene razón.

-Siempre tengo razón.

El visitante dirigió la vista al suelo y dio un respingo al observar junto a sus pies la larga y grotesca sombra de un cuerpo humano desmesuradamente largo. Dirigió una rápida mirada hacia atrás y vio a Ling Chow que permanecía inmóvil en el umbral de la puerta.

-¡Eh! Oiga - dijo, dirigiéndose a Wang Foo-. No sabía que ese chino estuviera aquí. Habrá escuchado toda nuestra conversación.

Wang Foo sonrió.

-Ling Chow apenas conoce el inglés. Además, es de toda confianza. Aunque hace tiempo que está en los Estados Unidos, es de esos chinos en cuyas cabezas no entran los giros ingleses y con grandes esfuerzos logran aprender decir "Si" "No" "Un dólar" "Gracias". Está empleado en la tienda con su primo Loo Choy. Como él, es de carácter indolente. Lo limitado de sus cerebros los hace fieles y, además, muy útiles.

El llamado Johnny miró a Ling Chow y luego a su sombra. ¡Cosa curiosa la sombra de un hombre! ¡Aquel pequeño, chino tenía una sombra dos veces mayor que él.

Wang Foo repitió a Ling Chow las instrucciones que le diera antes. El chino bajó a la tienda seguido del visitante, quien permaneció en el almacén mientras Ling Chow salía a investigar la calle. Poco después el oriental regresó indicando con un movimiento de cabeza que no había ningún peligro.

Al salir el visitante, murmuró:

-Ahora a buscar un taxi. Me parece que va a ser difícil encontrarlo a estas horas.

Se dirigió hacia el final de la calle y de pronto, lanzó un silbido al ver un taxi que aparecía en la esquina.

-¿Taxi, señor?-preguntó el chófer.

-¡Ya lo creo.¡- contestó el llamado

Johnny, al mismo tiempo que abría la portezuela del auto y se metía dentro.

CAPÍTULO XXII
NUEVOS ACONTECIMIENTOS

El pasajero lanzó un gruñido mientras el taxi se bamboleaba por las mal adoquinadas calles próximas al barrio chino. Indudablemente el conductor no sabía el camino más rápido para dirigirse al lugar que le indicó.

Por fin el vehículo salió a una avenida asfaltada y aumentó la marcha.

Súbitamente el pasajero golpeó los cristales de la ventanilla delantera y dijo:

-¡Eh, chófer! ¡Deténgase un momento ¡

Y con el dedo señalaba un restaurante ambulante que se veía a poca distancia.

"Será mejor que les haga saber que estoy en Nueva York.- murmuró para sí Johnny-. Ahora que ya he arreglado las cosas con Wang Foo, no tengo nada que hacer hasta que vea al viejo de Long Island. Entretanto, podré preparar algo".

Saltando del taxi se volvió hacia el chófer. -Vamos, muchacho, entremos ahí.

Harry Vincent bajó de mala gana.-No me gusta perder el tiempo...-empezó.

-No te preocupes. Deja que corra el taxímetro. Soy yo quien paga.

Juntos los dos hombres entraron en el carromato. Dos sujetos sentados ante el mostrador lanzaron un grito unánime al ver a los recién llegados. El cocinero saludó a Johnny con la mano.

-¡Johnny el "Inglés"!- El aludido se echó a reír.

-Me llaman así – dijo, - pero vosotros ya sabéis que no soy inglés.

-Puede que no lo seas.- comentó uno de los hombres,- pero no negarás que tu aspecto y parte de tu acento son ingleses.

Johnny el "Inglés" volvióse hacia Harry Vincent y le invitó:

-Siéntate y pide lo que quieras.

El joven pidió una taza de té. Escuchó atentamente la conversación, pero sólo pudo comprender, debido a la jerga que empleaban los reunidos allí, que Johnny el "Inglés" era conocido y apreciado por todos ellos.

Con idioma más comprensible, uno de los presentes preguntó:

-¿Cuándo has llegado, Johnny?

-Esta noche.

-¿Dónde paras?

-En una casa de mala muerte; sólo he venido a pasar unos días.

-¿Inauguras algún otro vagón?

-De momento no, pero pronto inauguraré unos cuantos más.

Mientras hablaban. Vincent terminó su té. Johnny el "Inglés" engulló dos emparedados y una taza de té. Cuando terminó, salió del restaurante seguido de Harry.

Al llegar junto al coche, otro taxi se detuvo ante el restaurante y el chófer bajó del vehículo.

-¡Hola, Johnny!-saludó.

-¡Hola, muchacho!

El chófer recién llegado dirigió una curiosa mirada a Vincent, pero no dijo nada. El joven se sintió un poco molesto. Quizá debiera haber saludado a aquel hombre.

Johnny el "Inglés" observó la mirada del chófer, pero indudablemente se tra taba sólo de un conocido, no de un amigo íntimo. Sin detenerse pues a hablar con él subió al taxi, cuya puerta mantenía abierta Vincent.

Al pasar bajo el ferrocarril aéreo, el joven apretó el acelerador. Lo mejor sería dejar a Johnny en su casa antes de que ocurriese algo. Las casi desiertas calles eran una invitación a la velocidad.

Al ir a torcer por una calle, Johnny el "Inglés" golpeó furioso los cristales.

-¿Dónde diablos me lIevas?- preguntó irritado-. Este no es el camino más corto. Tuerce por la izquierda. ¿Es que no conoces Nueva York?

-Todo no, señor.

-Más bien parece que no conoces nada.

Harry obedeció la indicación de Johnny, pero al ir a meterse por la calle de la izquierda, oyó el ruido de un choque y unas cuantas maldiciones. Un auto que iba detrás de él se vio obligado a meterse en la acera para no chocar con el taxi.

Inmediatamente el conductor y un policía bajaron del otro auto, que era un coche particular.

-¿Qué estaba usted haciendo?- preguntó el policía.

-Torcía a la izquierda - contestó Vincent.

-¿Y dónde tenía la mano?

-Ya la saqué.- contestó Vincent.

El policía se volvió hacia su compañero. -¿Le vio usted sacar la mano?

-No.- contestó el otro-. Me alegra de que me acompañase usted, agente.¡Así se habrá dado cuenta de la clase de gente que son estos taxistas. No parece sino que la calle esté solamente hecha para ellos. ¿Por qué no le detiene?

El policía contempló fijamente a Vincent. Parecía lamentar que no hubiese ocurrido un accidente y andaba buscando algún motivo para detener al joven.

-Muéstreme su permiso de conductor y demás documentos - ordenó.

Vincent buscó en los bolsillos del uniforme. Tenía la esperanza de encontrar en ellos los documentos que le exigía el policía. Pero sin duda no se previó ningún accidente, pues en los bolsillos del uniforme el joven no encontró absolutamente nada.

Mientras buscaba oyó exclamar al policía: -Echemos un vistazo a la carátula de ahí dentro.

-¿Se refiere usted a mí?-preguntó irritado Johnny el "Inglés".

-No. Me refiero a la fotografía de ese idiota que conduce el taxi. Pero si quiere, también le miraré a usted. ¿Cómo se llama?

-Mi nombre es Harmon.- contestó el pasajero,- pero la mayoría de mis amigos me llaman Johnny el "Inglés".

El policía levantó la cabeza. -¡Hombre, Johnny el "Inglés"!

-Sí, ¿qué pasa?

-¿El propietario de los restaurantes?

-El mismo. También conozco algunos de los gordos del Cuerpo.

-Ya tengo noticias de eso. Dígame qué quiere que haga con ese idiota de chófer.

-Déjele que me lleve a casa, primero. Hemos perdido no sé cuánto tiempo ya.

El policía se echó a reír.

-Vamos, ponte en marcha, el señor quiere que le lleves a casa esta noche.

-¿No le detiene usted? - preguntó irritado el propietario del otro auto.

-No se preocupe y olvide el accidente.- replicó el policía.

Vincent puso en marcha el auto y se alejó rápidamente. La intervención de Johnny el "Inglés" fue providencial. El joven rogaba al Cielo que no ocurriese ningún otro accidente.

En aquel momento volvieron a sonar los golpes en el cristal.

-Para junto a aquel farol.- ordenó el pasajero. Harry obedeció la orden.

Johnny bajó a la acera y miro fijamente al joven cuyo rostro quedaba claramente visible a la luz del farol del alumbrado público.

-Oye, tú. ¿Es que piensas pasearme por toda la ciudad?-preguntó enojado.

-No, señor- contestó Harry.

-Pues lo parece.

-¿Por qué, señor?

-Porque no pasas dos manzanas sin equivocarte de camino.

Harry Vincent reflexionó rápidamente acerca de la contestación qué debía dar. Por fin decidió que un chófer corriente contestaría:

-Puede que conozca las calles mejor que usted. Soy taxista desde hace muchos años. Y conozco bien mi trabajo.

-Bueno, puede que tengas razón- replicó, medio convencido Johnny-. Quería asegurarme.

-Está bien, señor.

-Además, bajo el aéreo, tuviste un accidente.

-¡Bah! Esas cosas son el pan de cada día de todos los taxistas de Nueva York. No tienen ninguna importancia.

-Bien, sí, pero como luego te has vuelto a enredar, quería asegurarme de que no estabas borracho como una cuba.

-No he bebido ni una copa.

En aquel momento otro taxi se detuvo detrás del de Vincent. Su conductor saltó a la acera para enterarse de la discusión.

-¿Qué pasa?-le preguntó a Harry.

-¿A ti qué te importa? - replicó Johnny, el "Inglés".

-¡Eh, amigo! ¿Desde cuándo nos tuteamos? - replicó agriamente el otro chófer, dirigiendo una amenazadora mirada a Johnny.

Indudablemente, pensó Vincent, el hombre se ponía de parte del que creía un compañero de profesión.

-Perdone lo del tuteo, pero lo que pasa es que este idiota no sabe dónde me lleva. Hace casi una hora que estamos dando vueltas por la ciudad. Nunca me había encontrado con un chófer semejante. Me parece que ni siquiera tiene el título de taxista.

-Enséñalo, compañero.- dijo el otro taxista dirigiéndose a Vincent.

-Sí, ven, enseña tus credenciales- ordenó Johnny.

Harry rebuscó en los bolsillos de la chaqueta, tratando de ganar tiempo.

-No lleva ningún documento-gruñó el pasajero-. Debí dejar que el policía lo arrestase.

Entretanto, el otro taxista miraba atentamente a Harry.

-Me parece que tiene usted razón-dijo-. No parece un chófer corriente. Seguramente debe pertenecer a alguna banda de las que se dedican a robar autos. En estos últimos días han desaparecido unos cuantos.

-Ahora lo sabremos.- gruñó Johnny-. Por ahí viene un policía.

Y agitó una mano, llamándolo. Silenciosamente, Harry quitó los frenos.

Pero Johnny el "Inglés" estaba subido en el estribo. Su rostro, de costumbre sonriente, mostraba ahora una dura expresión. Antes de que el coche se pusiese en movimiento siguió hablando al mismo tiempo que cogía a Harry por el hombro.

-Conque ladrón de autos, ¿eh?- dijo-. Seguramente pensabas llevarme a algún sitio solitario para quitarme todo el dinero.

Por el espejo retrovisor, Vincent percibió la silueta del policía, cada vez más próximo. Comprendió que no podía perder ni un minuto y, volviéndose con toda rapidez, descargó un fuerte puñetazo en la barbilla de Johnny el "Inglés". Este soltó el brazo del joven y antes de que pudiera recobrarse, Harry había ya puesto en marcha el auto, y, dando todo el gas, se precipitó calle abajo.

Por el espejo vio que Johnny el "Inglés" se ponía en pie y gritaba algo que no llegó hasta él. El policía llegó en aquel momento junto al furioso Johnny mientras el otro taxista se precipitaba hacia su auto para dar caza al fugitivo.

Pero cuando, consiguió poner en marcha el auto, Harry Vincent se había perdido ya por las solitarias avenidas, en dirección al Garaje Excélsior.

Uno de los mozos del garaje abrió la puerta para dejar entrar al joven, quien dirigió su auto al lugar donde lo encontró y a toda prisa, cambió el traje de chófer por el de calle, un poco arrugado por el sitio donde estuvo metido.

Después de ordenar que limpiasen el auto, salió del Excélsior y en otro taxi se dirigió al hotel Metrolite.

En el mismo instante en que se metía en la cama, sonó el timbre del teléfono.

-¿Es usted el señor Vincent?-preguntó una voz.

-Sí, yo mismo.

-¡Gracias a Dios! No sabía dónde estaba usted. Quería decirle que la radio que llevó esta tarde a casa de aquel cliente, no funciona. El hombre dice que le han estafado. ¿Dónde podrán cambiársela?

Vincent repasó las palabras que fueron remarcadas.

¿Dónde llevó aquel hombre?

Con todo cuidado el joven dio la dirección del alojamiento de Johnny el "Inglés".

-Muchas gracias - contestaron al otro extremo del hilo, y un chasquido indicó que la comunicación había terminado.

Harry se asomó a la ventana del cuarto y mientras contemplaba los rascacielos neoyorquinos, tarareó una canción. La noche había sido muy emocionante.

¡Qué poco le faltó para ir a la cárcel echando por tierra los proyectos de La Sombra! ¡Quién diablos sería aquel Harmon, conocido por la gente del hampa con el apodo de Johnny el "Inglés"!

Se encogió de hombros. No era aquel el único misterio; hacía muchos días que vivía en plena aventura. ¿Cuál sería la próxima?

Y pensando en todo esto, se durmió.

CAPÍTULO XXIII
EL TRABAJO DE JOHNNY EL "INGLES"

Johnny el "Inglés" llegó a la casa donde se hospedaba maldiciendo aun al chófer del taxi que había tomado. Aunque no pudieron tomar el número de la matrícula del auto, Johnny recordaba bien el rostro de Harry Vincent y estaba seguro de poder saldar algún día las cuentas pendientes con el joven y devolverle con creces el puñetazo recibido.

Al entrar en su habitación, encontró una carta y se apresuró a abrirla. Una sonrisa le iluminó el rostro. Indudablemente, las noticias eran muy agradables.

Al terminar de leerla la rompió y quemó los pedazos en un cenicero.

Después abrió la ventana y tiró a la calle las cenizas. Seguidamente sentóse a la mesa que ocupaba uno de los rincones del cuarto, y murmuró en voz alta el contenido de la carta.

"Confío que esta noche quedará todo arreglado. El sábado por la noche, a las ocho, podemos reunirnos. Si ocurriese algún cambio le avisaría el sábado por la mañana."

La reunión tenia pues que celebrarse, dos días más tarde.

-La cosa va bien- murmuró Johnny el "Inglés"-. El viejo se explica, al fin. Las ocho de la noche. Esto me permitirá estar a las once en casa de Wang Foo.

Calló unos instantes y a continuación sacó papel y pluma y redactó una breve respuesta.

"Me alegro de que el trabajo toque a su fin. Le veré de acuerdo con sus instrucciones. Lo he dispuesto todo con mí representado y estoy deseando que se realice la operación."

Esta es la traducción de lo que escribió Johnny el "Inglés". El hombre no escribía en clave, pero sus garabatos eran algo más indescifrables y la ortografía brillaba tanto por su ausencia, que no nos hemos atrevido a presentarla a nuestros lectores. La nota era breve, pero exigió a su autor un tiempo extraordinariamente largo.

A continuación metió lo escrito en un sobre, garabateó la dirección del destinatario, trabajo que le llevó más de media hora, y después de franquearla, salió a echarla en uno de los buzones de la calle.

Cuando regresó, cerró la puerta, con todo cuidado, sentóse otra vez ante la mesa, y quedóse pensativo.

-Mal gusto el de aquel chófer- murmuró-. ¿Quién diablos sería? ¿Se habrá olvidado de la dirección que le di? Tendré que ir con cuidado estos dos días que faltan para el sábado.

"Wang Foo es un chino muy listo. Tiene razón al decir que hay que ir con pies de plomo.

De pronto el hombre se interrumpió y escuchó atentamente. Le había parecido oír un chasquido en la puerta de la calle. Se levantó y bajó al recibidor. Aunque no había ninguna luz encendida, e1 resplandor de los focos del alumbrado público penetraba por las ventanas que se abrían a los dos lados de la puerta rechazando hacia los rincones las espesas tinieblas.

Johnny el "Inglés" se acercó a la puerta de la calle. Estaba cerrada, pero la cerradura era de modelo anticuado y nada segura. De pronto le pareció advertir un movimiento en un lugar donde las tinieblas eran más densas.

A pesar de no ser un hombre imaginativo tuvo la impresión de que no estaba solo en el recibidor. Un poco nervioso echó el cerrojo a la puerta y se apresuró a subir a su cuarto. A mitad de camino le pareció volver a notar un movimiento en el vestíbulo.

Una sombra más densa que las demás pareció cambiar de sitio. Siguió subiendo, y, al detenerse un momento, oyó con toda claridad, unas pisadas.

Alguien le seguía. Sin embargo, la escalera aparecía desierta. Haciendo un esfuerzo, Johnny el "Inglés", reflexionó. Y reflexionó inteligentemente.

El invisible visitante, si existía, sólo podía haber entrado en la casa con dos intenciones, robar, o espiar. Ante la primera posibilidad Johnny sonrió burlonamente. Trabajo le daba él al ladrón más astuto. En cuanto al espía...

Era distinto. Para espiar no es necesario acercarse y al espía más listo, si se le da ocasión, se traiciona él mismo.

Satisfecho de su agudeza y madurando un proyecto, Johnny el "Inglés" penetró en su cuarto. Sentóse a la mesa del rincón, de espaldas a la puerta, claramente visible por el agujero de la cerradura y sacando una hoja de papel se puso a escribir una serie de frases sin sentido, mientras silbaba el estribillo de una canción popular.

De pronto dejó de silbar y permaneció callado unos instantes. Después reanudó el silbido para interrumpirlo al cabo de un minuto y reanudarlo inmediatamente, Y así sucesivamente, durante un cuarto de hora. En uno de estos intervalos, Johnny creyó oír un leve ruido.

De haberse vuelto repentinamente hubiera podido ver que el tirador de la puerta se movía. Pero Johnny no deseaba volverse, estaba haciendo otro juego.

Mentalmente veía abrirse la puerta poco a poco, centímetro a centímetro, hasta alcanzar la abertura suficiente para dejar paso al cuerpo de un hombre; en seguida la veía cerrarse de nuevo.

No se movió de la mesa, siguió silbando y escribiendo hasta que con un gruñido de disgusto rasgó lo escrito, se levantó y después de retirar la silla en que estaba sentado, recorrió con la mirada los rincones de la habitación, sumida en la oscuridad, pues sólo la lamparilla de la mesa estaba encendida.

Al regresar de la calle, Johnny echó su abrigo sobre una silla, ¡la sombra de esta silla, al proyectarse en el suelo, era más larga que de costumbre!

Para muchas personas, una sombra es motivo de miedo. Para otras lo es de risa. Pero para Johnny el "Inglés" la sombra que percibían sus ojos sólo tenía un significado: ¡La presencia de un ser humano!

Súbitamente recordó las conversaciones de algunos de los hampones que acudían a su restaurante de Tenderloin: ¡La Sombra!

Estas dos palabras aparecieron terriblemente agrandadas ante los ojos de Johnny. Recordó que antes de caer acribillado a balazos por sus compañeros,

un pistolero llamado Croaker exclamó: -¡La Sombra!

Dominando el leve temblor que le asaltara, Johnny el "Inglés" siguió adelante con su Proyecto. Dejóse caer de nuevo en la silla que ocupó ante la mesa y cogiendo la pluma y otro papel empezó a escribir:

«Muy señor mío: Esta noche he recibido su carta. Me extraña que necesite aún otra semana, o más, y que me diga que no vaya a su casa hasta dentro de ocho días. En vista de cómo se ponen las cosas, mañana, o el sábado, saldré de Nueva York. El próximo jueves regresaré en busca de noticias suyas."

El hombre dejó de escribir y se rascó la cabeza con ambas manos, como reflexionando en lo que debía añadir. En seguida se puso en pie, acercóse a la ventana, levantó la cortinilla y miró hacia la calle.

Pasados unos tres minutos volvió a la mesa, dirigiendo una furtiva mirada al suelo.

¡La sombra de la silla con el abrigo ya no era la misma! Había recobrado su tamaño natural. ¡En cambio, junto a la cama, velase otra sombra larga e irregular.!

Sin volver la cabeza, Johnny el "Inglés" se sentó a la mesa y reanudó la escritura:

"He visto a mi representado y no me comunicaré con él hasta que tenga noticia de usted. Aprovecharé esos días para atender mis restaurantes ambulantes." Johnny Harmon."

Terminada la carta, el hombre se levantó, bajó la cortina de la ventana. Y dirigió una mirada al suelo. ¡La sombra seguía proyectándose allí, pero no en el mismo sitio que antes, sino unos centímetros más allá¡

Sentándose otra vez al escritorio, Johnny simuló meditar, frunciendo el entrecejo. Por fin debió de tomar una decisión, pues sacando un sobre metió en él la carta que acababa de escribir.

Luego carraspeó, fingió que iba a levantarse, y, con toda rapidez, escribió la dirección en el sobre, lo franqueó y lo guardó en un bolsillo.

Indudablemente nadie habla podido ver la dirección que escribió en el sobre.

Enseguida cogió el abrigo y el sombrero, salió del cuarto y bajó a la calle.

Sin mirar hacia atrás, encaminóse al buzón cercano en el cual echó la carta.

Cuando volvió a su casa, las sombras parecían haber aumentado. En todos los rincones Johnny el "Inglés" creía ver brillantes ojos cuyas miradas se clavaban en él. Esta sensación de ser espiado no le abandonó hasta llegar a su dormitorio.

Ante todo examinó detenidamente la habitación, después de bajar la cortinilla de la ventana. Colocó el sombrero y el abrigo en la misma silla que antes y observó con gran atención la sombra que proyectaba todo ello.

Luego revisó todas las sombras que tenían su morada en el dormitorio.

Ninguna tenía forma irregular; todas eran de ángulos rectos, proyectadas por muebles y objetos.

-¡La Sombra! – murmuró-. Puede que exista ese personaje. Quizá haya estado aquí. Es posible que hasta leyese mi segunda carta.

Una áspera risa brotó de la garganta de Johnny el "Inglés".

-¡Ojalá la hubiese leído!-continuó-. Si sabía a quién iba dirigida, mejor. Y si no lo sabía, no es fácil que lo descubra.

De uno de los bolsillos de la chaqueta, sacó el sobre que guardara diez minutos antes. Lo rasgó en menudos fragmentos y como había hecho con la carta recibida, quemó los papeles en el cenicero. Hecho lo cual, apagó la luz, abrió la ventana y tiró a la calle las negras cenizas.

Realmente, Johnny el "Inglés" era un hombre inteligente. En el buzón eché otra carta... una carta sin importancia, dirigida a uno de sus proveedores, que se había olvidado de echar en su anterior salida.

CAPÍTULO XXIV
UNA VISITA A BINGHAM

Harry Vincent regresó a "Las Armas de Holmwood". A la mañana siguiente de su aventura taxista visitó al señor Arma y le explicó los detalles de lo ocurrido la noche anterior.

El agente de seguros le comunicó las instrucciones recibidas de La Sombra.

Debía regresar a Holmwood y vigilar los movimientos de la familia Laidlow y los de Ezekiel Bingham. Tan pronto como consiguiese algún detalle importante podía regresar a Nueva York.

La expedición de Vincent fue coronada por el más franco y rápido éxito.

Llegó a Holmwood antes del mediodía, deteniéndose en el estanco próximo a Correos. Hasta entonces las conversaciones que escuchó carecieron por completo de interés, pero aquel día dio con una inagotable fuente de informes, al escuchar lo que hablaban dos viejos desocupados.

-He oído decir que ayer se marcharon los Laidlow. -dijo uno de los viejos.

-Sí-replicó el otro-. El secretario, aquel muchacho llamado Burgess, les acompañó. Creo que se han ido a la Florida.

-¿También se han marchado los criados?

-Todos. No queda ni una rata en la casa.

-¡Es extraño que la dejen así!

-¿Por qué? No hay nada de valor allí, ahora.

-¿Y los muebles?

-Están seguros. Tienen un hombre vigilando todo el día. Además, los ladrones no tienen costumbre de visitar las casas por donde ha pasado un compinche. Nunca descargan dos veces sobre el mismo sitio. Son como el rayo, ¿entiendes la comparación?

-Sí, está muy bien. ¿Y qué más sucede?

-Me han dicho, también, que el viejo Bingham marcha del pueblo.

-¿Adónde va?

-No lo sabe nadie. Cada dos meses se marcha algún tiempo afuera. Va en su auto.

-¿Solo?

-Siempre va solo.

-Es verdad. ¿Deja a Jenks en la casa?

-Desde luego. Ayer noche vi al criado en el pueblo.

-Creí que nunca salía de casa cuando el viejo está fuera.

-No está mucho rato fuera. Creo que el viejo no sabe nada de esas salidas. Va a ver a su novia y la acompaña hasta la estación. Ella toma el tren de las ocho y diez.

-¡Cómo¡ ¿Que Jenks tiene una novia?

-¡Claro! La empleada de la droguería. Se encuentran a las ocho, que es cuando ella sale del trabajo. Como te he dicho, él la acompaña a la estación.

-¡Esta sí que es ¡ ¡Jenks con novia ¡

-Pero no es un noviazgo fácil. El viejo Bingham no le deja salir casi nunca. Por eso cuando está fuera, el criado se aprovecha. Pero no creas que está mucho rato ausente. Unos tres cuartos de hora.

Aquí terminó parte de la conversación que tenía interés para Harry Vincent.

Inmediatamente corrió a "Las Armas de Holmwood" subió a su auto y se dirigió a la ciudad, a entrevistarse con el señor Arma.

El agente de seguros envió al instante una comunicación al señor Jonás.

Esto sucedía a las dos de la tarde. Cuando a las tres y media Harry volvió al despacho, una cajita sellada y una carta le esperaban.

-Métase la caja en un bolsillo-le dijo el señor Arma-. Vuelva a Holmwood y si es posible amplie los informes que ha obtenido. En cuanto a la carta, léala a las siete y media en punto, en su habitación.

Obedeciendo las instrucciones de La Sombra, comunicadas por boca del agente de seguros, Vincent regresó a Holmwood y logró asegurarse de que la familia Laidlow había marchado a La Florida y que su casa estaba vacía. Pero de la ausencia de Bingham no pudo obtener ninguna confirmación.

Cuando el reloj del joven marcó las siete y media, abrió la carta.

Estaba escrita en la consiguiente clave, y una vez descifrada decía:

"Vigile inmediatamente la casa de Bingham."

"Cuando Jenks se haya marchado, empuje la puerta."

"Si está abierta, entre y suba al despacho del primer piso."

"Conecte la radio y busque la emisora W. N. X.`

"Abra la cajita que le han entregado y extienda su contenido sobre la mesa."

"Escuche el programa ofrecido por el Dentífrico Moderno."

"Anote las palabras que el locutor pronuncie con más fuerza."

"Siga las instrucciones que recibirá por tal conducto, y cuando haya terminado salga de la casa.."

"Diríjase a su habitación del Metrolite, y espere noticias."

"Importante: Si Jenks no sale, o si la puerta está cerrada, déjelo por esta noche."

Vincent releyó varias veces el contenido de la carta hasta que quedó solamente el papel en blanco. Abandonó la posada y dirigióse a la casa de Bingham.

El reloj marcaba las ocho menos cuarto cuando llegó frente a la morada del abogado. No tuvo que esperar más que un minuto. Un hombre salió de la casa y emprendió el camino del pueblo. Vincent supuso que era Jenks, el criado del viejo Bingham.

Dejó pasar unos minutos y cuando, Jenks estuvo ya a una distancia respetable, cruzó la carretera y empujó la puerta de la casa, que se abrió suavemente. Jenks debió olvidarse de cerrarla. Tanto el vestíbulo como la escalera estaban cubiertos con una gruesa alfombra.

Sin ningún tropiezo Vincent llegó al despacho del abogado. La habitación estaba a oscuras, pero el joven encontró una lamparita sobre la mesa escritorio y la encendió. El despacho del abogado era muy pequeño.

Contenía una mesa, una estantería con libros y un aparato de radio colocado sobre una mesita a propósito. En un rincón veíase una puerta cubierta con una plancha de acero.

Eran las ocho menos diez. Harry dio vuelta al interruptor de la radio y fue girando el botón hasta que llegó la emisora W. N. X., que reconoció por la comedia que radiaban, una de las de más éxito en Broadway.

El joven sacó la cajita que guardaba en el bolsillo, rompió los sellos y sacó tres objetos.

El primero era una extraña llave; nunca había visto Vincent una llave igual.

El segundo era una botellita con tapón a rosca. La destapó y vió que, unido al tapón, iba un palito con una esponja al final, indudablemente estaba allí para algún fin determinado. Sin duda se lo comunicarían por radio.

El tercer objeto era un pequeño bloc con un lápiz unido a él. El fin a que estaba destinado era evidente. Vincent debería anotar en él las comunicaciones. La Sombra no olvidaba nunca nada.

Sentándose sobre la mesa. Harry aguardó que terminase la comedia. El tono del aparato estaba muy bajo, a fin de que no se oyese desde la carretera. A las ocho en punto debía terminar la retransmisión y faltaban ya solamente cinco minutos. Por fin, en algún punto de la casa un reloj dio las ocho. Las sonoras campanadas, despertando dormidos ecos en la inmensidad del vacío caserón, sobresaltaron a Vincent.

El programa del Dentífrico Moderno estaba a punto de empezar. Harry tenía el lápiz en la mano. ¿Qué diría el locutor? La expectativa se unía a la nerviosidad.

Por fin habló el locutor. Aquella voz no era la de siempre. Vincent habíase entretenido muchas noches escuchando el programa del famoso dentífrico y era la primera vez que oía al anunciador aquel.

Apenas empezó a hablar, Vincent notó que el hombre pronunciaba con cierto énfasis algunas palabras. ¡El locutor de la W. N. X. estaba radiando un mensaje que sería escuchado por millones de personas y que, sin embargo, sólo entendería él, Harry Vincent¡

Rápidamente, el joven escribió:

-¡Abra los oídos, señor radioyente! Permítame que le recuerde que la enfermedad está en la puerta de su casa. Más de una vez habrá dicho usted: "Yo tengo dientes de acero. ¡Conmigo no pueden la piorrea y demás enfermedades bucales¡" Está usted en un error, y con esa creencia suya proporciona la llave de entrada de su casa a los gérmenes de la piorrea y de las caries. ¿Si tuviera usted un millón de dólares, dónde los guardaría? En una caja de caudales, ¿verdad? Y aun haría más, la tendría oculta en un sótano muy profundo, ¿no? Y no diría a nadie cuál era la combinación. Esto es muy lógico. Pero usted, padre de familia que me escucha y a quien dirijo estas palabras, no tiene, ni espera tener, el millón de dólares que harían su felicidad, y la mía si fuera yo quien lo tuviese, que también lo deseo. Pero en cambio tiene usted un inapreciable tesoro que ningún millonario podría comprarle: una boca sana. Sana, si no se empeña en creer que tiene dientes de acero. ¿Quiere conservar esa dentadura y quiere que sus hijos crezcan con unos dientes de marfil? Escuche, pues, lo siguiente:

"Seis mil cuatrocientos treinta y siete dentistas recomiendan nuestros incomparables productos, que ocupan el número uno entre los dentífricos mundiales. Ponga su confianza en ellos, y siga sus instrucciones para el uso de nuestra combinación de dentífricos: Primero enjuáguese la boca en el Líquido antipiorrífico Moderno; luego extienda un centímetro de pasta dentífrica Moderna sobre el cepillo, que no deberá estar húmedo, y frote vigorosamente los dientes y encías. Nada más. Con este sencillo procedimiento, mantendrá sana su boca y desaparecerá también la halitosis, o fetidez de aliento.

"Todo paquete de dentífrico o elíxir Moderno va sellado y en su interior encontrará una tarjeta. Envíela a estación y a vuelta de correo recibirá un ejemplar de nuestro folleto: "Dientes sanos, cuerpo sano." Si algún amigo de usted no ha probado aún nuestros productos y siente interés por ellos, dígale que copie en una tarjeta postal el contenido de la que va en los paquetes de pasta o elixir y a vuelta de correo también recibirá el mismo folleto y algunas muestras.

"A continuación, señores radioyentes, oirán algunos números de baile interpretados por la orquesta de color "Los caníbales modernos". ¡Si vieran ustedes qué dientes tienen los

niñitos estos! ¿Saben ustedes por qué? Pero no es necesario que se lo diga. Todos lo habrán supuesto ya."

Las alegres notas de un fox cortaron la palabra al locutor. Harry bajó el tono de la radio y leyó la palabras que había escrito:

"Abra la puerta de acero con llave caja de caudales oculta combinación es seis cuatro siete uno ponga líquido sobre sellado copie números."

Vincent comprendió inmediatamente el significado de la combinación. En consecuencia, cogió la extraña llave, acercóse a la puerta de acero, la metió en la cerradura y abrió la puerta que ocultaba la caja de caudales.

El disco de la combinación le desconcertó un poco. ¿En qué dirección debía girarlo? ¿De derecha a izquierda? Lo probó y un minuto después la caja se abría suavemente.

A continuación debía encontrar el sobre sellado. La caja contenía muy pocos papeles. Al cabo de un momento encontró tres sobres, los tres sellados.

Cogió el que le pareció tener los sellos más recientes. Después de una corta reflexión se acercó a la mesa, y, destapando la botellita, pasó la esponja por encima del sobre. El líquido se extendió rápidamente y el sobre se hizo transparente. En su interior veíase en primer término una hoja de papel llena de cifras. Vincent supuso en seguida que se trataba del original de la copia que el abogado entregó a Elbert Joyce.

Cogió el bloc y copió el contenido de la hoja:

"750-16; 457-20; 330-5; 543-26; 605-39; 608.1; 457-20; 38^14 840-28; 877-27; 101-33; 872-21; 833-13."

Repasó la lista para asegurarse de que estaba bien copiada. Al terminar advirtió que el papel se hacia, por momentos, menos legible.

Después de guardarse el bloc en un bolsillo, Harry metió en la caja los documentos que había sacado de ella. El sobre estaba ya completamente seco sin que se viera el menor rastro del líquido que lo hizo transparente.

Cerró la caja de caudales, la puerta de acero, y, enseguida, recorrió todos los objetos de su pertenencia. Después cerró el interruptor de la radio, volviendo a dejarla en el mismo número del cuadrante que ocupara anteriormente.

Acto seguido, sin perder ni un segundo, salió del despacho. El reloj marcaba las ocho y dieciocho minutos.

Al poco rato de haber salido de la casa, oyó unos pasos rápidos en la carretera. Sin duda, Jenks se daba cuenta de que tampoco podía perder ni un minuto. Desde que estaba al servicio de La Sombra, Vincent no se había extrañado tanto como al oír al locutor de la W. N. X. enviarle el mensaje de su jefe, ¿Sería acaso la misma Sombra?

Al recordar los números que acababa de copiar, pensó que no era extraño que Ezekiel Bingham se hubiese dado por vencido. Al mismo tiempo se imaginaba a Elbert Joyce tratando de resolver el problema que representaban.

¿Lo habría conseguido el experto en criptogramas y palabras cruzadas? En fin, pronto el extraño documento estaría en manos de La Sombra y Joyce se encontraría en pugna con un digno rival.

Al llegar a "Las Armas de Holmwood", Vincent se dirigió al garaje, subió en su auto y se dirigió a Nueva York. Lo que restaba por hacer no podía ser más sencillo. Ir al Metrolite y esperar nuevas instrucciones.

-Durante dos horas me veré libre de aventuras- murmuró mientras avanzaba por la carretera, - pero luego, seguramente habrá emociones más que sobradas.

En esto tenía razón, pues antes de que transcurriesen siquiera las dos horas, las aventuras y emociones se cruzarían de nuevo en su camino.

El luminoso letrero de un surtidor de gasolina le recordó que tenía casi vacío el depósito. Metió el coche bajo la marquesina y ordenó al encargado que llenase el depósito. Cuando hubo terminado, tendióle un billete de veinte dólares.

El mecánico movió la cabeza.

-No tengo cambio, señor. ¿No tiene usted un billete más pequeño?

Harry rebuscó en los bolsillos. Solo otros dos billetes de veinte dólares.

-Yo iré a cambiarlo-dijo el encargado.

-Corra, dése prisa.

-Perdóneme un momento, espera otro auto. Antes de ir a buscar el cambio tendré que llenarle el depósito.

-¿Dónde hubiese ido a cambiar?

-Allí, en aquel restaurante ambulante.

Vincent miró adonde le indicaba el mecánico.

-Bueno, si le parece iré yo mismo. Entretanto, vigile mi coche.

-Muchas gracias, señor. Dígales que va de parte de Fred. De lo contrario, no le cambiaran.

Vincent corrió al restaurante, abrió la puerta y dirigióse al encargado que, junto con otro camarero estaba de pie detrás del mostrador. Sentados ante él, en altos taburetes, veíanse varios hombres.

-¿Tiene cambio de un billete de veinte?-preguntó Vincent-. Me envía Red.

-Ahí va.

Harry contó los billetes, se los metió en el bolsillo y fue a salir. En el momento en que ponía la mano en el tirador de la puerta, ésta se abrió violentamente y Harry se encontró frente a frente de Johnny el "Inglés".

CAPÍTULO XXV
UN AMIGO EN PELIGRO

Harry se apartó a un lado para dejar paso a Johnny.

El joven tenía la esperanza de escapar sin que el otro le reconociese. Hacía menos de veinticuatro horas que ocurriera el suceso del taxi, pero Vincent ya no llevaba la gorra y el traje de uniforme con que Johnny le vió.

La atención de éste fue requerida un momento por los alegres saludos de los ocupantes del restaurante.

-¡Hola, Johnny!-gritó uno-. Me enteré de que esta noche te dejarías caer por aquí.

-¡Hola, muchachos ¡-replicó el recién llegado-. He venido a ver cómo van los negocios.

El hombretón entró en el comedor y en el mismo instante, Harry se escurrió por la puerta, pero con tan mala suerte, que empujó a Johnny.

-¡Eh, amigo!-gruñó éste-. ¿ Por qué tanta prisa? ¿Se le escapa el tranvía?

Cogió a Harry por un brazo y le hizo volverse.

-¡Hombre! ¡Precisamente es el tipo que andaba buscando!-exclamó.

-¿Qué está usted diciendo?

-No te hagas el tonto. Eres el chófer que ayer noche quiso atracarme.

Harry forzó una carcajada.

-No le entiendo-dijo.

-Ayer noche guiabas un taxi.

-Está usted en un error.

-¿De veras? ¡Pues no lo estoy!

Más que pronunciarlas, estas últimas palabras Johnny el "Inglés" pareció ladrarlas. Indudablemente buscaba camorra, Harry hizo un esfuerzo por librarse de la mano del hombretón.

-No te escaparás tan fácilmente -dijo Johnny el "Inglés".

-¿De dónde?

-De aquí. Ayer noche planeaste una mala pasada y hoy procuraré quitarte las ganas de esos jueguecitos.

Todos los clientes se adelantaron. Se les veía unánimemente de acuerdo con Johnny el "Inglés".

Harry comprendió que la única salvación posible estaba en escapar del restaurante, pero los demás, adivinando sus intenciones, se precipitaron hacia la puerta para cortarle el paso con sus corpachones.

-Pero, ¿qué significa todo esto?- preguntó Harry, siguiendo su comedia.

-Pronto lo sabrás. Te voy a dar tantos golpes, que ni tu propia madre te reconocerá cuando vuelva a verte.

-Si me pone la mano encima, le pesará.

-Ja, ja, ja! ¿Habéis oído al hombre terrible? ¿Me harás mucho daño, monín?

Una carcajada general acogió las últimas palabras de Johnny el "Inglés".

-Atízale fuerte, Johnny.- dijeron algunos-. Estamos todos a tu lado.

-Voy a ser generoso permitiendo que lo ablandéis vosotros antes.

Harry apretó los puños con rabia. Cualquiera de aquellos hombres podía deshacerle de un puñetazo. Realmente, las oportunidades de escapar eran muy pocas.

Los dos hombres que estaban detrás del mostrador, acodados sobre el mármol, contemplaban la escena. Corrientemente, las peleas estaban prohibidas en los restaurantes aquellos, pero Johnny el "Inglés" era el amo y si quería dar gusto a los puños estaba en su derecho.

Harry comprendió que no tenía más remedio que luchar. Pegaría unos cuantos puñetazos antes de que le tumbasen sin sentido. Y sin reflexionar más se lanzó sobre Johnny y le descargó un puñetazo en la mandíbula.

Pero no era golpe suficiente para aquel gigante y la réplica fue un formidable derechazo que lanzó a Harry contra la pared del fondo del restaurante.

-Ya que lo ha querido, dejádmelo a mí, muchachos-dijo el "Inglés".

Recobrándose del golpe, Harry trató de levantarse, pero comprendió que no lo lograría antes de que el otro descargase el golpe de gracia.

Ya el puño de Johnny se levantaba sobre la cabeza del caído, cuando de pronto, ocurrió una inesperada interrupción.

Uno de los dos camareros del restaurante había salido de su puesto para unirse al grupo que contemplaba tan desigual lucha. Y fue él quien se interpuso entre Johnny el "Inglés" y su víctima.

Era un hombre de mediana estatura, de cuerpo bien proporcionado. Su rostro expresaba decisión. Era moreno, de un tinte extraño y parecía haberse untado con aceite las partes visibles del cuerpo, o sea cara y manos.

Johnny el "Inglés" le miró asombrado.

-¿Qué buscas aquí? –preguntó-. Márchate antes de que se me suba la mosca a la nariz.

-Deje tranquilo a ese hombre;- dijo el camarero señalando a Harry.

Johnny se volvió hacia el otro camarero.

-Oye, Bill –preguntó-. ¿Quién es este tipo? Es la primera vez que le veo.

-Es nuevo, ha venido a sustituir por unos días a Pete, que está enfermo.

-¿Ah, sí? Pues despídele esta misma noche.

Y de nuevo Johnny se volvió hacia el hombre que se interponía entre él y Harry Vincent.

-Yo soy el amo. ¿No lo sabía usted?

-Mi amo, no.

-Soy el propietario de este restaurante, ¿me entiende?

-Pero no el mío.

El "Inglés" apartó a un lado al camarero.

-Tomadlo, muchachos.- dijo dirigiéndose a los demás hombres-. Si trata de resistir, hinchadle a golpes.

Y Johnny dirigió otra vez su atención a Vincent. Levantó la mano derecha...

Pero un puñetazo que chocó con sordo ruido contra su mandíbula le hizo desplomarse sobre el mostrador.

Siguió un barullo formidable. Se rompieron cristales, sillas, oyéronse maldiciones. De entre la oscura masa de cuerpos destacábanse unos brazos enfundados en las mangas de una chaqueta blanca, los cuales descargan fuertes y eficaces golpes en todas direcciones.

Harry logró levantarse por fin, y trató de ayudar a su defensor. A falta de mejor arma, cogió un taburete que estaba en el suelo y lo estrelló con toda su fuerza sobre la cabeza de uno de los atacantes.

El grupo de luchadores se deshizo. Tres de ellos aparecían inmóviles en el suelo. Los demás retrocedieron ante el formidable empuje del camarero que los acorraló en un rincón del carromato.

Harry abrió la puerta y corrió a la calle.

-Prepare su auto-le gritó el providencial camarero-. Lo necesitamos.

Johnny el "Inglés" se puso en pie y se lanzó sobre el de la chaqueta blanca.

Harry corrió hacia el garaje, pero no se había alejado aún seis metros, cuando oyó un ruido sordo, que conmovió el restaurante. Johnny acababa de caer cuan largo era sobre el entarimado suelo, arrastrando en su caída los platos y vasos que no habían caído en el primer encuentro.

En cuatro saltos, Vincent llegó hasta donde estaba el coche, entregó un billete de cinco dólares al asombrado mecánico y poniendo el auto en marcha se dirigió al carromato. Hasta él llegó de nuevo el ruido de una lucha.

El joven, dejando el motor en marcha, abrió la puerta del restaurante.

El camarero luchaba todavía con dos compinches del "Inglés". De pronto, el encargado del restaurante sacó un revólver y encañonó con él a su ex ayudante. Pero antes de que pudiera levantar el percursor, el extraño camarero se precipitó sobre él, le arrancó el arma de las manos y le pegó un culatazo entre las cejas. El encargado cayó antes de darse cuenta de lo ocurrido.

Libre ya el camino, pues los otros dos luchadores hacían lo posible por no atraer la atención del terrible desconocido, éste salió a la calle, y empujando a Harry hacia el auto, se sentó junto a él.

En el momento en que el auto se ponía en marcha, abrióse la puerta del restaurante y tres hombres, uno de ellos Johnny el "Inglés", salieron armados de palos, restos de las sillas y taburetes del movible establecimiento.

Pero las fuerzas al servicio de La Sombra habían ganado de nuevo la batalla.

CAPÍTULO XXVI
UNA CARRERA A VIDA O MUERTE

-Dé más gas.- ordenó el asombroso compañero de Harry-. Nos siguen en auto.

Mientras apretaba el acelerador, Vincent se maravillaba de la fantástica fuerza del hombre que estaba a su lado. El solo, pues en la lucha Harry no contó apenas nada, venció a ocho contrincantes, cinco de los cuales estaban sin sentido para rato.

En el reducido espacio del restaurante, las armas de fuego eran un peligro para todos; por eso, sólo al final, uno de los pistoleros se decidió a sacar su Colt. Pero ya en plena marcha, por las calles solitarias, las armas de los perseguidores eran un verdadero peligro para los perseguidos.

El motor del auto de Vincent ronroneaba rítmicamente. Era un coche pesado, seguro, construido para alcanzar grandes velocidades. Gracias a su peso, podía tomar las curvas casi sin disminuir la marcha y sin peligro de vuelco.

Pero el coche perseguidor iba ganando terreno. Harry sólo podía imaginarse lo que hacía su compañero, pues toda su atención estaba concentrada en la ancha cinta de asfalto que se extendía entre los campos de las afueras de Nueva York.

El providencial ayudante del joven miraba constantemente hacia atrás.

El coche perseguidor era, sin duda, uno de esos poderosos Lincoln adoptados por la Policía neoyorquina y de otras ciudades de los Estados Unidos. Ningún otro auto de fabricación americana hubiera podido aventajar al que guiaba el joven.

Por el espejo retrovisor comprendía el joven el progresivo avance de los perseguidores. Al cabo de varias millas de veloz recorrido, oyendo cada vez más próximo el motor del Lincoln, llegaron a un cruce de carreteras.

Era forzoso aminorar la terrible velocidad del automóvil, pero, al hacerlo, daría oportunidad a los gángsters de acercarse más, quedando entonces a merced de sus armas. Para evitarlo, Vincent viró a la derecha, sin apartar el pie del acelerador, y, dominando el patinaje lateral de las ruedas traseras, siguió por el nuevo camino, que no sabía dónde conducía.

De cuando en cuando se cruzaba con otro auto, cuyo conductor lanzaba unas cuantas maldiciones, que interrumpían el paso del otro bólido.

Gracias a su arriesgada maniobra, Vincent consiguió ganarles de nuevo terreno a los gángsters. Pero la solitaria y recta carretera les permitió a éstos aumentar más aún la velocidad, tanto que, poco después, el ruido del motor del Lincoln sonaba a poca distancia del auto de Vincent.

De pronto, un nuevo ruido unióse al estruendo de la carrera. Eran unos estampidos secos, repetidos. Disparos de armas de fuego.

Los movimientos de los dos autos y la distancia que les separaba aún impedían afinar la puntería.

Pero, ¿serían tan torpes los gángsters cuando sólo unos metros separaban los dos vehículos?

Era hora de hacer algo, sin embargo, ¿qué podía hacer el joven?

De repente, su compañero le ordenó:

-Aminore la marcha y tuerza por la carretera que encontrará a la izquierda.

Harry obedeció. Apenas acababa de penetrar en la nueva carretera, su compañero volvió a hablar:

-Métase en ese prado a la izquierda y frene, pero sin parar el motor.

Las ruedas delanteras del coche se hundieron en la húmeda tierra, y enseguida se detuvo.

Un violento chirrido sonó en la carretera. El auto perseguidor acababa de tomar la curva y sus faros iluminaron el desierto camino. Un rugido del motor indicó el aumento de velocidad del Lincoln, el cual, diez segundos después, pasaba frente a los ocultos fugitivos.

Fue entonces cuando Vincent advirtió que su compañero se había despojado de la blanca chaqueta. Hallábase hundido en las profundas sombras del coche. Pero algo brillaba en su mano derecha.

Era un objeto metálico, alargado... En aquel momento sonó un chasquido y, seguidamente, una roja llamarada pareció extenderse hacia el Lincoln. Oyóse un estampido, seguido de otro mucho más ensordecedor, y el auto bólido pareció encabritarse. Durante una fracción de segundo permaneció en el aire, pero enseguida cayó sobre una valla de madera donde permaneció inmóvil.

Las ruedas seguían girando velozmente.

Mientras apretaba de nuevo el acelerador, Vincent se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir. Con una destreza maravillosa, su compañero se había desembarazado de los peligrosos perseguidores. Con el revólver que quitó al encargado del restaurante, disparó sobre una de las ruedas delanteras del Lincoln, reventando el neumático, con lo cual provocó el vuelco del coche.

Pero aun quedaban sus ocupantes provistos, indudablemente, de armas más eficaces que las pistolas.

-Dé toda la marcha y siga carretera adelante. - indicó el desconocido.

Harry obedeció y al pasar junto al auto de los gángsters vió a uno de éstos esforzándose en meter un cargador de cien balas en una ametralladora Thompson. No se había equivocado. Los gángsters se disponían a emplear su arma favorita. Lo extraño era que no lo hubiesen hecho antes.

Loco de pánico, Vincent dio toda la marcha. De pronto, por el espejo retrovisor, vió a lo lejos una serie de llamaradas que describían una línea horizontal. La Thompson acababa de entrar en acción, pero la distancia era demasiado grande para que el fuego pudiera tener eficacia.

No obstante, Vincent hundió todo el acelerador y a una velocidad meteórica tomó una curva, lanzando un suspiro de satisfacción al verse lejos de las balas de la ametralladora, pero el suspiro se trocó instantáneamente en grito de terror. A unos veinte metros veíase un paso a nivel y por la vía, a cincuenta metros se acercaba un tren a toda marcha.

Vincent apretó el freno de pedal y el de mano, aunque sabía que todo era inútil. Instintivamente cerró los ojos, esperando el inevitable choque; pero una mano se apoderó del volante y, torciéndolo bruscamente, dirigió el auto a un lado de la carretera, yendo a chocar con uno de los árboles que la bordeaban. Por fortuna, la velocidad se había aminorado mucho al echar los frenos, por lo cual el choque fue casi insignificante.

Vencido por la emoción, el joven recostóse en el asiento, agotado. Luego notó que su compañero le hacía bajar del auto y cuando recobró la noción de las cosas se encontró sentado en uno de los duros bancos de una estación.

Ante él veíase un tren.

Se levantó y caminó por el andén hasta el final del mismo. Se trataba de una estación de tercer orden. A poca distancia vió un paso a nivel. Por algunos detalles reconoció el lugar del accidente, pero no pudo ver ni rastro del auto.

Sin duda se lo había llevado el hombre que por dos veces le salvó la vida aquella noche.

De pronto se llevó la mano al bolsillo donde guardara el bloc con los números copiados del documento encontrada en la caja de caudales de Bingham. Lo halló, pero la página en que fueron escritas las cantidades había desaparecido.

En su lugar leíase el siguiente mensaje:

"Tren para Nueva York dentro de veinte minutos. Tómelo."

El hombre que le salvó en el restaurante, el hombre que destrozó el auto de los gángsters, y el hombre que se había marchado con su auto era La Sombra, no podía ser otro.

CAPÍTULO XXVII
LA CLAVE ESTÁ RESUELTA

El vigilante de la casa de los Laidlow dirigió el haz luminoso de su linterna hacia los tejes que adornaban el jardín. Largas sombras se proyectaron en el suelo. El hombre estaba ya acostumbrado a tales sombras. Parecían acompañarle durante su ronda.

Enfocó la linterna hacia una de las ventanas. En el interior del edificio reinaban las más absolutas tinieblas formadas por una serie de sombras, producidas por los cortinajes, los muebles y las lámparas.

En el suelo, en el techo, en las paredes. Por todas partes aparecían sombras.

La ventana estaba cerrada, pero como todas las demás de la casa, hubiera dado muy poco trabajo a quien hubiese intentado abrirla.

El vigilante seguía su camino. El foco de su linterna alejaba a su paso las sombras, que iban a unirse a sus compañeras, para precipitarse en seguida sobre la espalda del hombre.

Al alejarse el guardián nocturno, una de aquellas sombras se movió de entre los árboles que la habían cobijado y dirigióse hacia la ventana que minutos antes revisara el vigilante. Oyóse un crujido y los postigos se abrieron lentamente con apagado roce de maderas.

Algo se movía en la casa de los Laidlow; se movía en silencio, invisiblemente. Un ser extraño acababa de entrar en el edificio y, como para saludarlo, la tétrica campana de un reloj de pie dio la una.

De pronto, un rayo de luz rasgó las densas tinieblas de la biblioteca. Las cortinas de la ventana estaban echadas. Desde el exterior nadie podía ver el pálido destello de la luz, que, lentamente, iba recorriendo una de las innumerables hileras de libros que estaban colocados en los estantes que llegaban hasta el techo.

El círculo de luz se detuvo empequeñeciéndose a medida que la linterna aproximábase a un libro que ocupara el penúltimo lugar en el estante, un viejo diccionario, cuyas tapas conservaban señales de infinitas consultas.

Una mano delgada, de uñas puntiagudas y cuidadas, cogió el diccionario.

Inmediatamente se apagó la luz y las, tinieblas, con su cortejo de sombras, regresaron de los rincones a donde fueron relegadas por la luz.

Pasaron unos segundos. El silencio parecía poderse palpar. De pronto, reapareció el foco luminoso, esta vez reflejado sobre la brillante superficie de una mesa de caoba. Una mano, la misma que segundos antes cogiera el diccionario, lo colocó bajo el circulo de luz. Dos hojas de papel quedaron junto al libro.

Una de estas hojas llevaba la siguiente serie de cantidades:

"750-16; 457-20; 330-5; 543-26; 605-39; SOS 1 ; 457-20; 38.14; 840.28; 877.27.. 101 33; 872-21; 838-13."

La otra hoja estaba en blanco.

La mano volvió lentamente las páginas del diccionario, hasta llegar a la 750.

Un dedo fue saltando de palabra en palabra como si las estuviera contando; por fin, se detuvo en la decimasexta.

Era la palabra "Girar".

Inmediatamente, esta misma palabra fue escrita en la hoja de papel en blanco.

Seguidamente, las hojas del diccionario fueron pasando una tras otra, hasta que el afilado dedo se detuvo en la vigésima palabra situada en la página 457, la palabra era: "Parte".

Volvieron a pasar las páginas y poco a poco, la hoja de papel se fue llenando de palabras. Por fin, cuando la decimotercera palabra que aparecía en la página 838 quedó anotada, en el papel, poco antes en blanco, podía leerse:

-Girar parte izquierda marco del retrato a la izquierda y luego hacia arriba.

A las pocas horas de haber copiado Harry Vincent las cifras contenidas en el sobre que encontró en la caja de caudales de Bingham, su secreto había sido ya descubierto.

Los papeles desaparecieron de encima de la mesa y el haz luminoso de la linterna se paseó por las paredes de la biblioteca libres de estanterías, deteniéndose breves momentos en los cuadros que las adornaban.

Indudablemente, la persona que sostenía la linterna no quedó satisfecha, pues la luz volvió a proyectarse en el estante de donde cogiera el diccionario y, acercándose allí, volvió a colocar el libro en su sitio.

Después, guiada por la luz de su linterna, avanzó directamente hacia una puerta que ponía en comunicación la biblioteca con un saloncito.

En las paredes de aquella habitación también había cuadros. El circulo de luz fue pasando de uno a otro; Todos eran paisajes. De pronto se detuvo ante el retrato de un caballero con negro traje y almidonada golilla, sobre cuyo pecho descansaba una enjuta mano.

Era la copia de un famoso cuadro de la escuela española: El caballero de la mano al pecho.

Lo curioso de aquel cuadro era que parecía empotrado en la pared.

La larga y afilada mano del clandestino visitante de la casa de Laidlow, que parecía hermana de la del caballero del cuadro, apareció junto al marco, levantó la parte izquierda y en seguida tiró hacia arriba. Sonó un chasquido y el cuadro, obedeciendo a algún misterioso mecanismo, se abrió como una puertecita, dejando al descubierto una abertura circular en cuyo fondo brillaba el niquelado disco de la combinación de una caja de caudales. La mano misteriosa se acercó a ella, la hizo girar, sonaron los ocultos engranajes, y diez segundos después, la caja estaba abierta.

La linterna proyectó en seguida su luz en el interior. ¡La caja estaba vacía¡.

La luz permaneció clavada allí varios segundos, claro indicio de que detrás de la linterna, un cerebro estaba reflexionando.

Reapareció la mano y cerró la puerta de acero, borró la combinación, colocó otra vez en su sitio el retrato y con un pañuelo de seda limpió las huellas dactilares que pudieran quedar en el marco.

Las tinieblas volvieron. Pasaron cinco minutos. En el saloncito reinaba el más profundo silencio. Por fin, el escritorio de caoba de la biblioteca volvió a reflejar en su brillante superficie el circulo de luz.

Otro papel fue colocado ante el haz luminoso y estas palabras aparecieron lentamente en él, escritas por la mano que minutos antes abriera la caja de caudales:

"Joyce descubrió el significado de la clave. Ayer noche fueron robadas las joyas. Ahora las tiene Bingham. Esto explica su ausencia.

"Johnny el "Inglés" se entrevistará pronto con Bingham. No será esta noche, pero acaso sea mañana o pasado. Lo indudable es que será pronto.

"La carta que escribió Johnny era falsa, lo hizo para engañar a un espía que no se dejó engañar.

"Johnny ha sido vigilado esta noche. Lo será también mañana y todo el tiempo que sea necesario. Esta es una de las maneras de descubrir el lugar donde deberá celebrarse la entrevista.

"Bingham debe ser seguido. El también puede ayudar a descubrir el sitio de la entrevista, que será donde se encontrarán las joyas."

Desapareció la luz. El leve ruido de doblar un papel indicó que el misterioso visitante guardaba la nota. Asimismo la interrupción del silencio hizo comprender que acababa de ser abierta una ventana. Tres segundos más tarde, el silencio y las tinieblas recobraron toda su intensidad en la vacía casa de los Laidlow.

La Sombra acababa de abandonarla.

CAPÍTULO XXVIII
LAS PESQUISAS DE VINCENT

Una noche de completo descanso en el hotel Metrolite fue un excelente tónico para Harry Vincent después de las emociones de la noche anterior. Levantóse poco después de las nueve y se dirigió rápidamente a la oficina del señor Arma, donde llegó minutos antes de las diez.

-En este mismo momento iba a telefonearle, Vincent- dijo el agente de seguros cuando los dos estuvieron sentados frente a frente-. He recibido instrucciones muy importantes. Se trata de un trabajo que le ocupará varios. días.

"Es una misión importantísima. Es necesario que dé usted con el paradero de Ezekiel Bingham, el abogado.

-¿Tiene usted alguna idea del lugar donde se encuentra?-preguntó Harry-. Sé que salió de Holmwood, pero no puedo figurarme dónde fue.

-Esa es la dificultad-sonrió el señor Arma;-pero es necesario que descubra usted dónde se encuentra ese hombre.

-¿Cuándo debo descubrirlo?

-Tan pronto como pueda. La cosa es urgente.

-Dudo que nadie en Holmwood sepa dónde fue.

-Quizá alguien esté enterado. Averígüelo.

-Jenks debe saberlo.

-Entonces, vaya a verle.

-¿Con qué excusa?

-Diga que quiere ver al abogado por un asunto de los tribunales.

-¿Cuándo debo ir?

-Inmediatamente.

Harry se puso en pie; pero el agente de seguros le detuvo antes de que llegara a la puerta, preguntándole:

-¿Qué hay de su automóvil?

-Es verdad - replicó Vincent. Pues... lo perdí ayer noche.

El señor Arma sonrió.

-Le espera en el garaje de "Las Armas de Holmwood"-dijo-. Lo necesitará para buscar a Ezekiel Bingham. Tiene la llave de la caja posterior del auto?

Vincent sacó una llavecita.

-La necesitará - siguió el señor Arma.

-¿Por qué?

-Se lo voy a explicar. Si descubre el paradero del abogado, tendrá que comunicar en seguida la noticia de su hallazgo.

-Le telefonearé a usted.

-Pudiera usted descubrirle en un sitio donde no hubiese teléfono.

-Es verdad. No pensé en ello.

-Por eso le he preguntado si tenía la llave de esa caja. Si al descubrir el paradero de Bingham, se hallase lejos de todo teléfono, ábrala; dentro encontrará otra caja.

-¿Para qué sirve esa otra caja?

-Ya lo verá si necesita emplearla. Aquí tiene la llave de ella. Empléela si es necesario. De lo contrario, no la toque. Una carta que encontrará dentro le explicará la manera de usarla.

-¿Qué debo decir si descubro dónde está Bingham?

-Explique, sencillamente, dónde está; si se marcha, sígale y comunique de nuevo dónde se ha dirigido. Sobre todo no le pierda de vista hasta ver dónde se detiene.

-¿Hay algo más?

-No, eso es todo. Dentro de veinte minutos sale un tren para Holmwood. Le queda el tiempo justo para tomarlo.

En el garaje de "Las Armas de Holmwood", Vincent encontró su auto y, subiendo en él, se dirigió a la casa de Ezekiel Bingham. Jenks preguntó al joven el motivo de su visita.

-Deseo ver al señor Bingham-explicó Vincent.

-No está en casa.

-¿Volverá pronto?

-No, señor.

-Pero supongo que hoy vendrá a su casa.

-No, señor, no lo espero.

-Se trata de un asunto muy importante. Debo verle. ¿No estará en su bufete ?

-No, señor.

-¿Está usted seguro?

-He telefoneado y me han dicho que no estaba.

-¿Y no sabe usted dónde podría encontrarle?

-Lo ignoro, señor.

-¿Está fuera de Nueva York?

-No lo sé, señor.

-Es que se trata de un asunto muy importante. Es necesario que vea hoy mismo al señor Bingham.

-Lo siento, señor; pero ya le he dicho que no está en casa.

-¿Y no ha dejado la dirección del lugar donde ha ido?

-Ya le he dicho al señor que no. Si el señor quiere telefonear al despacho.

-Lo probaré. No me queda otro remedio.

-Si quiere dejar usted algún recado para el señor Bingham, se lo daré cuando vuelva.

-No; debo hablar personalmente con él.

Harry se marchó convencido de que el criado le había dicho la verdad. Era indudable que Jenks no tenía la menor idea del lugar donde se encontraba su amo.

En el bufete del abogado tampoco pudieron decirle nada, y Vincent regresó al pueblo, donde pasé dos horas haciendo investigaciones. Los desocupados del estanco hablaron de diversos ternas, pero ninguno ligado con la marcha del abogado. Las investigaciones en el Banco, en Correos y en la estación, tampoco dieron ningún resultado positivo.

A las dos de la tarde, después de haber comido en un restaurante de la población, regresó Vincent a la posada. Quizá alguno de los huéspedes de "Las Armas de Holmwood" pudieran darle algún detalle respecto al paradero del viejo Bingham.

El joven, empezaba a estar ya disgustado por los resultados que le venía dando la discreción. En cuanto llegase a la posada preguntaría, francamente, lo que le interesaba saber. Si los interrogados se extrañaban, peor para ellos.

Mientras recorría el trozo de carretera que separaba el pueblo de la posada, Harry notó, por el espejo, que un muchacho iba trepado a la rueda de repuesto del automóvil.

Frenando súbitamente, el joven saltó del coche, y, antes de que el muchacho pudiera huir, le agarró por el brazo para reprenderle por su acción.

¿No ves que podías haberte hecho daño si te llegas a caer?

-Es que quería dar un paseo-replicó el chiquillo.

-Si por casualidad encontramos un bache hubieras salido despedido.

-Le aseguro que me agarré muy fuerte, señor.

-Bueno. ¿Dónde vives, chiquillo?

-A una milla de aquí.

-Entonces, sube conmigo y te llevaré a casa.

-Muchas gracias, señor.

El chiquillo se sentó junto a Vincent, que le observaba con curiosidad. La cara y manos del muchacho estaban muy sucias y sus ropas mostraban infinidad de remiendos.

-¿Cuántos años tienes?-le preguntó.

-Doce.

-Pues ya tienes edad para pedir a los automovilistas que te lleven por favor.

-¡Cómo se ve que usted no tiene necesidad de pedirlo¡ Le aseguro que hay pocos tan amables como usted!.

En aquel momento pasaron frente a la posada, pero Vincent siguió adelante sin detenerse, interesado por la charla del chiquillo.

-Por eso me cuelgo de las ruedas de recambio-siguió el muchacho-.Es la única manera de viajar gratis. Nadie se para cuando levanto la mano.

-¿Y si pasan de largo al llegar a tu casa? ¿Qué haces?

-Nadie llega hasta mi casa. Siempre tengo que terminar el viaje a pie.

-¿No me has dicho que está sólo a una milla?

-Sí, pero hay que meterse por una carretera infame que ningún auto sigue.

El muchacho era hablador, y, satisfecho de que "una persona mayor" le prestara atención, se apresuró a explicarle todas sus aventuras.

-Para no romperme la cabeza, siempre me subo a autos que van despacio, como el de usted. Así cuando llega la hora de saltar no da ningún trabajo. Mi auto preferido es el de un viejo que parece una tortuga conduciendo. ¡Parece mentira que un tío tan rico vaya despacio!

-¿Te refieres al señor Bingham, el abogado?-preguntó, con súbito interés, el joven.

-Sí, ese vejestorio es. Su auto parece un cangrejo. Pero en cambio, ayer estuvo a punto de matarme.

-¿Cómo fue eso?

-Pues cuando llegamos frente a casa se puso a correr tanto, que creí que se había vuelto loco.

-¿Y qué hiciste?

-Pues, ¡cualquiera se tiraba! Tuve que acompañarle.

-¿Dices que eso fue ayer?

-Sí... No, no fue ayer. Fue anteayer por la tarde.

-¿Y dónde te llevó?

-Hasta el final de ese camino tan malo que le dije antes. Creí que no podría saltar nunca. ¡Fíjese usted que iba trepado a un auto guiado por un loco! Porque el viejo estaba loco; nunca le vi correr tanto. Bueno, pues, cuando llegamos al final del camino, torció por otra carretera, entonces salté y tuve que irme a pie a casa.

-¿Por qué carretera torció? Hay dos.

-Por la izquierda, la que lleva a Herkwell. ¡Eh, señor!, Pare, que hemos llegado a mi casa.

Harry dejó al muchacho frente a una casucha que pedía a gritos unas cuantas reparaciones. Seguidamente, en lugar de regresar a la posada, siguió adelante en dirección a Herkwell. Estaba contento del rumbo que tomaban los acontecimientos.

La Sombra estaría satisfecho.

CAPÍTULO XXIX
LA TRETA DE JOHNNY EL "INGLES"

Johnny el "Inglés" se detuvo a la puerta de su casa y miró, inquisitivamente, a ambos lados de la calle. Los sucesos de los últimos días le tenían preocupado. El incidente del chófer, el del restaurante, el choque del auto que estuvo a punto de costarle la vida; la extraña coincidencia de hallar en el mismo sitio a dos enemigos tan poderosos que, a pesar de su inferioridad numérica, consiguieron vencerle a él y a sus hombres, logrando escapar cuando su captura parecía inminente.

También se unía a su preocupación la visita del extraño personaje. Aquella sombra que se metió hasta su habitación. ¡La Sombra!. Cuántas veces se rió él de aquel ser a quien había calificado siempre de fantástico.

Pero aquel sábado a las tres de la tarde, Johnny el "Inglés" ya no se reía de La Sombra, y, desde la puerta de su casa, buscaba temerosamente algún rastro del enemigo.

Por fin se decidió, y, saliendo a la calle, corrió a una avenida cercana, volviéndose a mirar hacia atrás de cuando en cuando. Convencido de que nadie le seguía, subió a un auto y dio la dirección de una casa que sabía deshabitada.

Al llegar allí despidió al taxi y llamó durante unos minutos a la puerta de la casa, mientras con el rabillo del ojo vigilaba atentamente los alrededores.

Por fin, ya más tranquilo, alquiló otro taxi y le dio la dirección de una casa de los barrios bajos.

Una vez dentro del auto, Johnny se frotó la barbilla, satisfecho de su treta. Si el chófer del otro taxi era un servidor de sus enemigos, éstos quedarían engañados, yendo a buscarle a una casa vacía.

Sin embargo, no estaba muy seguro del éxito. Miró la ventanilla trasera del auto y vio otro coche, un automóvil verde que le iba siguiendo. Johnny ordenó al conductor de su taxi que se dirigiera a la calle Ochenta y Seis.

El auto verde tomó la misma dirección.

El "Inglés" dio una nueva orden y el taxi se dirigió entonces hacia la calle Ochenta y Cinco.

El otro automóvil imitó la maniobra.

-¡Muy listos!-murmuró Johnny,- pero yo soy más listo.

Al llegar a la plazoleta de Colón, el hombretón dejó el taxi y se metió en una droguería, donde trabajaba un amigo suyo; habló un rato con él y después salió, dirigiéndose a la estación del metro, donde tomó un billete para la calle Cuarenta y Dos.

Al salir del subterráneo metióse en un rascacielos y subió hasta el piso décimoquinto. Tres hombres entraron con él en el ascensor. Al llegar al piso en cuestión, uno salió tras Johnny el "Inglés".

Este miró a su alrededor, y de pronto, simulando haberse equivocado de piso, llamó al ascensor. Advirtió que el otro hombre iba de puerta en puerta, como buscando un número del que no estaba muy seguro.

Johnny entró en el ascensor y regresó a la planta baja, saliendo a la calle, donde se apresuró a coger otro taxi, que dejó varias manzanas más allá.

`Esta vez le he dejado plantado en el piso quince"-dijo para sí el "Inglés".

De repente le asaltó un desagradable pensamiento.

"¿Y si, por casualidad, eran dos los que me seguían? No se me había ocurrido esto. Podía haber uno arriba y otro en la calle, esperándome."

Siguió Broadway adelante. Metióse en un estanco, donde compró unos cuantos puros. Encendió uno y dio pensativamente algunas chupadas. Por fin le asaltó una idea. Y, en consecuencia, metióse en la cabina telefónica del establecimiento y marcó un número.

-¿Eres tú, Kennedy?

-Sí, soy yo, Johnny el "Ingles".

-Sí, estoy bien. Esta noche salgo de la ciudad. Me voy a Búffalo a ver cómo marcha uno de mis restaurantes. No volveré hasta dentro de una semana.

-.....

-No, no podré hacerlo.

-.....

-Me gustaría mucho, pero no tengo tiempo. El tren sale a las ocho.

-.....

-No, aún no he sacado el billete.

-.....

-Bueno, ya que insistes, iré.

-.....

-Hasta ahora, pues. Adiós.

El rostro de Johnny él "Inglés" reflejaba una profunda satisfacción cuando salió del estanco. Con paso indiferente se dirigió a la calle Cuarenta y Dos y luego a la Treinta y Tres. Cuando llegó a la estación del Hudson tomó un billete para Newark.

El vagón estaba lleno y el hombretón miró curiosamente a su alrededor, como si sospechara que entre los pasajeros que le rodeaban había varios enemigos suyos.

El "Inglés", que era un observador muy agudo, eliminó en seguida a los que no le parecieron sospechosos. Sólo le preocuparon tres y durante el viaje no apartó la vista de ellos.

"¿Quién diablos andará metido en este asunto?-se preguntó-. No puede ser la poli. No es tan lista. Quizá se trate de otra banda. Pero, ¿quién?"

¡La Sombra! Otra vez este nombre. ¡El ser invisible a quien nadie conocía¡

Algunos gangsters le hablaron de La Sombra, pero le dijeron muy poco.

Otros aseguraban haber oído su voz, llegada hasta ellos por los etéreos caminos de la radio. Decían que en el estudio, todo el mundo guardaba el más absoluto secreto. Que el invisible personaje tenía una habitación llena de colgaduras negras, sumida en tinieblas, desde donde enviaba sus mensajes.

El Hampa decidió hacer un esfuerzo para descubrir la identidad de La Sombra. La Sombra, cuya siniestra voz tan bien conocían los radioyentes.

Se colocaron espías a la entrada de la estación emisora. Mucha gente entró en el edificio, pero nadie respondía a la idea que se habían forjado todos de La Sombra.

Un ladrón que en sus tiempos de persona decente fue mecánico, logró introducirse en la estación, pero allí también La Sombra era un mito. Sólo se conocía su voz.

Cada jueves por la noche, el espía de los gangsters se situaba frente a la habitación que se suponía destinada a La Sombra. Sin embargo, jamás vió entrar a nadie en ella.

¿Seria, acaso que La Sombra tenía un micrófono conectado con la estación y hablaba desde su casa? Nadie lo sabía. Alguna vez oiase su terrible risa. Pero nada más.

El tren de Johnny el "Inglés" llegó a su debido tiempo a Newark. Al salir de la estación, el hombretón alquiló un taxi y se hizo conducir al aeropuerto.

La tarde tocaba a su fin, cuando Johnny el "Inglés" llegó al aeródromo. Pagó el importe de la carrera y dirigiose rápidamente hacia un hangar. Un aviador salió a su encuentro.

-¡Hola! ¿Qué tal, Kennedy?-exclamó el "Inglés".

-Bien, ¿y tú, Johnny?

-Aquí me tienes, como te prometí. Pensé que te alegraría.

-¡Ya lo creo que me alegra! Llegas a tiempo de dar una vuelta.

-¿Cuánto costará?

-Para ti, nada, Johnny.

El hombretón miró inquisitivamente a las personas que estaban en el campo de aviación. Ninguna de ellas se parecía a los sospechosos del tren. Sin embargo, Johnny siguió adelante con la treta proyectada.

-Bien, Kennedy. Cuando quieras.

Los dos hombres penetraron en un avión de aspecto muy veloz.

-Volaremos durante diez minutos, Johnny-explicó el aviador.

Poco después el aeroplano volaba sobre el aeropuerto.

Ya en el aire, Johnny se inclinó hacia Kennedy y con amplitud de ademanes, trató de explicar algo a su compañero. Este debió de comprenderle, pues movió afirmativamente la cabeza.

Entretanto, en el campo, uno de los pilotos comentaba, hablando con un compañero:

-Es curioso. Kennedy habrá cambiado de parecer respecto al vuelo de diez minutos. Parece que se dirige a algún sitio determinado y que tiene mucha prisa.

El avión se dirigía directamente hacia el Norte. Poco a poco su silueta se fue haciendo menos visible, hasta desaparecer por completo.

En aquel momento, un hombre, cuyo rostro desaparecía entre el alto cuello del abrigo, salió de uno de los hangares, miró hacia el punto por donde acababa de desaparecer el aeroplano y soltó una extraña carcajada.

Anochecía; llegaba la hora en que las sombras se baten sobre la tierra.

CAPÍTULO XXX
TERMINA LA PISTA

El auto corría por la carretera cercana al estuario de Long Island. Harry Vincent era el conductor del vehículo. Iba tras otra pista.

En Hekwell logró el rastro de Ezekiel Bingham. Un hombre lo había visto pasar, y como los autos eran raros en aquel pueblo, pudo indicar al joven todos los detalles que éste necesitaba. Según aquel hombre, el automóvil de Bingham siguió el camino muy poco frecuentado y Harry se metió por él.

Poco después descubrió en la arcillosa tierra las huellas de los neumáticos del coche del abogado. Eran unas marcas muy particulares y fue un feliz descubrimiento para el joven, pues al llegar a una bifurcación del camino, gracias a ellas pudo seguir certeramente la pista del viejo Bingham.

Así llegó hasta cerca del estuario, deteniéndose en una estación de servicio para proveerse de gasolina. Le preguntó al encargado si había visto un auto de las características del de Bingham.

-Cada día pasan centenares le autos por aquí-dijo, riendo el hombre,- y no puedo llevar la cuenta de todos.

-Pensé que podía haberse detenido aquí para proveerse de nafta.

El mecánico movió negativamente la cabeza, y preguntó:

-¿Busca algún auto robado?

Vincent contestó con un gruñido.

-No trato de meterme en sus asuntos-dijo el hombre,-pero quizá pudiera ayudarle.

-¿Cómo?

-Pues, verá. Si el auto llegó hasta aquí, tiene usted una probabilidad de encontrarlo. A una milla del puesto la carretera se bifurca. Le aconsejo que tome la de la izquierda.

-¿Por qué?

-Porque en ella se encuentra el garaje de Smithers. Tiene unos letreros enormes anunciando sus servicios. Ningún auto deja de detenerse allí. Ese Smithers tiene la costumbre de anotar las matrículas de todos los autos que pasan por su garaje.

-¿Para qué?

-Es que tiene la idea de que todo auto que pasa por allí una vez, pasará siempre, y en cuanto tiene unos cuantos números anotados, se entera del nombre de los propietarios de los coches y les envía una circular ofreciéndoles sus servicios.

-No está mal la idea.

-No sé. A mí me parece que es perder el tiempo. Pero para usted es muy útil, pues si el auto que le interesa ha pasado por el garaje de Smithers, él podrá decírselo.

Harry dio las gracias al mecánico y le permitió acabar de llenar el depósito de gasolina.

Cuando llegó a la bifurcación indicada, torció a la izquierda. Poco después llegaba al garaje Smithers. Este era un fornido hombretón.

Inmediatamente acudió a la llamada de Vincent.

-¿El señor Smithers?

-Servidor de usted.

-Quisiera Pedirle un favor.

Y Vincent explicó que buscaba un automóvil que suponía había pasado por el garaje y le dio el número de la matrícula del auto de Bingham.

Smithers le miró suspicazmente.

-¿Para qué quiere saberlo?-preguntó.

-Me han encargado que siga su pista.

-¿Con qué objeto?

-Con uno muy importante, eso es todo.

-¿Y por qué supone usted que yo tengo la matrícula de ese auto?

-Porque sé que anota las matrículas de todos los coches que pasan por su garaje.

Había tanta firmeza en las palabras del joven, que Smithers pensó que Vincent podía ser un representante de la Ley. A pesar de esto, aun vaciló unos instantes.

-No es un daño anotar las matriculas de los coches. No hay ley que lo prohíba.

-Desde luego- asintió Vincent,- ni tampoco existe ninguna ley que le prohíba darme los informes que le pido.

-Tiene usted razón -murmuró Smithers.

Vincent sacó un billete de diez dólares.

-Esto quizá le ayudará a recordar mejor.

El hombre tomó el billete y dijo:

-Espere un momento.

Entró en su despacho y unos minutos más tarde regresó con una nota.

-Aquí tiene el número. Ese auto pasó anteayer, durante el día.

Seguro de estar sobre la pista, Vincent siguió adelante. Atravesaba una comarca muy boscosa. Al llegar a un estrecho camino que desembocaba en la carretera, Harry se detuvo, bajó del coche y examinó el polvo que cubría el accidentado terreno.

No se veía ninguna huella de los neumáticos del auto de Bingham. Sin embargo. Vincent tuvo la impresión de que estaba por allí lo que buscaba.

Metióse camino adelante y pasó bastante rato sin encontrar el menor rastro del auto que perseguía. Por fin llegó a un pequeño río que era necesario atravesar por un vado. Vincent decepcionado por la inútil búsqueda decidió regresar a la carretera principal y continuar las pesquisas por otra parte.

Aprovechando que el camino se hacía un poco más ancho junto al río se dispuso a dar la vuelta, pero en aquel momento fijóse en la columnita de humo que salía por el tapón del radiador.

-Me olvidé de ti, amigo-dijo-. Has corrido mucho durante las últimas horas y debes de estar sediento. Espera un instante y te daré un poco de agua.

Saltó al suelo y buscó con la vista algún objeto para trasladar al radiador el agua que necesitaba. De pronto descubrió una vieja lata de conservas.

-Tendré que contentarme con esto - se dijo,-es muy pequeño y tendré que hacer muchos viajes; Pero, ¡qué le vamos a hacer!

Se acercó al río y, al inclinarse sobre el agua, para llenar la lata, lanzó un silbido de sorpresa y alegría. En la húmeda tierra se veían claramente las huellas que tanto buscara. ¡Las de los neumáticos del coche de Bingham!

Olvidando el recalentado motor, Harry tiró la lata y colocóse otra vez al volante. Seguidamente cruzó el río y continuó el camino por la otra orilla.

Para evitar el ruido del motor, avanzaba en segunda. Pasaron los minutos sin hacer ningún nuevo descubrimiento. Al cabo de un rato de lento avance, vio que otro sendero desembocaba en el que seguía.

Sospechando que el viejo Bingham hubiese seguido aquel camino, descendió Vincent del coche y, con profunda satisfacción, comprobó que sus suposiciones eran ciertas. La húmeda tierra mostraba las inconfundibles huellas de los neumáticos del coche del abogado.

Las ramas de los árboles que crecían a ambos lados del camino, rozaban la capota del auto de Harry. El avance iba siendo cada vez más difícil, hasta que, al fin, llegó junto a una valla de madera, rota por algunas partes.

En lugar de cruzarla, el joven siguió adelante, deteniéndose a unos cincuenta metros de distancia.

Acto seguido guardó la llave del motor, subió los cristales de las ventanillas, cerró las portezuelas y, con cauteloso paso se dirigió hacia la valla, la saltó y fue adelantándose sigilosamente por entre los árboles.

Al fin avistó una casa, o, mejor dicho, un pabellón de caza de un piso, con evidentes señales de largo abandono.

Un leve ruido obligó a Vincent a refugiarse detrás de un árbol. Un hombre se paseaba por el porche con un cigarro en la boca. Era un viejo que se parecía enormemente a Ezekiel Bingham; aquel individuo permaneció unos instantes mirando a su alrededor y finalmente metiese en la casa.

Entonces, Harry acercóse más a la vivienda y descubrió, detenido ante ella, el auto del abogado. No cabía ya la menor duda acerca de la identidad de aquel hombre.

Una triunfal sonrisa apareció en los labios de Vincent. Había terminado la caza. ¡La madriguera de Ezekiel Bingham estaba descubierta¡

CAPÍTULO XXXI
EL MENSAJE DE HARRY

Al volver a su auto, Vincent se dio cuenta de que acababa de ocurrir, precisamente lo que el señor Arma previó. Estando como estaba a cinco millas del más próximo poblado, le llevaría un tiempo considerable el ir a comunicarse por teléfono con él.

En aquel momento el agente de seguros estaría seguramente fuera de la oficina. En tal caso, el viaje sería completamente inútil.

Además, su obligación era vigilar a Bingham. El automóvil detenido frente a la casa indicaba que el abogado pensaba abandonarla pronto.

Entonces, lo primero que hizo Vincent fue volver al coche, para estar dispuesto a seguir al abogado si éste se marchaba.

Hecho esto, el joven abrió la caja trasera del automóvil y encontró la misteriosa caja que indicara él señor Arma, Era bastante grande y ocupaba casi todo el espacio de la otra. Parecía estar sujeta fuertemente a ella, sin duda para impedir que se cayera.

Empleando la llave que el agente puso en sus manos, el joven abrió la caja y en su interior halló un sobre con el siguiente mensaje:

"Tiene usted conocimientos de radio. Envíe una comunicación sirviéndose de la clave adjunta".

A continuación seguía un alfabeto Morse con las letras cambiadas.

Harry se puso en seguida a trabajar. Tendió una antena entre dos árboles, la conectó con la pequeña estación de radio contenida en la caja del auto, y envió el mensaje de acuerdo con la clave. Las primeras palabras fueron:

"Vigilo a Bingham que está oculto en una casa en un bosque."

Y, seguidamente, describió de acuerdo con el mapa de carreteras el lugar donde se encontraba.

Repitió dos veces el mensaje, para asegurarse de que seria recibido.

Después, guardó la antena y cerró el aparato.

Entretanto había empezado a anochecer y Harry decidió que una inspección de la casa donde se ocultaba Bingham sería muy conveniente. Ello le permitiría acaso enviar otro mensaje a La Sombra.

Mientras se dirigía cautelosamente al pabellón, el joven se preguntaba si habría recibido el mensaje, La Sombra. Al mismo tiempo se extrañaba de que su misterioso jefe hubiera descubierto su conocimiento del manejo de los aparatos de radiotelegrafía.

Harry fue dando vuelta a la casa acercándose a ella por la parte trasera.

Luego, arrastrándose, llegó hasta una ventana, la única que aparecía iluminada, Por ella pudo ver que Ezekiel Bingham estaba sentado en una silla ante una mesa; frente a él, sentábase otro hombre, a quien Vincent no conocía. Bingham estaba diciendo:

-¿Los otros estarán pronto aquí?

-Allá a las ocho llegarán.

-Son gente segura. Ya han trabajado otras veces para mí.

-Perdone una pregunta. ¿Cómo se enteró usted de que la nota aquella estaba dentro de la caja de caudales? Burgess no lo sabía, usted mismo lo dijo.

-Vale más que no preguntes, Tony.

-Está bien, jefe. No le preguntaré nada más.

-Bueno, ya que te muestras tan razonable, voy a contestar a tu pregunta. Hace algunos años trabajé en un asunto de Laidlow y hablando, hablando, me dijo que era el único que sabia dónde estaban guardadas sus piedras preciosas, y que para evitar que se perdiesen, en su caja de caudales guardaba una nota con la explicación del lugar donde estaban escondidas... pero, para hacer la cosa más difícil, la explicación estaba en clave. Todo esto me lo dijo sin darse cuenta, supongo yo.

-Sin embargo, logró usted solucionar el problema.

-Sí, lo solucioné.

Harry comprendió que el llamado Tony deseaba hacer más preguntas, pero el abogado habíase recostado en su butaca y permanecía con los ojos cerrados, decidido, al parecer, a no contestar a ninguna pregunta más.

Tony se puso en pie y acercóse a la ventana, tarareando un estribillo popular; Vincent se apartó a un lado, pero en el mismo instante, algo le golpeó en la cabeza haciéndole caer al suelo.

Un hombre se inclinó sobre él, entonces Vincent, poniéndose en pie de un salto le pegó un fuerte puñetazo. El desconocido retrocedió unos pasos, tambaleándose. Este fue el único triunfo de Harry. Tony que había asistido a la lucha, saltó por la ventana y sacando un revólver, le descargó un fuerte culetazo en la cabeza.

-¡Buen trabajo, Tony!-felicitó Bingham, que acababa de asomarse a la ventana, atraído por el ruido.

Y dirigiéndose al otro, siguió:-¡Vamos, Jake, entradle en la casa!

-Le encontré rondando por ahí fuera-explicó Jake frotándose la dolorida barbilla-. Convendría encontrar una cuerda para atarle.

El abogado fue a buscarla y poco después, el inanimado Vincent estaba atado de pies y manos.

-Entradle aquí - repitió Bingham-. Quiero echarle un vistazo.

Metieron a Harry por la ventana y luego lo depositaron en el suelo. El viejo abogado acercó el quinqué al caído y le observó atentamente.

-No sé quién es-dijo al fin-. Es la primera vez que le veo. Dejadle ahí, en ese rincón.

El llamado Jake y Tony obedecieron, El inmóvil cuerpo de Harry Vincent fue colocado sin ningún cuidado en el lugar que indicó el viejo.

CAPÍTULO XXXII
LLEGA JOHNNY EL "INGLES"

El viejo Ezekiel Bingham dirigió una mirada a su reloj. Eran las ocho y cuarto. Estaba solo en aquella habitación. Sólo con el desconocido a quien sus hombres encontraron rondando junto a la casa. El hombre no se había movido desde que lo metieron allí.

En aquel momento se abrió la puerta y Jake y Tony entraron llevando unas linternas. Otro hombre les acompañaba.

-Aquí está Spotter - dijo Jake-. Acaba de llegar.

El recién llegado era un hombrecillo pequeño, delgado, de rostro enfermizo y ojos saltones. Su cabeza llegaba a los hombros de Jake, eso que la estatura de éste no sería superior a un metro setenta.

-Hola, Spotter - saludó el viejo-. Acaba de ocurrir un accidente. ¿Habéis buscado bien, muchachos?

-¡Ya lo creo!-aseguró Jake-. No hay nadie. Seguramente ese tipo debe ser algún paseante. ¿Le has visto alguna vez, Spotter?

El hombrecillo cruzó la habitación y contempló el rostro del hombre que yacía en el suelo.

-No- dijo, - no es ningún ladrón, ni ningún policía. Podéis estar seguros. Seguramente debe de ser algún pacifico ciudadano que paseaba por el bosque. El hecho de que mirara por la ventana no tiene nada de particular, es una curiosidad muy natural.

-Tienes razón, Spotter - convino Bingham-. Tu opinión es muy importante, pues conoces a todos los ladrones y a todos los policías de los Estados Unidos, por eso resultas muy valioso.

-¡Ya lo creo que los conozco a todos!-gruñó Spotter.

¿Cómo descubriste a ese hombre?-preguntó el viejo abogado dirigiéndose a Jake.

-Por casualidad. Al bajar de mi auto me dirigí hacia esa parte de la casa y entonces vi al tipo mirando por la ventana. Como no le conocía, me eché encima de él.

-Muy bien - replicó el abogado-. Entra ya y cierra la puerta, Tony -terminó.

Este último estaba en el umbral de la puerta de la casa, y tenía una linterna en la mano. Junto a él veíase en el suelo una larga y delgada sombra.

-Podéis estar seguros-dijo Tony,- que a quinientos metros de esta casa no hay ningún ser viviente. Jake y yo hemos hecho una detenida investigación por los alrededores.

Tony cerró la puerta y la sombra desapareció. Fuera de la casa todo estaba envuelto en tinieblas y en silencio.

-Solo falta uno por llegar. Ahora que cada cual explique cómo vino aquí. Empieza tú, Tony.

-Pues pasé unos días en un pueblecito próximo. Cuando nos separamos la otra noche, no volví a la ciudad. No es fácil que nadie sepa que estoy aquí.

-¿Y tú, Jake?

-Vine desde mi restaurante móvil. Nadie ha podido seguirme.

-Ahora te toca a ti, Spotter.

-Yo vine en el transbordador. Ya me conocéis, a mí no hay quien me siga. Corrientemente soy yo quien sigue a los demás.

-En cuanto a mí-dijo a su vez Bingham,- aunque mi caso es muy distinto, pues nada tengo que ocultar, he tomado todas las precauciones posibles. Llegué aquí hace dos días y desde entonces no me he movido de la casa.

Como la puerta y las ventanas estaban cerradas, nadie se enteró de la llegada de otro automóvil. Era un enorme sedán que se detuvo frente a la casa. Un hombre saltó al suelo y dirigió una mirada a su reloj de pulsera, lanzando un gruñido de satisfacción.

-¡Las ocho!-dijo-. He llegado en punto. ¡Qué hábil es ese Kennedy en su aeroplano¡

Encendió una cerilla y la aplicó al puro que tenía entre los labios. Después de dar unas cuantas chupadas, se dirigió al porche. Antes de llegar allí se detuvo para contemplar la vaga silueta de la casa.

"No está mal este lugar-murmuró-. Aquí no hay sombras".

Durante unos segundos pareció entretenerse contemplando el efecto del humo del cigarro en la oscuridad.

"Supongo que ya estarán todos aquí. Será mejor que les hagamos esperar un poco. Al fin y al cabo yo soy un hombre importante”- y Johnny el "Inglés" lanzó una bocanada de humo.

Pasaron unos cuantos minutos más. La roja punta del cigarro era lo único que se veía del hombretón. Por fin el rojo punto se puso en movimiento en dirección a la casa. Sonaron unos golpes en la puerta y al abrirse, exclamó Jake:

-¡Es Johnny¡

-¡Hola, muchachos!-saludó el "Inglés"-. He llegado a tiempo, ¿verdad?

CAPÍTULO XXXIII
JOHNNY EL "INGLES" SE EXPLICA

-Estamos ya preparados para el negocio - declaró Ezekiel Bingham-. ¿Tienes algo que decir antes de que empecemos, Johnny?

-Mucho tengo que decir - contestó el hombretón.

En todos los rostros se pintó el más vivo interés.

-¿Qué ocurre?-preguntó Spotter.

-Ahora os lo explicaré-replicó el "Inglés"-.He venido en... aeroplano, volando.

Se detuvo para estudiar el efecto de sus palabras. Sus compañeros aguardaban en silencio sus explicaciones.

-Hace dos noches-continuó Johnny,-un falso chófer de taxi trató de robarme. Por fortuna, logré escapar. Pero aquella misma noche creo que alguien entró en mi casa.

-¿Lo crees?-preguntó Ezekiel Bingham-. ¿Por qué no te aseguraste?

-¿Cómo no asegurarse cuando no se ve mas que una serie de sombras?

-Las sombras no son personas.

-No, pero yo vi una sombra que parecía algo muy real.

Bingham le miró, desconcertado.

-Dejadme que os explique bien de qué se trata. Esa sombra de que os hablo estaba en mi cuarto. Yo me dije: "Johnny, en este cuarto no estás solo, hay alguien más". Entonces escribí una carta falsa y procuré que la sombra, o lo que fuera la leyese. Luego, la llevé al buzón e hice ver que la echaba.

-Es una tontería eso que dices de sombras vivientes, Johnny.

-No, Bingham, no es ninguna tontería-declaró Spotter,- la noche en que le mataron, Croaker vió a La Sombra. Y otros muchos también la han visto.

-¿Donde? ¿ Cuándo?-preguntaron a coro los demás.

-Una noche, Birdie y yo detuvimos un automóvil para limpiar a sus ocupantes. Birdie era el encargado de la faena y abrió la portezuela encañonando a los viajeros. Yo no sé lo que pasó, pero vi salir del auto a un hombre envuelta en un abrigo negro, con el cuello subido, y antes de que Birdie tuviese tiempo de hacer nada le quitó su pistola Y le pegó un tiro. Cerró la portezuela y se alejó calle abajo, sin hacer ningún ruido, como una sombra. Esa fue la primera vez que vi a La Sombra, si es que lo era.

-Si, lo era-declaró Johnny-. Ya sabía yo que existía.

-Volví a ver a La Sombra-continuó Spotter-. Fue en el "Gato Negro". Aquella vez traté de verle la cara, pero sólo pude divisar una cosa blanca, como una venda. Quizá La Sombra no tenga cara. Hubo una vez un hombre a quien todos los ladrones temían; fue un famoso espía durante la guerra y dicen que le hirieron en Francia, en la cara. Quizá La Sombra sea ese espía... quizá...

Ezekiel Bingham le interrumpió.

-Conocía ya lo de Croaker y La sombra-dijo-. Una vez, a mí también me pareció ver una sombra. La imaginación nos hace ver a veces muchas fantasías; hasta a los mismos que tenemos los nervios seguros. ¿Para qué hablar de sombras? Sin embargo, puedes continuar tu historia, Johnny.

El "Inglés" sonrió, satisfecho. Indudablemente, tenía preparada una sorpresa. Conteniéndose, siguió:

-Abreviaré, para no aburriros. Ayer noche encontré en uno de mis restaurantes al chófer del taxi. Le dejé K. 0. de un puñetazo, pero uno de los camareros le ayudó a escapar. Le perseguimos en un auto, pero nos estrellamos a causa del reventón de un neumático.

"Hoy he sido más cauto. Me he dicho: "Johnny, alguien va detrás de ti". En efecto, en todos los sitios donde he estado he visto a alguien siguiéndome. Para quitarme de encima a los moscones, he ido a Newark, donde tengo un amigo, un tal Kennedy, y me ha subido en su aeroplano. Cuando estuvimos en el aire le dije: "Llévame a Long Island y cobra lo que quieras. Pero has de ir como un rayo". Y como un rayo llegamos a Long Island. Cuando aterrizamos, alquilé un auto en un lugar que sé y aquí me tenéis. Por muy rápido que sea La Sombra, no puede haberme seguido.

Tony lanzó un silbido de admiración.

-Eres muy listo, Johnny. Pero, ¿estás seguro de que el tipo que te alquiló el auto es de fiar?

-Como cualquiera de nosotros-contestó el "Inglés"-. Además, que no sabe dónde estoy.

-Te repito, Johnny- intervino Bingham, -que esos temores tuyos son excesos de imaginación. Lo que importa es saber si estas dispuesto a hacerte cargo de las joyas.

-¡Ya lo creo!-fue la rápida contestación-. Y cuanto antes mejor.

El viejo Bingham subió al primer piso y regresó, poco después, con una caja. La dejó sobre la mesa, la abrió, y las codiciosas miradas de los allí reunidos se clavaron en las brillantes piedras preciosas que fueron el orgullo de Geofrey Laidlow.

-Contempladlas- dijo brevemente el abogado, dirigiéndose a sus compañeros-.Tengo en mi poder la lista completa de todas. Ahora la examinaremos, ¿Te vas pronto, Johnny?

-En seguida; son ya las nueve, y de aquí a la ciudad hay más de dos horas, Tengo que estar allí antes de medianoche.

-Bien. ¿Quieres que te acompañe alguien?

Y el viejo dirigió una mirada a los reunidos en la habitación.

-Yo no le acompaño-declaró Jake-. Quiero echar un vistazo a esa lista.

-Yo también quiero verla-se apresuró a hacer constar Tony.

Bingham miró entonces a Spotter.

-Deja que Johnny haga el viaje solo -aconsejó el hombrecillo-. Lo ha hecho ya otras veces. A mí también me gustaría contar las piedras.

-Entonces- siguió Bingham-. Puedes marcharte, Johnny.

El hombretón se levantó y el abogado le tendió la caja que contenía las piedras.-¿Quieres algo más, Johnny?-preguntó.

-Sí. ¿Qué hay en aquel rincón?

-Míralo tú mismo-replicó el viejo-. Es un hombre que miraba por la ventana.

Jake y Tony le cogieron.

El "Inglés" se acercó al caído y contempló su rostro.

-¡Eh!-exclamó-. A ese tipo le conozco yo.

-¿Cómo?

-Es el chófer de quien os he hablado.

Los cuatro hombres se pusieron en pie.

-¡Quizá sea La Sombra!-exclamó Jake.

-No es La Sombra-replicó Johnny el "Inglés-.No es La Sombra, pero es un tipo de cuidado.

-¿Qué haremos con él? -preguntó Tony.

-Enviémosle al otro mundo - sugirió Spotter.

-Un momento - intervino Ezekiel Bingham-. Este es un asunto muy serio. No habléis de asesinato. Lo que interesa es impedir que ese hombre nos cause ninguna molestia, pero sin matarlo. ¿Quién se encarga de ello?

-¡Hombre! Yo fui quien lo descubrió; ya he hecho mi trabajo - declaró Jake.

-¿Y tú, Tony?

-Pues... yo lo haría con mucho gusto, pero no tengo auto donde llevarlo.

-¿Qué dices tú, Spotter?

El hombrecillo movió la cabeza.

-Este es un asunto muy serio y no quiero meterme en líos - replicó el hombrecillo.

Ezekiel Bingham dirigió una interrogadora mirada a Johnny el "Inglés".

-Me lo cargáis a mí, ¿eh?-rió el hombretón-. Bueno, me lo llevaré, pero no os aseguro lo que haré con él. Es posible que lo coloque de camarero en uno de mis restaurantes.

En aquel momento, Harry Vincent recobró el conocimiento y, al abrir los ojos, vió inclinado sobre él, el rostro de Johnny el "Inglés".

CAPÍTULO XXXIV
JOHNNY EL "INGLES" SE VA

Junto con las piedras, Vincent fue trasladado al automóvil de Johnny el "Inglés". Nadie le había visto abrir los ojos, y su inmovilidad hizo exclamar a Jake:

-Parece que está muerto.

-Mejor-replicó Tony;-así sólo seria cuestión de deshacerse del cadáver.

Johnny se sentó junto al volante, puso en marcha el motor y, quitando los frenos, se dirigió a la cerca. Los faros iluminaron los árboles del bosque y, de pronto, se apagaron. En las sombras de la noche sonó la voz de Johnny el "Inglés", llamando al abogado.

Bingham y sus compañeros acudieron junto al automóvil.

-Voy a deciros algo que no sabéis -empezó Johnny-. Os reservaba esta sorpresa para ahora.

Los cuatro bandidos escuchaban llenos de ansiedad a su compinche.

Presentían que se avecinaba algo desconcertante.

-¿Recordáis lo que os he dicho de La Sombra?-preguntó el hombretón.

Pues es un ser real. Es un ser real y sé dónde está.

-¿Dónde?-preguntó Spotter.

-En un lugar donde podréis encontrarle fácilmente-la voz de Johnny el "Inglés" se hizo más tenue-.Traed una linterna y seguidme-ordenó, al mismo tiempo que bajaba de su auto-. Luego os lo explicaré todo.

Tony corrió a la casa, regresando a los pocos minutos con una linterna en- cendida. A su luz apareció el rostro de Johnny, distendido por una siniestra sonrisa.

-La Sombra es un ser real-repitió-. Más aun: estaba aquí esta noche, pero no es ese tipo que llevo en el auto. Está sin conocimiento también, pero en otro sitio, junto a la casa.

¡No os marchéis aún¡ Está seguro donde se encuentra. No sé cómo llegó hasta aquí. Estaba todo tan oscuro, que ni siquiera sé qué cara tiene. Sé que era La Sombra porque salió de las tinieblas lo mismo que una sombra y se lanzó sobre mí. Pero en Johnny el "Inglés" encontró su maestro.

"Vosotros me endosasteis el trabajo de deshaceros del personaje que habéis metido en mi coche. Pues bien, yo os encargo ahora el trabajo de liquidar a La Sombra. Estamos en paz. ¿Queréis hacerlo?

-Conformes-replicó Spotter, avanzando hacia Johnny-. ¿Qué hiciste con él?

-Le noqueé. Y le di tan fuerte, que no me extrañaría que estuviese muerto. Luego, le até con su cinturón y el mío. Le puse una mordaza para que no pudiera gritar, de manera que ahora no tenéis más trabajo que tirarlo al río como un fardo. Lo he dejado allí, junto a la escalera. Id a verle y decidme qué cara tiene.

Jake corrió hacia la casa y, en el suelo, en el lugar indicado, encontró un cuerpo inerte.

-¡Está aquí¡ - exclamó-. Traed la linterna.

Tony se apresuró a obedecer, seguido de Spotter, que deseaba unir a su larga lista de rostros conocidos el de aquel fantástico personaje. Ezekiel Bingham tampoco se quedó atrás.

-Quitadle el pañuelo-gritó Johnny desde su auto-. ¡Fijaos en su cara¡

Spotter se apresuró a obedecer. Los cuatro hombres miraron desconcertados el rostro que apareció a su vista. La linterna que sostenía Tony vaciló, pareciendo a punto de caer al suelo, Ninguno de los bandidos pudo pronunciar palabra. Fue Spotter quien primero recobró el habla.

-Es Johnny el "Inglés"!-exclamó.

Rápidamente comprendieron lo que había sucedido. Pero, abrumados por el descubrimiento, oyeron demasiado tarde el ruido del motor del automóvil del "Inglés" y, cuando quisieron lanzarse en su persecución, el coche estaba ya demasiado lejos, camino del vado.

Lo que acababan de comprender Ezekiel Bingham y sus hombres, mientras contemplaban el inanimado cuerpo de su compañero Johnny el "Inglés", era lo siguiente:

La Sombra debió de dejar sin sentido al hombretón antes de que éste pudiera entrar en la casa. Y La Sombra, haciéndose pasar por Johnny, fue quien habló con ellos y a quien le dieron la caja con las piedras preciosas.

¡Era La Sombra quien haba accedido a deshacerse del espía descubierto junto a la ventana! -y era La Sombra quien se alejaba en el auto de Johnny- quien les engañó, les despojó y se burlaba de ellos!

El silencio de la noche acababa de ser roto por una larga y siniestra carcajada que fue repetida en aterradores ecos, yendo a morir entre los árboles del bosque.

A las once y diez de aquella noche, el teléfono del despacho del inspector Malone repiqueteó estridentemente.

El detective José Cardona descolgó el aparato y se lo tendió a su jefe.

-¡Dígame¡ -contestó Malone-. Sí, soy el inspector Malone. ¿Cómo? ¿Que quiere hablar con Cardona?... Un momento. Tenga, José, le llaman a usted.

El español cogió el teléfono.

-¡Diga!... ¿Cómo?

Un vivo interés se reflejó en los ojos de Cardona.

-Si, si... si, le entiendo… ¿Quien es usted? ¿No quiere decirlo? ... Bueno, le haré caso.

El español colgó el receptor y corrió a buscar el sombrero y el abrigo.

-¿Qué pasa, José? -preguntó, interesado Malone.

-Más tarde se lo explicaré, no hay tiempo que perder. Se trata de una confidencia referente a lo de las joyas de Laidlow. Puede que sea una burla, pero es posible que no.

Y, sin añadir más, Cardona salió corriendo del despacho.

CAPÍTULO XXXV
LA ENTREGA DE LAS JOYAS

Un hombre se detuvo ante la tienda de té de Wang Foo. Debajo del abrigo se le adivinaba un grueso bulto. Antes de entrar en el almacén, dirigió una cautelosa mirada a derecha e izquierda. Como de costumbre en aquella hora, las once y media de la noche, la calle estaba completamente desierta.

Loo Choy miró curiosamente al hombretón que entraba en aquel momento en la poca concurrida tienda. Le conocía por haberle visto allí otras veces.

Por lo tanto, volvió a sumirse en sus meditaciones. Loo Choy estaba muy triste. Había terminado el tiempo de las vacaciones nocturnas, pues Ling Chow estaba otra vez al cuidado de su taller de lavado y planchado.

El hombretón se inclinó sobre el mostrador y miró fijamente a Loo Choy.

Del bolsillo de la americana sacó una caja y la dejó ante el oriental, que se inclinó para ver de qué se trataba.

El hombre cogió a Leo Choy por el cuello y le aplastó contra el mostrador.

Antes de que tuviera tiempo de lanzar la más ligera exclamación, se vió el chino amordazado y, diez segundos después, tendido en el suelo atado de pies y manos.

Terminado este trabajo, el hombretón se dirigió a la puerta del ángulo y llamó cuatro veces con los nudillos.

Se abrió el ventanillo y apareció por él el rostro de uno de los gigantescos mongoles. No viendo a nadie, el oriental sacó la cabeza por la abertura, tratando de descubrir a la persona que acababa de llamar.

Un fuerte golpe en la nuca le hizo caer hacia atrás, lanzando un gemido ahogado.

El atacante metió un brazo por el ventanillo y descorrió el cerrojo.

Momentos después subía por la escalera, que conducía a las habitaciones de Wang Foo, dejando tras de sí a otro chino atado de pies y manos.

Al entrar en el despacho del mercader, éste se levantó de su silla y exclamó en su bien pronunciado inglés:

-¡Ah¡ ¡mi amigo Johnny el "Inglés"!

-En persona-replica el aludido.

-Veo que traes una caja bajo el brazo. ¿Debo suponer que se trata...?

-Lo ha adivinado usted, Wang Foo. Eche una mirada.

Johnny dejó la caja sobre la mesa de laca y levantó la tapa. En cualquier persona normal, la visión de las hermosas piedras hubiese arrancado una exclamación de asombro, pero los chinos no están clasificados entre las personas normales, o acaso sean las personas normales las que no están clasificadas entre los chinos; lo cierto fue que en el rostro de Wang Foo no apareció la menor señal de interés.

-¿Qué le parece, Wang Foo?-preguntó Johnny.

-Muy bonitas-replicó en tono apagado el chino-. Son muy hermosas. Valen el precio que prometí pagar.

-Ya me figuré que le gustarían. El viejo se hizo con ellas antes de lo que esperaba. La misma noche qué le visité a usted recibí una carta de él, comunicándome que ya las tenía. Me di prisa y aquí las tiene.

-Supongo que la entrega se hizo en lugar seguro y que nadie se ha enterado-dijo sonriendo el chino.

-Ya sabe usted, Wang Foo, que nunca corro riesgos inútiles. Y, a propósito de riesgo: ¿qué haría usted si, de pronto entrase la Policía? Los chinos esos que tiene abajo no servirían para gran cosa. Y si le encontraban con estas joyas, de nada le serviría decir que no sabia que eran robadas, A mí también me iría muy mal si me pescasen aquí.

-Nunca me encontraría aquí la Policía.

-¿Por qué?

Por toda respuesta, Wang Foo se acercó a la pared y apretó un oculto resorte. Una parte de la pared giró sobre sí misma, mostrando una abertura rectangular.

-Esto conduce a la parte alta de la casa, Antes de que alguien pudiera llegar aquí, yo ya estaría lejos.

-No está mal. Es usted muy listo Wang Foo. Me recuerda a un hombre que conocí hace muchos años, un hombre que también traficaba en piedras preciosas. Quizá usted le conociese. Un tal Diamond Bert Farwell.

El chino miró fijamente a Johnny y, por fin, replicó con voz pausada:

-Le conocí, pero Diamond Bert Farwell ha muerto hace tiempo.

-No, quien murió fue su hermano -replicó el "Inglés"-. Le mataron por error. Pero el verdadero Bert Farwell vive, y yo sé dónde está.

-¿Dónde?

-Aquí, delante mío.

Y con un rápido movimiento, Johnny arrancó las gafas que cabalgaban sobre la nariz del chino. Antes de que éste tuviera tiempo de lanzar una exclamación, se vio despojado de la

peluca que le cubría la cabeza, y el chino Wang Foo se convirtió en un occidental de cutis teñido y cabeza calva.

En el mismo instante sonaron unos pasos precipitados en la escalera, la cortina que cubría la puerta de entrada fue apartada a un lado y un hombre penetró en la habitación.

Era el español José Cardona, y en la mano derecha empuñaba un brillante revólver con el que encañonó a los dos hombres, al mismo tiempo que gritaba:

-¡Manos arriba!

Wang Foo fue a precipitarse hacia la puerta secreta, pero una rápida zancadilla de Johnny le hizo caer cuan largo era. Cuando logró ponerse en pie era ya demasiado tarde para maniobrar en la puerta secreta, y el revólver del español estaba sólo a un metro de su corazón.

Tres detectives más entraron y rodearon a los dos hombres, amenazándoles con sus amas.

-¡Diamond Bert!- exclamó Cardona, mirando al falso chino-. ¡Diamond Bert vestido de oriental! ¡De manera que el viejo Wang Foo es Bert Farwell! ¡Y esas son las joyas de Laidlow!

Seguidamente, miró al hombre que estaba junto al falso chino.

-¡Johnny el "Inglés"! ¡El rey de los restaurantes¡ ¿También tú andas mezclado en esto? Tú traías la mercancía y Bert te la compraba. Bien, hombre, bien. Esta será la mejor noticia que habrá recibido en su vida el inspector Malone.

Unas esposas apresaron las muñecas de los dos malhechores. Cardona registró a Bert y a Johnny y, de un bolsillo interior de la americana del último sacó un largo revólver.

-Conque llevando armas sin licencia, también. Peor para ti, Johnny.

De pronto, antes de que los detectives tuviesen tiempo de apuntarle con sus armas y disparar, Johnny el "Inglés" se lanzó hacia una de las paredes de la habitación, apretó un resorte y la puerta secreta se abrió para dejarle paso, cerrándose inmediatamente tras él.

Cardona fue el primero en disparar y vació el cilindro de su revólver en dirección al sitio por donde acababa de desaparecer el prisionero.

Pero era inútil; Johnny había escapado, dejando en el suelo, abiertas, las esposas que segundos antes aprisionaban sus muñecas.

Cesaron los disparos, al terminarse las cargas de los revólveres y, del otro lado de la pared, llegó hasta los asombrados detectives una siniestra y larga carcajada. Una carcajada que era, a la vez real y fantástica.

¡La risa de La Sombra!

CAPÍTULO XXXVI
LO QUE DIJERON LOS PERIODICOS

Las primeras planas de los periódicos neoyorquinos hicieron sonreír a Harry Vincent cómodamente sentado en el último vagón del expreso que le conducía hacia el Oeste.

Iba a pasar unos días de vacaciones con su familia, en un pueblecito de Michigan.

Según los periódicos, el éxito de la captura de Diamond Bert Farwell correspondía por entero al detective español, naturalizado súbdito norteamericano, José Cardona, que había llegado a la tienda del falso Wang Foo en un momento oportuno, cuando el célebre ladrón, creyéndose en lugar seguro, se había despojado del disfraz.

Pero Cardona aseguraba que el éxito de la empresa correspondía por entero al Inspector Malone, que desde el primer momento sospechó que las joyas de Laidlow estaban en poder de algún comerciante chino.

Otra noticia que traían los periódicos era la del suicidio de Burgess en Florida, quedando de esa manera resuelto el problema del asesinato del millonario Laidlow. En la nota que dejaba explicando los motivos del suicidio no mencionaba el nombre de Bingham.

El abogado se vio libre de toda persecución, pero las emociones sufridas en los últimos tiempos le tenían postrado en cama y los médicos desesperaban de poder restablecer su minada salud.

Harry echó a un lado los periódicos. Le dolía la cabeza de resultas del golpe recibido la noche de su aventura en la casa de Bingham.

Al día siguiente despertó en su habitación del hotel Metrolite, preguntandose, asombrado, cómo había podido librarse de las manos de Johnny el "Inglés"; pues lo último que recordaba era la visión del odioso rostro del bandido.

Aquella misma mañana recibió el billete para Michigan y una nota en la que se le decía que podía tomarse unas vacaciones antes de emprender un nuevo trabajo a las órdenes de La Sombra, Siguió estas instrucciones y en aquel momento se dirigía en busca del bien ganado descanso.

De nuevo cogió el periódico y buscó algo que no aparecía en ningún lugar.

Era extraño- pensó Harry, que no se hiciera mención de la parte que en todo aquello había tomado La Sombra.

Y es que los periódicos de los Estados Unidos nunca se enteraron de que el hombre que desenmascaró a Diamond Bert no pudo ser Johnny el "Inglés", que en aquellos momentos andaba ocultándose de la Policía estadounidense, porque Johnny el "Inglés", en el instante en que fue detenido Farwell, se hallaba, a varias millas de distancia de Nueva York, volviendo en sí del golpe que le dio La Sombra.

FIN